

Selecta



ENCUENTRO AFORTUNADO

Emma Sheridan



Encuentro afortunado

Emma Sheridan

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial

*A mi familia y amigos.
Jamás dejen de soñar.*

Capítulo 1

El frío de la mañana de invierno le calaba los huesos y lo odiaba. Llevaba su set de tres calentadores de manos en su bolsillo derecho, pero no se atrevía a usarlos todavía, esperaba a estar realmente congelada para usar los tres juntos, como acostumbraba. Estaba muerta de sueño, las pesadillas de la noche anterior por los nervios no la habían dejado descansar, sumado a todo lo que respiraba y se movía dentro de la casa donde vivía, la cual ya no era su espacio de relax, ya no la sentía como su hogar.

Todo la estresaba.

Estaba esperando el chárter privado que la llevaría al microcentro de Buenos Aires, donde se llevaría a cabo un encuentro de escritoras y lectoras. Ella estaba en medio de esos dos grupos. Era fanática de la lectura, había encontrado otro modo de terapia para poder canalizar todo lo que la rodeaba y, perdida entre los personajes creados por autoras a quienes ella admiraba, evadir la realidad. Su realidad no le generaba ningún tipo de placer, salvo lo que estaba a punto de vivir.

Decía que era un setenta y cinco por ciento lectora y el resto un simple proyecto de escritora. Sus amigas la habían impulsado a publicar las cuatro novelas que tenía en el tintero. El resultado había sido sorprendentemente exitoso. Sin embargo, ella no se lo creía.

Cuando estaba a punto de presionar el primer botón del calentador en forma de corazón que estaba sosteniendo dentro de su bolsillo derecho, vio el chárter doblando la esquina y estacionando casi a sus pies. Cerró el botón del mismo y acomodó su mochila en un solo hombro.

«Gracias a Dios», pensó.

—¡Hola! —saludó al chofer—. Estaba a punto de morir congelada. Hasta creo que si estornudo me sale en forma de escarcha —dijo con una mueca cómica.

—Buen día, déjame ayudarte con ese bolso —ofreció el hombre.

Ella solo hizo un gesto con los hombros y lo dejó ayudarla, el chofer depositó el bolso en el suelo del vehículo. Se notó que no tenía intenciones de más cortesías.

Era muy temprano para intentar buscar alguna cara conocida; con la fuerza que la impulsaba a moverse, acomodó sus pesadas pertenencias en el lugar libre debajo de sus piernas, solo por si alguna otra persona subía. Se quitó el abrigo, se sentó estirando sus piernas, buscó su móvil y se perdió en la música que salía de sus auriculares: Ravi Shankar en vivo en Francia. La transportaba a momentos felices, sin complicaciones, sin aburrimiento y con mucha adrenalina, era

una combinación perfecta, casi como un bálsamo para relajarse.

El vehículo emprendió su recorrido. Sabía que tardaría aproximadamente media hora en llegar al lugar de encuentro. El ambiente calefaccionado hizo que sus pies se calentaran y a partir de ese punto de su cuerpo, todo el resto; ya no sentía frío. Guardaría los corazoncitos para más tarde, tal vez para la vuelta. Cerró sus ojos y se relajó. Cuando terminara la música, sabía que habría llegado a su lugar de destino.

A pocas cuadras, el chárter frenó. Ella sabía que en algún momento dado, el chofer pasaba por un control. Le parecía que era muy pronto para llegar a ese lugar de control, pero como había estado absorta en su música, no le dio mucha importancia, ni siquiera abrió los ojos. Solo dejó que ese pensamiento fluyera y siguió en su mundo de ensueños.

El vehículo no había frenado tan lejos como ella pensaba, sino que lo había hecho en la siguiente parada, a cuatro cuadras del lugar, y el conductor solo lo hizo porque quedaba un asiento libre, le habían avisado que un pasajero había cancelado.

El hombre que subió, agradeció, pagó y fue a buscar lo que había visto unos minutos atrás. A la bella mujer de cabello largo. A la preciosa Abigail. La suerte estaba de su lado, el único asiento vacío era el que estaba pegado al de ella. Así era como él quería volver a estar, pegado a su lado, pero desnudo.

Sacudió su cabeza y con ese movimiento borró sus pensamientos lujuriosos y la observó. Estaba casi igual, solo que algunas líneas de expresión estaban más marcadas. Lucía preciosa, seguía siendo una mujer exótica para él y aún llevaba ese aire misterioso que lo volvía loco y le agitaba todo dentro de sus pantalones.

Mientras estaba tomando un café en el bar de la esquina del centro de la ciudad donde había vivido durante su infancia, la había visto, o había creído verla. Trató de recordar la cantidad de años que habían pasado sin que se volvieran a ver y sus cálculos le tiraban un gran número, casi ocho. No era poco tiempo.

Siguió su impulso, algo que no hacía desde hacía mucho tiempo, en el momento en que vio el chárter moverse. Esa sensación de seguir su propia locura, lo liberó de su ajetreada y monótona vida.

Ella respiraba profundo, inspiraba en tres tiempos y exhalaba en cinco, exactamente como le había enseñado su profesor de yoga. Era una de las tantas herramientas que tenía para relajarse y sentirse plena. Liberada y sin peso ajeno.

Sintió el calor de un cuerpo que se sentó a su lado. Inspirando, percibió un aroma masculino que su olfato reconocía como familiar.

Se negó a abrir los ojos, tal vez era la música que la hacía pasear por lugares mágicos y quizás era su propia imaginación que estaba lista para crear un nuevo personaje. Hacía meses que no

escribía nada y ni siquiera se había dado lugar para sentir culpa por eso. Por unas milésimas de segundos se contentó. Un nuevo personaje masculino le estaba a punto de hablar, pero solo se presentaba en forma de aroma que al parecer iba a mojar bragas.

«Qué demente que estoy... inspiro en tres, exhalo en cinco».

Él, en cambio, tenía los ojos más abiertos que nunca, no podía creer lo que veía. Abigail en toda su esencia a centímetros de él, entregada, relajada, casi sonriendo. O al menos era lo que él podía observar desde el lugar donde se encontraba.

Su cabello perfectamente alisado, sus ojos impecablemente maquillados y su boca... cuántos recuerdos le regalaba esa carnosa boca. Esa mujer seguía siendo una invitación al pecado. En ese momento de su vida, sería pecado con todo lo que esa palabra conllevaba. Eliminó ese pensamiento y volvió a actuar sin pensar.

Se movió con lentitud para acercarse a ella. Había sentido muchísimo frío al salir de la cafetería, pero en ese momento estaba hirviendo, casi empapado en sudor, sentía que le pesaban sus partes más íntimas al compás con sus latidos que se agolpaban con locura.

Llevó un dedo índice al labio inferior de ella, y lo acarició con posesividad.

Ella saltó del susto y abrió los ojos de par en par.

—¿Qué haces, idiota? —preguntó, elevando el tono de voz, descruzando sus brazos, tirando de sus auriculares para poder escuchar algo de la boca de ese atrevido, desubicado; tal vez una disculpa. Estaba a punto de boxear al acosador.

—No pude evitarlo, fue un impulso. No lo lamento. —Hizo un gesto gracioso con la nariz y boca, como arrugando ambas.

Abigail reconoció al instante al dueño de ese aroma tan penetrante. Era Alex, el joven que con solo mirarla la encendía. No podía creerlo, era una maravillosa sorpresa inesperada. Creyó que jamás lo volvería a ver.

Relajó las manos, enderezó su espalda, lo volvió a mirar y le sonrió, sus mejillas se sonrojaron al punto que sintió más vergüenza por mostrarse así, tímida.

—Es el único asiento libre —dijo levantando sus hombros y sonriendo con la boca cerrada.

Abigail no podía sacarle la mirada de encima, esos ojos, esa boca, ese cabello, esa cara de niño bueno que aún conservaba, aunque también recordó todo lo que habían vivido, flashes de recuerdos de fugaces encuentros sexuales que no había vuelto a tener. Al menos no de la forma en que él la había hecho sentir.

Se le veía condenadamente sexy.

—Siéntate.

—¿Cómo estás, boquita hermosa? —preguntó Alex mientras se acomodaba cerca de la mujer. Trató de buscar una posición en que no le doliera lo que se agrandaba en su entrepierna, pero fue en vano.

—Muy bien... —titubeó—. ¿Tú cómo estás?

—Con dolor en los..., y con el amigo estrangulado, perdóname por lo que voy a hacer, pero

necesito acomodarme —respondió y se acomodó lo que le molestaba en su entrepierna.

Ella sonrió recordando la desfachatez de ese hombre que, a pesar de la cantidad de años sin verlo, parecía mantenerse intacta.

—¿Desde cuándo pides disculpas por acomodarte el paquete? Si mal no recuerdo, es algo que hacías cuando nos veíamos, entre otras cosas, y jamás pediste perdón.

Él volvió a sonreír ante tanta complicidad, era lo que solían tener juntos, sin filtros, sin medir palabras. Que eso siguiera igual, lo ponía a mil.

—Tienes razón, antes no pedía disculpas porque, si quería, me desquitaba contigo, aliviaba mi deseo y también el tuyo, o ¿acaso me equivoco?

Ella creyó que no volvería a hablar tan abiertamente con un hombre, pero supo que con Alex la realidad superaba la ficción y todo era válido. Le encantaba.

—No te equivocas en absoluto —sonrió mordiéndose el labio superior, escondiendo lo que le causaban esas palabras.

—Esos labios... ¿han seguido ejercitando o perdieron la práctica?

—Por Dios, Alex, las cosas que dices. ¿Qué tal un «cómo estuviste todos estos años»?

—*Okay*, ¿cómo te las arreglaste todos estos años sin mi grandioso amigo?

Ella hizo un gesto de asombro, y él comenzó a carcajearse. Ella no pudo evitarlo y también se carcajeó.

—Hago lo que puedo, tan mal no me ha ido —mintió.

—No me mientas, a Miembro de Acero no le mientas. ¿Te piensas que no me acuerdo de tus gestos?

—¡Para un poco! —le respondió dándole un codazo.

Capítulo 2

Abigail estaba enloquecida, se sentía como una brisa de aire fresco a su podrida vida. Experimentaba una comodidad inexplicable charlando con Alex. Le resultaba imposible no sentirse de esa manera, siempre había sido así.

—Bueno, pero un poco. ¿Me extrañaste, boquita? —preguntó Alex mientras se acomodaba de costado para poder acercar su cara al cuerpo de ella.

—¿Verdad o mentira?

—La verdad, siempre, como siempre. La verdad no duele. ¿O sí? ¿Alguna vez te mentí o mentiste?

—Respondo la primera pregunta, no me había dado cuenta de que te extrañé hasta que te volví a ver...

—Sigue, sigue... mientras me deleito con tu hermosa boca.

—No me interrumpas, Acero —se animó a vocalizar con timidez su sobrenombre—, que no puedo concentrarme. Es cierto que la verdad no duele, pero a veces una mentirita piadosa es necesaria. Sé que contigo jamás tuve filtros.

—¿Y qué más? —Se acercó a su boca, pero ella se movió para alejarse unos centímetros.

Ella se distrajo, y se olvidó cuál iba a ser su respuesta. Enderezó su cuerpo y continuó—: Nunca te mentí. No sé si tú lo hiciste, tal vez sí. ¿Pero eso importa ahora acaso?

—No, boquita hermosa, eso ahora no importa, pero quiero que sepas que yo nunca te mentí. Al menos, no recuerdo haberlo hecho. Te voy a hacer otra pregunta y quiero que seas sincera. ¿Por qué dejaste de hablarme?

Ella quedó en silencio, no sabía si realmente quería contarle. Pero como le había dicho que no le mentiría, no le quedaba otra opción que regalarle la verdad.

—¿Te acuerdas de la última vez que nos vimos? —preguntó coqueta, mientras se llevaba un mechón de cabello detrás de la oreja, no le importaba si se le veían las mejillas encendidas.

—Me acuerdo perfectamente, me negaste tu...

—No seas ordinario, ya tienes mi atención, Alex, no necesitas ser guarango conmigo, ¿está bien?

—Me retracto. Me negaste una de las cosas más bellas que tienes. ¿Cómo olvidarme? —Se volvió a acercar y le dio un beso en su mejilla derecha.

—Bueno, ese día te vi con alguien, antes de que tú me vieras, y no me gustó. Era la primera vez que me sucedía eso de sentir algo así.

—¿Celos?

—Llámalo como quieras. No me gustó y punto. ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

—Viro el timón, pero antes quiero que sepas que luego de la discusión que tuvimos esa noche, me di cuenta de que sí valías mucho. Pero para cuando te fui a buscar a tu casa la mañana siguiente, ya no estabas.

—Antes deirme te iba a contar que me mudaría por la temporada de verano a Merlo, San Luis, a ayudar a una prima que estaba comenzando con dos locales de artesanías.

—Te hubiera ido a buscar hasta allá. No me contestaste jamás los mensajes ni llamados. Ni siquiera tu amiga Clara me saludó la vez que me la crucé en la calle.

—Ambos estábamos disfrutando, por separado, de una etapa hedonista. Tú no ibas a dejar las fiestas y yo no estaba lista para tus encantos.

—Yo sí estaba listo para tus encantos, y boquita y todo.

—Eso no era lo que parecía. Ya está. Es parte del pasado.

Ella hizo un mohín y bajó la cabeza. Recordaba esa noche como si hubiera sucedido la semana anterior. Recordó el ataque de celos que sintió al verlo bailando y besando a otra. El dolor de estómago y la falta de aire y el impulso de querer ir a darle cachetazos.

Jamás habían tenido exclusividad, no se pertenecían, pero había una regla de oro. Si se llegaban a encontrar de casualidad en algún lugar, se volvían juntos. Era algo que no se había charlado ni firmado en ningún documento, estaba perfecto así.

Ese juego les iba a la perfección. Si él la veía bailando o charlando con alguien, se le acercaba, y le susurraba al oído: «te vas conmigo», ella siempre asentía, no podía decirle que no. Sentían una atracción que casi no se podía describir con palabras, algo que solo se siente y que todo ser humano debería ser capaz de experimentar.

Química pura. Eso era. Salían chispas. Se calentaba el aire.

—Te lo quería proponer esa madrugada y los días que continuaron pero no me diste oportunidad. Es el pasado. —Él quedó pensativo.

También recordaba esa noche, se le había pegado una exnoviecita, la tenía tipo pulpo toqueteándolo por todos lados. No le disgustó, hasta que vio la cara de la dueña de esa boca hermosa. Se dio cuenta de que ella trató de disimular lo que le sucedía. Algo no estaba bien. Tenían una conexión irrompible, por eso sabía que a ella no le había gustado verlo así. Nunca había pasado, más de una vez ella lo había visto bailando con otra y se le había acercado sin preámbulos para decirle: «te espero en la puerta, hoy eres mío», y él tampoco podía decirle que no, simplemente le hacía un gesto que solo ellos compartían, se acariciaba el corazón y luego la señalaba a ella, como diciendo «es tuyo, soy tuyo».

No era cierto. Alguna vez él se acarició el miembro y la señaló, eso sí era cierto.

Se miraron, y se contagiaron la sonrisa. Se mimetizaban cuando estaban juntos.

Ambos estaban sorprendidos de lo mucho que se habían perdido del otro. Pero volver a encontrarse les cambiaría la vida, tal vez, para siempre.

—¿Cómo está tu vida amorosa? —preguntó dudando. Tal vez se había metido en terreno pantanoso muy pronto.

—Próxima pregunta —sonrió ella.

—¿Eres feliz?

—¡Qué pregunta profunda!

—Profunda te la metería si esto no estuviera lleno de gente...

—Cállate, tonto.

—Estás evadiendo la respuesta. La modifico. ¿Encontraste a alguien que te haga feliz?

—Eso sí que ahora cambia, se convierte en una pregunta simple que va a tener respuesta complicada. Creí haberlo encontrado. Pero me equivoqué. En algún momento me hizo feliz, ya no —contestó con tono bajo y poniéndose seria.

—No fue mi intención hacerte sentir mal. Nunca quiero hacerte sentir mal, nunca más. ¿Lo sabes, boquita?

—Está bien, es la realidad de lo que sucede. La verdad, siempre.

Él asintió, y sintió un sabor amargo. Si tan solo hubiera sido capaz de seguir buscándola. O tal vez de intentar contactarla de alguna otra manera. Ella había herido su orgullo cuando desapareció sin decirle nada. Se dijo a sí mismo que era el pasado. Y que su presente le ponía a esa mujer de nuevo cara a cara.

Ella tomó una inspiración y volvió a sonreír para preguntarle:

—¿Hacia dónde vas ahora?

—Hacia mi casa... Tengo el auto en el mecánico. En realidad, iba a ir hasta mi casa, que está a unos veinte minutos de aquí, pero te vi y se me desdibujó el mapa; perdí la brújula. Acabo de tomar un desvío. —Le tomó una de las manos y se la besó.

—¿Vives solo? —se le escapó sin siquiera procesarlo.

—No. Con mi pareja.

«Tampoco está solo, esto se complica aún más», se dijo ella.

Hubo un silencio ruidoso entre los dos, algo que no solía suceder cuando estaban juntos. Tal vez era el momento de incomodidad mientras trataban de analizar todo lo que sus cabezas fabulaban al tener poca información de la otra persona.

—¿Sales de viaje, boquita hermosa? —preguntó cambiando de tema y señalando el bolso que había llamado la atención debajo de sus piernas.

—Me encantaría, pero aún no. Si lo dices por el equipaje, llevo libros.

—¿Libros? Ilumíname. ¿Puedes ser más explicativa y menos escueta?

—Sí, claro. Es que soy... bueno... intento... soy un proyecto de escritora... estoy empezando...

—dijo dudosa, nunca sabía qué responder. Ella no era escritora. Aunque todo el mundo le decía que sí lo era.

Él la escuchaba atentamente frunciendo el ceño. Gesto que a ella le encantaba.

—¿Son libros de tu autoría? ¿Qué género escribes?

—Son míos, sí. Escribo romance, mezclado con erotismo, o algo así. —Le incomodaba en cierta manera tener que explicar las preguntas que vendrían después de esa respuesta, pero se arriesgaría.

—*Wow*. ¿Puedo ver uno? Muero de curiosidad. ¿Soy alguno de tus personajes? Me encantaría serlo. ¿Dónde me dijiste que ibas?

Abigail moría de risa y de vergüenza ante tanta curiosidad. No sabía por qué la vergüenza con respecto a si escribía erótica o no, pero le daba timidez sentirse tan plena y tan abierta charlando de esa manera con él. Cuando la realidad en su casa era completamente distinta. Su actual pareja ni siquiera sabía que ella escribía. Y si lo sabía, lo disimulaba muy bien.

Mientras le mostraba uno de sus libros, decidió explicarle que iba a un encuentro de lectores y escritores, que ella era una de las escritoras invitadas, que ese encuentro se hacía una vez al año y que se sentía más que feliz de ser parte del mismo. También le contó que algunos de los libros eran para sortear en el evento, otros eran para entregar y otros tantos para regalar. No supo cuánta atención le prestaba Alex porque estaba leyendo una parte que había elegido al azar.

—¡Mierda! —se le escapó a Alex en voz alta, los demás pasajeros movieron las cabezas para ver qué sucedía, hasta el chofer miró por el espejo retrovisor.

—¿Qué pasa? ¿Dije algo malo?

—No, nena, me pusiste «nervioso» otra vez. Quiero un libro.

—No seas tonto, y no es tan simple. Los tengo contados. Lo lamento.

—Dame ya tu número. Lo cambiaste, ¿verdad?

—Sip.

«¿Sip? ¿Qué tienes, quince años o cuántos?»

Intercambiaron números de teléfono. Ella lo agendó como Acero, él la agendó como Abigail. Él no quería esconder nada, si lo descubrían, sería porque así lo quería. Necesitaba un cambio y se le presentaba de frente.

El conductor les avisó que el viaje había terminado. Ella bajó con la ayuda de Alex, quien le sostuvo el bolso, la mano y si hubiera podido le habría sostenido el trasero para que bajara más cómoda. Pero no le alcanzaban las manos.

Él la invitó a tomar un café, pero ella se negó alegando que no tendría tiempo para todo. Pero que lo aceptaría en otro momento.

Quedaron estáticos en una esquina, mirándose. Sosteniéndose las manos. Cada uno se reconoció en la mirada del otro.

Ella pensaba en lo mucho que le gustaría ser besada nuevamente por ese hombre, pero sabía que estaría mal. Pensaba en su pareja, que si bien no la hacía sonreír desde hacía muchísimo tiempo, no se merecía que ella lo engañara. Ya lo estaba engañando con su pensamiento. Si es que eso era posible.

Debería romper estructuras y dejarse llevar. Solo disfrutaría del momento. Sin culpa.

Él, por su lado, moría por llevarla a algún lugar íntimo para volver a probar ese cuerpo, sentirla vibrar entre sus brazos y hacerla suya, en ese orden. Necesitaba entrar nuevamente, ya ni se acordaba lo que era tener un orgasmo pasional. El sexo con su pareja se había convertido en algo mecánico. Un maldito trámite. Con esa bella mujer sería una condenada locura. Un camino de ida al mismísimo infierno.

Quería quemarse.

—Te voy a volver loca a mensajes hasta que aceptes ese café —le susurró al oído acercando su boca a su piel; creyó sentirla temblar.

—Te tomo la palabra. Debería irme... —Se mordió el labio inferior, temblando, cerrando sus ojos y bajando la cabeza. Estaba a punto de cubrirse la cara con sus manos, sentía las mejillas ardiendo. Y su interior no paraba de moverse, como una danza africana pagana moviéndose para hacerla sentir viva.

El mohín de ella hizo que él se acercara y le acariciara las mejillas con sus manos. Ella se entregó a los pocos segundos de locura que se permitiría vivir ese día. Al menos, eso era lo que ella creía.

Las manos masculinas recorrieron las facciones de la mujer; cuando algunos dedos tocaron sus labios, no pudo evitarlo, tuvo que besarla, la tenía entregada a él, con la boca semiabierta, los ojos cerrados y respirando entrecortadamente.

La besó. Acarició con sus labios, los de ella. Ella le regaló una caricia similar. Sus lenguas se buscaron y danzaron entrando en calor, reconociéndose. Saboreándose. Gimiendo, disfrutando.

Ella se fue apartando lentamente de su agarre, a pesar de que todo su interior le gritaba que no lo hiciera.

Él respetó su decisión.

La abrazó una vez más y le dijo «hasta pronto».

No hacía falta más. Ambos sabían que no pasaría mucho hasta que se volvieran a ver.

Capítulo 3

Abigail no se había recuperado de semejante beso, y ya estaba recibiendo un mensaje de él.

ACERO: Te quiero volver a hacer mía. Hoy si es posible...

Ella se sonrojó de nuevo y vibró, su cuerpo volvía a experimentar sensaciones que habían estado adormiladas.

«La verdad, siempre», se dijo.

ABIGAIL: Gracias por buscarme. Te aviso cuando termine.

Ya se encontraba en la puerta del restaurante donde desayunaría con amigas que había conocido a través de las redes sociales. Todas eran unas románticas empedernidas y adictas a la lectura.

Antes de partir hacia el lugar del evento, chequeó su móvil, le había vibrado unas cuantas veces en su pantalón, pero no quería ofender a nadie si lo sacaba para contestar mensajes o llamadas.

Tenía más de diez mensajes y llamadas perdidas de su hijastra Lara, la ignoraría. Vio, además, tres mensajes nuevos de *Acero*, y de algunas amigas que la felicitaban por sus logros y que estarían esperando para verla en el evento. Obvió también los de las amigas y fue directo a mirar los de Acero.

ACERO: Me olvidé de azotarte el culo. Por cierto no te dije lo hermosa que estás.

ACERO: Ya te extraño, ¿a qué hora terminas? Besos en tu boquita hermosa.

Y por último, el más alocado de todos.

ACERO: Te esperaré el tiempo que sea necesario para que no vuelvas sola. Si quieres, pásame la dirección y nos encontramos en la puerta.

Si había creído que unas horas atrás se había sonrojado, estaba equivocada. Sonrojarse al nivel de que ardan las mejillas y se erice la piel... Eso sí que se sentía fabuloso.

Esta vez fue ella quien siguió un loco impulso, tecleó rápidamente la dirección del lugar y presionó enviar.

Enderezó su cuerpo y salió sin poder disimular su sonrisa.

Capítulo 4

El evento fue una experiencia simplemente maravillosa, Abigail se sintió protagonista de alguna novela o de alguna película de esas que se nos antoja ver de nuevo solo por el hecho de volver a sentir lo que al personaje principal le toca *vivir*. Eso sí, duró lo que dura un suspiro, o al menos le hubiera gustado que se extendiera un poco más.

Cuando llegó al lugar, la estaban esperando sus amigas para llenarla de besos, sus lectoras (ella no creía que pudiera llegar a tener lectoras que la eligieran, porque, vuelvo a repetir, ella no se sentía escritora) para sacarse fotos y darle un beso o un abrazo, o simplemente un obsequio. Todo eso junto era un cohete al espacio. Un pasaje de ida a algún paraíso literario. No lo podía creer.

Intentaba, entre besos, abrazos y fotos, repetir en su mente lo que había estudiado que iba a decir.

«Soy Abigail Santana....., autora de tal y tal novela, acabo de terminar una que está basada en hechos reales, y acabo de besarme con el hombre que me hace vibrar, me acelera el corazón y me empapa la ropa interior... y acabo de tener deseos pecaminosos»... Eso último, no. Entonces su cabeza volvía a repetir, tratando de evitar esa línea tan íntima.

Una vez terminado el evento, el cincuenta por ciento de los asistentes se quedaron a tomar un aperitivo para acompañar a sus escritoras favoritas.

Abigail, quien estaba rodeada de amigas, y lectoras que habían pasado al bando de amistades cercanas, no pudo dejar de sonreír en ningún momento, claro que la situación la emocionaba pero lo que realmente la hacía sentir escalofríos de a ratos había sido el beso, y la promesa de obtener más que eso, ya vería cómo se las arreglaría para escaparse e ir de trampa. Jamás lo había hecho, eso de ser infiel.

—¿Feliz? —Chasqueó los dedos su amiga Clara, quien estaba sorprendida de lo mucho que había sonreído su amiga todo el tiempo. Hacía años que no la veía derrochando tanta alegría.

Abigail pestañeó un par de veces y enfocó la mirada hacia su compinche. Decidió ser honesta. Necesitaba una confidente y cómplice, y Clara era la persona indicada. Le respondió con otra pregunta:

—¿Te suena el nombre de Alex Di Lorenzo? —Se tapó la cara una vez que terminó de formular la pregunta.

—¿Miembro de Acero? —Soltó una carcajada incrédula su amiga. Ese pendejo sí que estaba

buenísimo.

—Sí, *Acero* para las entendidas...

—¿Qué hay con él? —Se acercó a su amiga en demostración de que estaban sellando un pacto secreto y silencioso.

Abigail no sabía por dónde empezar, si por el beso, o por el viaje juntos o por la promesa de volver a verse.

—Cuéntame, nena, ¿qué pasó?

—Casi de todo.

—¿En qué momento? Si te dejé en la parada del chárter y luego te vi en el evento.

—Te fuiste rápido, por poco me tuve que bajar de tu auto en movimiento —respondió socarrona.

—¿En el chárter?! ¿Cómo puede ser? ¿Sigue viviendo en el barrio? Pensé que no lo veríamos más.

—Sí, y yo también había creído lo mismo. ¡Me besó! —dijo sin anestesia.

—*Wow*, me quedé sin palabras, ¿te dejaste besar?

—El mejor beso de mi vida, desde que dejé de verlo.

—Idiota, tienes que tener cuidado, mira si justo te veía algún conocido... y sabes la que se arma.

—Lo sé, me estoy carcomiendo la cabeza, pensando si alguien me vio, si debería haberle dicho que no, si debería haberme quedado por más. Tú sabes que jamás le pude decir que no a *Acero*. Jamás.

—Ya, pero a veces el impulso nos hace cometer locuras y terminamos hiriendo a todos.

—Fue solo un beso —se excusó. Más para perdonarse a sí misma que para justificarse ante su amiga.

—¿Cómo sigue esto ahora?

—Me espera a la salida y me acompaña a casa.

—Imposible decirle que no, ya veo. Ten cuidado, sabes que cuentas conmigo para cubrirte, pero estas cosas son delicadas.

—No me hagas la cabeza más de lo que lo hice yo.

Mientras charlaban, el móvil de Abigail no paraba de sonar y vibrar sobre la mesa del bar.

—Esta pendeja malcriada me tiene harta.

Clara sabía exactamente a quién se refería con ese apelativo. Y no lograba entender cómo era que aún seguía soportando tanto abuso y maltrato de parte de su hijastra, tampoco llegaba a comprender exactamente el momento en que Abby había dejado de ser ella misma para adaptarse a una pareja que la ignoraba y que tenía una relación muy rara con su hijita malcriada.

—¿Qué quiere ahora?

—Mi bolso. El último que Roberto me regaló. Ella cada tanto lo usa. Y parece que hoy lo quiere. Solo me dirige la palabra cuando quiere que le preste algo que es mío.

—Mándala a la mierda, esa niñita es una atrevida, ¿quién se cree que es? ¿Me dejas contestarle? —Atinó a agarrar el móvil de Abigail, pero fue en vano, no se lo permitió.

—Sé que si la ignoro, se vuelve más loca. Es mi modo de venganza ante tanto maltrato.

En otro momento de su vida, Abigail, habría corrido para alcanzarle lo que la adolescente quisiera, pero ese día no. Ese día supo que no permitiría que la siguiera volviendo loca.

La charla fue desviada a otra cuando una lectora se acercó a Abigail y luego otra y otra más. Así, entre risas y anécdotas, los minutos volaron, Abigail se disculpó ante sus seguidoras y se dirigió hacia el baño.

Estaba muy contenta, quería mirarse en el espejo y disfrutar de ese momento de plenitud que le regalaba el universo. Iba caminando por el largo pasillo que daba a los sanitarios cuando sintió que alguien le tomó la mano. La giró y la metió dentro de los *toilettes* masculinos. Fue lo único que pudo ver en la rapidez del momento.

—Shhh... —Alex le tapó la boca al ver la cara de susto de la mujer que no dejaría escapar.

Temblaba en una mezcla de terror con excitación, la adrenalina del momento era inigualable. No había experimentado ese sentimiento desde que lo había dejado con él. Estaba paralizada.

La tenía acorralada contra la pared, trababa la puerta de entrada con un pie mientras le apoyaba la entrepierna al calor del cuerpo de ella. Decidió destaparle la boca para poder tapársela con un beso, de esos robados, de esos que quitan el aire y hacen que el repiqueteo del corazón duela dentro del cuerpo.

—Alex... —susurró Abigail, cuando pudo tomar aire.

—No hables, muero por tus labios. ¿Por qué me niegas tu lengua?

Ella ni se acordaba de cómo se usaba la boca para besar apasionadamente, pero de a poco iba recobrando la memoria. De a poco se iba entregando a la locura del pecado.

Le sacó la lengua actuando como una nena y él la atrapó entre sus labios para succionarla a gusto. Gemía y le empujaba el cuerpo con su virilidad. Moría por volver a poseerla.

Tenía ambas manos sosteniéndole los brazos en alto apoyados contra la pared, y su cuerpo contra el suyo. Quería que lo recordara, así lo buscaría por más. Una de sus manos hizo un recorrido descendente acariciando con posesividad su cuerpo, hasta llegar a su culo. Ella involuntariamente levantó una de sus piernas para engancharla a la cintura del hombre que la volvía loca.

—Sabes que tus feromonas no mienten, tu esencia no es ajena a mi olfato, Abby. Sé que estás lista para mí.

Ella tuvo un momento de cordura, ¿Qué estaba haciendo? ¿En un evento? ¿En un lugar público? ¿Desde cuándo se entregaba así de fácil? ¿Ser infiel?

—No —dijo cortante, y trató de apartarlo.

—¿No? ¿Por qué no? Jamás nos dijimos que no, Abby —preguntó tratando de recuperar el aliento.

—Todo ha cambiado. Yo no soy así.

—¿Así cómo? ¿Así de sensual como siempre lo has sido? No has cambiado, eres la mujer que me volvió loco y que todavía lo hace, no entiendo por qué debería...

Unos golpes en la puerta interrumpieron la charla.

—Abby, ¿estás ahí? —Era la voz de su amiga Clara, la alivió escucharla, le avergonzó lo que pudiera haber visto u oído.

—Voy —dijo determinante, e intentó abrir la puerta que él quiso trabar nuevamente, pero esta quedó entreabierta.

—Por favor, quédate, no huyas —susurró en vano.

—Roberto en la puerta —le dijo Clara. La había salvado, se había salvado de ser descubierta, y no quería herir a nadie. A Alex tampoco, porque lo adoraba.

—Lo lamento, esto nunca sucedió —dijo bajando la cabeza y se retiró del lugar.

Alex cerró sus ojos y se puteó a sí mismo, lo había arruinado todo, en menos de veinticuatro horas ya la había vuelto a perder.

Capítulo 5

Ofuscada, Abigail, caminó por el pasillo hacia el salón, intentando dibujar una sonrisa para que nadie notara el torbellino de sensaciones que se movía dentro de ella. Se despidió de cuanta persona se le cruzó en el corto tramo hacia la salida del espacio donde había cenado. Se despidió de su amiga Clara, que no le había soltado la mano en ningún momento.

Al verla salir del baño se había dado cuenta de que estaba temblando, solo tomó su mano para terminar de comprobarlo y se decidió a acompañarla hasta donde estaba Roberto.

Ella subió al auto en un silencio sepulcral, mientras por dentro, miles de voces le gritaban que era una cualquiera, una adúltera, una falsa y una mala compañera. Dejó atrás toda posibilidad de volver a sentirlo cerca, con ello también murió la sensación de júbilo que había logrado alcanzar con el solo hecho de disfrutar de la adrenalina que le había causado el volver a estar cerca de él, el volver a sentirse mujer.

Tuvo que hacer oídos sordos a algo que la aturdiría desde que había conocido a su actual pareja. Eso que gritaba con tonos agudos que perforaban tímpanos y rompían con la paciencia de cualquier ser humano era su hijastra Lara, reclamando un bolso. El bolso que ella había elegido para llevar al evento, el mismo que le había regalado Roberto para su cumpleaños hacía tan solo unas semanas atrás. Ella era la que hacía de su vida un infierno. No lo toleraba más.

Recostó su cabeza en el asiento del copiloto e intentó respirar profundo. Seguía aturdida, recordando sus latidos al ser besada por Alex, anhelando una vez más ser acariciada por él y toda su desfachatez, extrañaba lo espontáneo, lo aventurero, el efecto sorpresa. Con Roberto no tenía eso. Con él tenía un respaldo económico y cada tanto un revolcón, cuando él no estaba de viaje, claro.

Mientras sus voces interiores seguían elucubrando planes y desglosando su propia historia como si de un ejercicio matemático se tratara; no pudo evitar tratar de interpretar el barullo, el ruido de fondo dentro del auto que hacía esa malcriada y cómo lo trataba a su padre. O a ella.

—Te dije que saliéramos más temprano a buscarla, el bolso lo necesitaba hacía horas. Ya es tarde, odio llegar tarde a la fiesta de Flopi. No me escuchaste, nunca me haces caso —refunfuñaba la niñaata, mientras se retocaba el maquillaje mirándose al espejo.

—Mi vida, salimos con tiempo, viste el tráfico que había en la autopista. Es sábado a la noche, muchas personas salen a pasear —respondió con cariño ese hombre que le tenía una paciencia de

oro.

Lara hizo un gesto de odio hacia su padre, porque le molestaba ese tono comprensivo, tal vez hubiera preferido que le levantara la voz, así podría culpar a la estúpida que se creía que ocupaba el lugar de su madre.

Miró con cara de asco hacia donde estaba sentada Abigail y escupió:

—A ti te dije que quería ese bolso para este sábado, te hiciste la sorda, menos mal que lo convencí a mi papi para que viniera a buscarlo, ¿verdad, papi?

Abigail, se hizo la sorda, literalmente, una vez más. Esa niña debería saber de modales, pero ella no sería la encargada de enseñárselos. Para eso tenía un padre y una madre. En ese tipo de batallas, ella se sentía que estorbaba. Y había algo más que venía sintiendo hacía un tiempito, y esa noche lo terminó de confirmar.

Durante el último año, si pasaron por algún lado fue porque a Lara se le había ocurrido, si habían comprado algo para la casa, había sido porque a la niña le gustaba y ahora, si la habían ido a buscar, había sido solo por el maldito bolso.

Capítulo 6

Había conocido a Roberto en la villa de Merlo, en la provincia de San Luis, mientras trabajaba con su prima en los locales de artesanías que tenía. Llevaba exactamente un año que estaba instalada allí y ya se sentía parte de ese maravilloso lugar que la relajaba y le daría energía para volver renovada a la loca ciudad de Buenos Aires cuando llegara el momento.

Por las mañanas hacía caminatas por diferentes recorridos que había experimentado, primero, por curiosidad, y luego porque ya lo había diagramado de esa manera. Al ser la temporada de verano, salía temprano, antes de abrir el local que se encontraba en el centro, frente a la plaza principal del lugar. Al volver, se daba una ducha rápida, se vestía con la ropa hecha por una artesana de la zona y de paso la mostraba, y desayunaba allí, siempre había alguna vecina que le hacía compañía.

Al mediodía solía juntarse a almorzar con su prima y organizar alguna que otra cosa para la noche o simplemente para distenderse y distraerse de los turistas.

Ese año en particular, las ventas estaban en su mayor esplendor y querían aprovecharlo al máximo, en esa provincia nunca se sabía cuándo iba a decaer el sistema del mercado, por lo tanto, hacían todo lo posible para poder llamar la atención de los clientes y poder así salvar los meses de invierno.

Estaba también descansando de los estudios en la universidad, había elegido estudiar Hotelería, no estaba segura de si la satisfacía o no, pero le mantenía la mente ocupada durante los meses de invierno en los cuales, el tiempo parecía ir en cámara lenta.

El local estaba abierto hasta después de las diez de la noche, generalmente a esa hora vendían mucho más que durante el resto del día, ya que los turistas salían a cenar, caminar y disfrutar de las noches en la villa.

Una noche, mientras ella atendía a dos indecisas señoras que la estaban volviendo prácticamente loca, un hombre de porte importante y sonrisa dulce se paró en la puerta, a observarla. Estuvo unos minutos mirando cómo la joven trataba con paciencia a esas dos viejas locas que querían llevarse muchos regalos con poco dinero. Las interrumpió, no por ser grosero, sino por intentar salvarla de ese momento, que seguramente la preciosa muchacha de labios carnosos y mirada sensual, estaba acostumbrada a sobrevivir, quería intentarlo, se sentía envalentonado. Era su primera semana como un hombre libre, y lo estaba disfrutando, había

dejado a su ex en Buenos Aires junto con su hijita, volvería a ver a la niña pero no sin antes disfrutar de su nuevo estado civil.

—Buenas noches, bellas damas, perdón mi interrupción, me encantaría saber cuánto cuesta esa blusa que llevas puesta —dijo mirando hacia Abigail y lo que llevaba puesto, y le guiñó.

Ella sonrió y él se regocijó en su propio cuerpo, había logrado su cometido, las señoras se habían callado para ver qué era exactamente lo que él pedía.

—Buenas noches, señor, estas blusas se encuentran fuera de *stock*, por el momento.

—¿Cuándo crees que puedes volver a tenerlas? —interrumpió una de las mujeres cortando con el contacto visual que habían logrado entre ellos dos.

—La semana que viene —dijo, sin dejar de sonreír, no sabía lo que ese hombre poseía, pero no podía desdibujar su sonrisa, su presencia la hacía ponerse algo nerviosa y no entendía el porqué —; creo que van a entrar en varios colores, la artesana que las diseña y realiza estuvo de viaje, y se retrasó el pedido.

—Muchas gracias, hasta pronto —dijo el hombre, y se retiró del lugar sin decir nada más.

Las mujeres dieron por terminada la compra, prometiendo que volverían la semana siguiente por las blusas. Abigail quedó como suspendida en el aire haciéndose mil preguntas sobre ese hombre. Ya lo descubriría, la villa no era tan grande y todo se sabía; además, él había dicho hasta pronto, lo cual ella deseaba que fuera verdad.

La semana siguiente llegó el pedido y a los dos días, el hombre se volvió a presentar en el lugar.

—Buenas noches, bella, ¿cómo estás hoy?

—Muy bien, gracias. ¿Has venido por las blusas? —dijo mientras terminaba de ordenar una estantería.

—Vine por ti —se atrevió a decir el hombre.

Ella frunció el ceño y dio un paso atrás, por una fracción de segundo se asustó, había cada loco suelto que nunca se sabía con lo que se podría llegar a encontrar.

—Pero si seré estúpido, perdón, no era mi intención asustarte. Intenté sonar chistoso, en mi mente quedaba mejor, pero ahora que lo vocalicé, me doy cuenta de que no fue gracioso. —Creyó que lo mejor sería no seguir dando explicaciones o quedaría como un completo estúpido—. Soy Roberto Cardales —dijo tendiendo su mano.

—Abigail Santana —respondió suspirando aliviada.

A partir de esa noche, él comenzó a pasar por el local, al principio día por medio, y luego todas las noches, las primeras noches le hacía compañía para que cerrara tranquila su negocio y luego la invitaba a tomar un café que ella no aceptó al principio, pero sí fue accediendo a medida que pasaron las semanas. Se fueron conociendo, disfrutando la presencia del otro. Luego llegaron las invitaciones a cenar, algunas otras a almorzar, y cuando quisieron acordar, ya estaban enviándose mensajes de WhatsApp cuando él estaba de vuelta en Buenos Aires.

Su corazón estaba contento, al fin había vuelto a latir, Roberto la obnubilaba con sus

ocurrencias y sorpresas, era espontáneo, aventurero y romántico, todo lo que a ella le gustaba de un hombre.

Él había ideado un plan para poder verla, viajaba cada quince días a la villa de Merlo para poder estar con ella dos o tres días, y luego volver a Buenos Aires, le encantaba ir a verla, disfrutaba de poder estar lejos de lo que significaba su exmujer, le dolía dejar a su pequeña, pero eran pocos días los que estaba fuera, y se lo recompensaba de la manera que sabía: con regalitos.

Abby era una bocanada de aire fresco para escapar de su rutina de trabajo; era hermosa, divertida, alocada y muy sexy.

Luego de dos años de idas y vueltas, escapadas a diferentes lugares turísticos, mimos, arrumacos y muchas experiencias compartidas, ella decidió volver a Buenos Aires. Las primeras semanas se instaló en la casa de sus padres y luego, y de a poco, se fue llevando algunas pertenencias a la casa de Roberto, quien desde hacía ya varios meses le había propuesto vivir juntos, se aventuraría nuevamente a la locura de compartir su casa con alguien más y sentía que Abigail era la indicada.

Solo había un pequeño detalle por cubrir: Su hija Lara, quien era una niña consentida y malcriada. Abby se enteró de su existencia cuando llegó a Buenos Aires, todo ese tiempo él se lo había ocultado. Se enojó con él por haberle ocultado semejante detalle, pero como estaba encantada con él, el enojo le duró poco y todo volvió a la normalidad, a aquella que se puede llegar a obtener dejando de lado ciertas costumbres y prejuicios.

Los siguientes dos años fueron muy buenos, a pesar de que la niña no la quería, y se lo repetía constantemente: «tú no eres mi mamá, no me digas lo que tengo que hacer». Era un círculo sin salida, ella intentaba enseñarle algunas cosas con mucho amor, la niña se hacía la ofendida y él defendía a la pequeña.

Luego empezaron los escapes...

Los últimos dos años fue cuando él comenzó a viajar por trabajo, cuando volvía, tenían que compartir tiempo con la niña y cada vez se llevaban peor, no era solo porque la niña era una malcriada, sino que también había perdido su encanto, habían perdido la magia, la espontaneidad y complicidad.

Ella quería trabajar pero él le decía que no era necesario, que él le podía dar todo lo que ella quisiera, le agregó una extensión más a su colección de tarjetas de crédito que tenía en su haber. Gastaba en libros de romance, eran su gran pasión, se perdía en esas narrativas deseando, alguna vez, ser protagonista de una de esas historias. Hubo épocas en las que intercalaba libros con series de televisión. Su cabeza vivía en el aire, así lo prefería, porque así evadía su realidad.

Un día se encontró abriendo un archivo en blanco en su procesador de textos y tecleó algunas líneas, escribió un relato. Emocionada, se lo mostró a una amiga que era escritora y que había conocido en un grupo de lectura en la red social, y luego se animó y se lo mostró a otra, ambas amigas la empujaron a extender ese relato y a publicarlo al mundo, sucedió todo tan deprisa y con tanta alegría que sentía que al fin había encontrado su lugar en el mundo.

Y eso la llevó al lugar de donde había salido hacía un rato, un evento, algo que solo se imaginaba en sueños desde que plasmó su primer letra en su primera historia.

El cambio que tanto había deseado estaba frente a sus narices, no sabía si estaba completamente lista para enfrentarlo, su cuerpo le estaba pidiendo a gritos por algo diferente, sin embargo, algo de su mente se rehusaba aún.

La malcriada seguía molestando por el maldito bolso, pero en ese momento, por teléfono, le estaba contando a una amiga tan malcriada como ella las peripecias que había tenido que sobrevivir para llegar a tiempo, claro que lo exageraba todo, era un estúpido bolso.

Abigail aún recordaba el día en que Roberto se lo había regalado, fue uno de los peores cumpleaños de su vida, un regalo más por parte de su pareja y un berrinche de película de su hijastra. Por suerte, tenía a sus amigas que la acompañaban. No lograban entender por qué aguantaba tanta falta de respeto por parte de esa jovencita. Delante de todos los presentes le había hecho un escándalo al padre tratando de forma despectiva a Abby y diciendo: «a esa le regalas el bolso que yo te pedí hace un montón de tiempo y a mí me quieres comprar con berretadas». Abby solo sugirió que se lo prestaría cuando ella quisiera. Roberto no dijo nada, solo miró hacia otro lado haciéndose el desentendido. No ponía límites, no la educaba, no le enseñaba respeto, y eso a Abby la exasperaba. Era manipulado por su hija de diversas maneras, no había forma de jugar ese juego sin salir perdiendo.

Capítulo 7

Alex esperó en el baño de hombres por dos minutos a que se la bajara la excitación, aunque para ser sincero, enterarse del nombre de la pareja de su preciosa Abigail, no le había caído en gracia, lo hacía realidad. Se lavó las manos y la cara, tenía el perfume de ella impregnado en su piel, los latidos aún no se calmaban y se le arremolinaba un sentimiento de infidelidad que quería torturarlo, pero no dejó que eso sucediera. Salió del lugar y se dirigió al subte, lo dejaría a pocas cuadras de su casa.

Antes de llegar a la casa, tecléo un par de mensajes a Abigail invitándola a saborearse los labios nuevamente. La realidad le golpeó directamente en la cara cuando abrió la puerta y encontró todo en silencio, su mujer ya estaba acostada. Él aprovechó el silencio para darse una ducha tibia. Necesitaba acomodar sus ideas, aunque tenía casi todo más que claro: quería volver a verla. No sabía si ella aceptaría, pero intentaría persuadirla de todas las maneras posibles. Ya había vuelto a seguir sus impulsos y lo había disfrutado muchísimo, sabía que era un camino sin retorno. Iría a por más.

Tomó un té y se fue a la cama, a compartir con su mujer una noche más. Ella lo ignoró, solo por algunos minutos, luego llegaron los reclamos.

—¿A qué hora pensabas venir?

—Me retrasé, sabes que ando sin el auto.

—¿Más de doce horas en un viaje que dura menos de media hora? No sé dónde te habrás metido, no quiero saber, no me interesa, pero anda con cuidado, no vaya a ser que alguien te pesque y se arme la podrida.

—¿De qué podrida me hablas?

—De lo que te puede llegar a suceder si te metes en algo raro.

—No tengo idea de lo que me estás hablando —dijo sin hacerse cargo de todo lo que lo inculpaba.

—Hazte el estúpido, yo sé que cuando los hombres empiezan a desaparecer por muchas horas sin mandar un puto mensaje es porque andan en algo raro.

—¿En tren y subte? ¿Encontrarme con un amigo de la infancia e ir a almorzar por ahí te parece algo raro? —mintió.

—Tu amigo huele muy rico —dijo, y le volvió a dar la espalda.

—No seas tonta, y ¿dónde estás tú cuando dices que te vas a esos eventos con el grupo de empresarios? ¿O le vas a echar la culpa a tu jefe de que tienes que estar sí o sí todos los fines de semana a su disposición?

—Es trabajo, no me molestes —dijo, y se removió debajo de la frazada, intentando acercarse a él, no sabía cómo disimular que ella estaba en falta. Él tenía razón, escapaba fin de semana por medio para compartir habitación de hotel con su jefe, y le encantaba. Cada fin de semana se decían que sería el último, pero ambos volvían a caer en el pecado de dejar a sus parejas para perderse en su nidito de amor. Necesitaba disimularlo, tenía que hacerle sentir que no estaba enojada por su llegada tarde, aunque ella era la que tenía estampada la palabra culpable en la frente. Sabía que no podía reclamarle nada, pero tenía que actuar y rápido para que él no volviera a sospechar. Se sentó sobre él y se deshizo de su top de algodón que usaba para dormir.

Él también quería disimular; en un arrebató de locura y con rapidez, furia y brutalidad la poseyó y gruñó al terminar con un orgasmo que, sentía, le pertenecía a Abigail.

Le costó dormirse, pensaba en ella, en sus labios carnosos y en su respiración agitada.

Cuando se despertó, ya estaba solo en su cama, se sentía ansioso y desesperado por volver a saber de ella. Chequeó su móvil, tenía un mensaje de su mujer diciendo que volvería tarde y uno de su amigo, el mecánico, comunicándole que su auto estaba listo.

Cuando estaba preparando café, entró un mensaje que le cambió por completo el humor. Luego del desayuno, salió al frío de la mañana, caminó con las manos en los bolsillos las pocas cuerdas que lo separaban de la estación de trenes. Al llegar, tuvo suerte, porque el tren ya estaba allí. El recorrido fue lento, más de lo normal, lo que lo hizo menos pesado fue la música que iba escuchando y el recuerdo del pasado que lo asaltó de repente:

Vio unos bucles largos que se movían al compás de la música que sonaba en ese caluroso espacio. No pudo despegar la mirada de ese top rojo que se pegaba al cuerpo de esa curvilínea mujer. Atrapado quedó cuando ella se dio la vuelta y sonrió.

Sus piernas lo guiaron en dirección hacia donde ella estaba bailando, no pudo controlar el impulso de acercarse, ponerse frente a ella y mientras su mente decía palabras lujuriosas y pecaminosas, de su boca salió un triste: «hola, que tal?». Sus manos fueron directas a la delineada cintura femenina, sus ojos paseaban desde sus pestañas, que se batían a velocidad extrasensorial, hasta su escote, que era como para perderse por años y no dejarse encontrar.

—¡Hey! ¡No se toca! —gritó ella, aunque sonriendo, para que él la escuchara. Eso lo sacó de su nube de lujuria y corrió las manos con rapidez para llevarlas a sus bolsillos, dirigió la mirada a su boca roja, carnosa. Una invitación a morderla y besarla toda la noche.

—¿Bailamos? —No se le cruzó pedirle perdón por haberla tocado. Estaba fuera de sí. Hechizado por esos ojos grandes y esos labios que seguramente lo llevarían al placer extremo.

—Yo ya estoy bailando... —tiró ella al aire mientras se contoneaba sensual, invitándolo a unirse a sus movimientos—, ¿sabes moverte?

—Acércate, que te muestro —dijo sin medirlo, y se quiso dar con la cabeza contra la pared más cercana. La luz iluminó a la sexy mujer justo en el momento en el que ponía los ojos en blanco ante tan vulgar respuesta. Sin embargo, él no parecía del tipo vulgar.

Dio un paso hacia adelante y se acercó para quedar a escasos centímetros del cuerpo masculino. Se tensó por dos segundos por lo que sintió al casi invadir el espacio del otro. Él se dio cuenta de ese segundo de duda, y la tomó de una mano.

«¡Mierda!», gritaron sus cabezas.

Ella suspiró y tuvo que mirar hacia otro lado.

Él sonrió, hacía mucho que no experimentaba ese tipo de química en su cuerpo. Y se vanaglorió de sentirse correspondido.

—No muerdo —le dijo al oído, robándole unos centímetros más de su espacio, ella hizo un gesto negando con su cabeza y él terminó la frase pero mirándola a los ojos—... a no ser que me lo pidas.

«¡Por Dios y todos los Santos! ¡Qué hago acá!», gritó la cabeza de ella.

—Tranquilo, campeón, guarda los colmillos, que no es día de mordiscones... —volvió a reír, pero no de su chiste, sino de su loca suerte. Buscaba un hombre de ojos claros y que la hiciera reír; lo acababa de encontrar, o, mejor dicho, él la acababa de encontrar a ella.

Él dio medio paso más y quedó casi pegado a su cuerpo, evitaría rozarla con su miembro, que estaba despierto y con ganas locas de entrar en ella. No podía creerlo, parecía un adolescente deseando a su profesora de clase.

—¿Y?

—¿Y, qué? —preguntó ella sorprendida, no podía borrar esa sonrisa estúpida de su cara.

—¿Qué tal mis movimientos? Creo que te sigo bastante bien.

—Son buenos movimientos —respondió luego de pensarlo por unos segundos.

—Ya sabes lo que dice el dicho popular...

Estaba tan cerca de ella que escuchó la melodía de su carcajada. Estaba hechizado por completo y aún no sabía su nombre.

—Buenos movimientos en la pista de baile...

—... Excelente en la cama —continuó él.

La risa de ambos se unió y se evaporó al instante por el calor que emanaban sus cuerpos sumado a la temperatura de ese lugar cerrado. Más calor sintieron cuando, por micrófono, anunciaron que se abría la temporada de lentos.

Ella no se resistió, se quedó a ver qué sucedía, ese hombre le hacía reír, además, era hermoso.

El DJ no tuvo mejor idea que comenzar con *Black Velvet*, de Alannah Myles.

—Antes de que pegue mi cuerpo al tuyo para bailar este temazo, necesito saber tu nombre, y quiero que sepas el mío.

Ella dio un paso hacia atrás, estiró su mano y se presentó.

—Soy Abigail. —Él le besó la mano.

—Soy Alex, pero me conocen como Acero. —Ella no entendió el chiste, solo frunció el ceño y él continuó—: Estoy seguro de que ya averiguarás por qué.

Sin perder un segundo, pegaron sus cuerpos y se entregaron a la música lenta y sensual...

Una mano en el hombro lo despertó de sus pensamientos, era una señora que le estaba pidiendo el asiento. Él se levantó y se lo cedió.

Capítulo 8

Abigail llegó a su casa lamentando haberle dicho que no a Alex pero creyó que por el momento, no tenía opción; la posibilidad de ser descubierta, la hacía sentir viva.

Se dio un baño de inmersión, no para sacarse la culpa que le rondaba parte de su ser, pero sí para pensar y masticar la idea de ser infiel, nunca en su vida lo había sido, intentó hacer una lista mental de los pros y contras de animarse a volver a verlo. De lo que ganaría o perdería en el caso de tomar la decisión de tener una aventura.

Llamaría a su amiga Clara en la mañana para contarle lo sucedido. Se había quedado con sed de más y solo ella podría entenderlo.

Para cuando salió del baño, Roberto dormía y la niña no estaba, por unos días no la vería, esa noche se iba al cumple de su amiga y desde ahí a la casa de su madre.

Se quedó despierta por un rato, recostada en el sillón mientras miraba las fotos del evento hasta que el sueño viniera por ella. Se sentía feliz, tenía mensajes de Acero, pero no se animó a abrirlos, apagó el móvil y se fue a dormir, cuando estuvo realmente segura de que su pareja dormía profundamente.

A la mañana siguiente, ella preparó el desayuno para su compañero de casa, esperó con paciencia a que él se fuera; sabía que tenía que viajar por trabajo, y no volvería en dos días aproximadamente. Lo cual la contentó. Realmente necesitaba un respiro.

Decidió aceptar un café, no le haría mal a nadie aunque sabía que arriesgaba mucho. Estaba entusiasmada con la adrenalina del día anterior y tecleó un mensaje sin preámbulos.

ABIGAIL: Acepto el café, ¿hoy puedes?

La respuesta no tardó ni un minuto en llegar.

ACERO: Por supuesto que puedo, te espero en la esquina donde te vi ayer, en dos horas.

Ella se removió en su asiento, se tapó la cara y sonrió para sí misma. Escuchó que otro mensaje le llegó y al abrirlo vio que Alex le mandaba el modelo y la patente de su auto.

ABIGAIL: Gracias, hasta luego.

ACERO: Te mando un mordiscón hasta que te vea...

Ella corrió a elegir la ropa y a ducharse, hacía un frío infernal, iría lo suficientemente camuflada como para no ser reconocida, en el caso de cruzarse con alguien de su entorno social.

Él fue más práctico, solo se roció su perfume favorito. Pasó rápido por su auto, y salió apurado a su encuentro, a su amigo lo dejó con la palabra en la boca y le dijo que después se lo explicaría.

Cuando faltaba media hora para encontrarlo, ella estaba terminando de maquillarse, lo hizo con pausa, le temblaba el pulso, se dio cuenta al momento de pasarse delineador de labios, no lograba que quedara como ella quería. Dejó de lado el delineador y continuó con la máscara para pestañas, no haría demasiado, quería verse lo más natural posible. Le temblaban las piernas.

Antes de salir, chequeó cada rincón de la casa, se puso un gorro de lana que no usaba casi nunca y los lentes de sol, que si bien no había un rayo para calentar nada, el resplandor le hacía mal y también para continuar con el disfraz. Caminó a paso rápido las cuadras que la separaban del lugar del encuentro.

Al llegar a la esquina indicada, no lo vio, pensó que tal vez era temprano, sabía que él tenía unos kilómetros para llegar al lugar, así que decidió esperar por dos minutos, no había casi gente en la calle por el frío que estaba haciendo. Según los meteorólogos existía una alta posibilidad de que se diera el fenómeno de la nieve en esa zona de Buenos Aires en la cual solo sucedía cada cuarenta o cincuenta años. Vio que pasaba una adolescente caminando por la vereda de enfrente y se dio cuenta de que era una amiga de su hijastra, siguió mirando hacia el frente y al parecer la niña no la reconoció, seguramente, el hecho de que tenía el cabello dentro de su bufanda ayudaba bastante.

Caminó un par de metros, y si era necesario, doblaría la esquina, se sentía muy expuesta donde se encontraba parada. Al doblar la esquina, vio el auto, con la patente que le había indicado por mensaje. Sus piernas se convirtieron en gelatina, no había vuelta atrás.

Alex estaba sentado, esperándola, en cuanto la vio por el espejo retrovisor, se bajó para ir a su encuentro. Él hizo un intento de abrazarla, pero ella dio un paso al costado diciendo:

—Acá no.

—Putá madre, cuánto protocolo.

—Este es mi barrio, a ti no te importa si alguien te ve.

—Soy un simple hombre saludando a una amiga, no estoy haciendo nada malo, ¿tú quieres que hagamos algo malo? Porque sabes que si quieres, yo siempre estoy listo. —Ella puso los ojos en blanco—. Adelante, entonces, boquita hermosa —le susurró al oído mientras pasaba por su lado para abrirle la puerta y ayudarla, con un chirlo en el trasero, a subir.

Abigail se cruzó de brazos mientras lo observó rodear el frente del auto y subir a su lado. Ese susurro le había puesto los pelos de punta y las mejillas de un color carmesí. Los nervios la carcomían por dentro. No quería demostrarle lo que le sucedía cada vez que lo tenía cerca o cada vez que pensaba en él, y mejor ni mencionar el tema de sus manos al tocarla.

Una vez adentro, Alex estiró su mano y le quitó los lentes de sol para poder ver el brillo en los ojos. Ese brillo que había vuelto a ver esa mañana fría y en el baño del restaurante en el cual la

besó derribando barreras. Tenía el placer de volver a disfrutarla. La ayudó a sacarse el gorro que llevaba puesto, así como la bufanda; la hubiera desnudado toda si hubiera podido, pero quería salir de ahí cuanto antes.

—Hola, boquita hermosa, ya te estaba extrañando. ¿Cómo estás? ¿Cómo te han tratado estas horas antes de vernos? ¿Te puedo sacar toda la ropa? —Ella no podía evitar sonreír, tenía las pulsaciones a mil y aún le temblaban las piernas, le encantaba ese hombre y a pesar de saber lo que se le vendría después, se sentía dichosa de haber aceptado esa invitación y volver a sentirse mujer deseada, atrevida, no podía hacerse la seria con él porque también quería desnudarlo. Respiró profundo, le regaló una de las mejores sonrisas que tenía para él y le dijo:

—Todavía no, salgamos de acá.

El aceptó sin antes acercarse a su boca sin tocarla, absorbiendo su aroma, deseándola. Demostrándole lo mucho que quería volver a probar esos labios. Ella suspiró y él, mientras, alternaba su mirada desde sus ojos a su boca. Estaba desesperado, quería comerla a besos, estaba ansioso; habían pasado tantos años sin poder conectarse con ella que iba a parecer un adolescente estúpido y no podía controlarse. Decidió entonces acercar su cara a su cuello y mientras inspiraba profundo y se llenaba de su perfume le dio un beso, para luego reacomodarse en su asiento.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó mientras encendía el motor para poder prender la calefacción del auto. Ella lo miraba casi sin pestañear.

—Arrogante —sentenció con una mueca graciosa en su cara.

—A mucha honra —respondió mostrándole su mejor sonrisa, la cual había aparecido para instalarse en su cara sin poder evitarlo, desde que la volvió a ver. Estiró uno de sus brazos para acariciarle donde la había besado—. ¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

—Tú insististe en invitarme a tomar un café —se le escapó a ella con coquetería.

Él cerró los ojos por unos segundos, quería gritarle al mundo que se sentía vivo nuevamente, a pesar de tener atascadas las respiraciones en el pecho.

—Bueno —dijo—, entonces iremos a tomar un café pero como no quieres que nos vean, iremos a un lugar muy especial.

—No esperaba menos de ti —remató ella.

En el momento en que Alex puso primera, para comenzar a avanzar, un relámpago iluminó sus caras, y un llamado telefónico rompió el hechizo. Era el móvil de ella, su pareja la llamaba. No atendió.

Roberto volvió a insistir, parecía a propósito, podía pasar días enteros sin saber nada de él cuando estaba de viaje, pero justo en el momento en el cual a ella se le ocurría hacer alguna locura, él la estaba llamando.

—Puede ser importante, ¿por qué no atiendes?

Abby hizo un gesto con su mano y atendió.

—Hola, ¿estás bien?

—Sí, querida, te quiero avisar que llegaré un día más tarde —respondió Roberto, decidido, del

otro lado de la línea—, ¿vas a estar bien? —preguntó.

—Sí, gracias por avisar.

—Cuídate mucho, te llamo mañana —dijo, y cortó la comunicación sin esperar respuesta de ella.

Abby no pudo esconder la sensación de sentirse en caída libre a lo que era su realidad. Alex se dio cuenta y apoyó su mano derecha en su rodilla como para regalarle tranquilidad, pero en vez de eso, logró hacerla poner más nerviosa. Ella respiró profundo, llenando sus fosas nasales del aroma masculino que la envolvía en una nube de lujuria; volvió a su eje y subió el volumen para poder disfrutar del paseo con ese hombre que con solo mirarla la ponía a punto caramelo.

*Me verás caer / Como un ave de presa / Me verás caer / Sobre terrazas desiertas / Te desnudará /
Por las calles azules / Me refugiaré / Antes que todos despierten.*

Una gota pegó contra el vidrio, luego otra y otra más, caían y golpeaban al ritmo de la canción que estaban escuchando y disfrutando. A ella le dio calor y se quitó el abrigo, él se mojó los labios, de repente, se le había reseca la boca. Miró hacia el frente, frenó en una esquina desierta. Con el auto en punto muerto y sus latidos escapándosele del pecho, soltó ambos cinturones de seguridad y se le abalanzó cual ave a su presa. Le dio tal beso, que la dejó agitada, despeinada y con la boca abierta.

—Alex —fue todo lo que ella pudo decir, porque él volvió al ataque. Metió una de sus manos debajo de su ropa para acariciar su hombro, la piel de esa mujer lo seguía desquiciando. La quería hacer suya en ese preciso momento pero se intentaría contener. Continuó besándola con hambrienta posesividad, su mano bajó a su pecho, rozó su pezón y la sintió derretirse ante ese sutil toque. Ella le acarició la nuca para prenderse del cabello, lo tenía entregado, lo escuchaba gruñir y el recordar lo hermoso que se sentía tenerlo desnudo junto a ella, comenzó a temblar.

Un ruido de sirena los despertó de su locura, ambos enderezaron sus cuerpos, miraron por el espejo retrovisor y vieron que una patrulla se acercaba. Alex volvió a poner primera, sin decir una palabra y continuaron viaje.

—¿Te rpto o te llevo a tu casa? —preguntó deseando que ella aceptara la primera opción.

—Ráptame, por favor —respondió ella, con una media sonrisa, enredando sus dedos entre sus cabellos en un movimiento hacia atrás.

—Perfecto, no hay vuelta atrás.

—No quiero que la haya.

Él tomó la avenida que los llevaba a uno de los lugares que tenía pensado si ella aceptaba.

La lluvia era testigo de la pasión que se había despertado entre esos dos amantes.

Capítulo 9

Cruzaron la puerta del hotel, comiéndose a besos. Quemándose los cuerpos con sus propias manos, ardiendo en las llamas del pecado.

Sin importar nada ni nadie, se desnudaron con la rapidez que lo hace un hombre poseído por la lujuria y el deseo. Cuando ambos estuvieron despojados de sus ropas. Él la recostó en la cama boca abajo para acariciarle el cuerpo con mimo y pasión. Ella intentó girarse pero él no la dejó. Le acarició la piel con la punta de su lengua, saboreó casi todo su cuerpo, metió la lengua entre sus glúteos para hacerla gemir y retorcerse de placer. Ella volvió a intentar darse vuelta pero él, de nuevo, no se lo permitió. Con una mano atrapó sus dos manos detrás de su espalda para impedir que se moviera. Con locura y sin permiso. Metió su lengua en su interior. Entrando en ese juego sexual al cual jugaban antes. Sabía que ella luego se vengaría. Y la venganza no se tardó en llegar. Ella, con fuerza se giró y en pocos movimientos de apoderó de su miembro para acercar su boca al mismo y tomó aire antes de probarlo. Lo miró a los ojos y continuó dándole placer. Hubo una pausa en la que él fue a buscar un condón, un sonido de un móvil se escuchó y era el de Alex. Sonó varias veces. Y luego volvió a sonar.

—Yo... debería...

—Por favor, atiende.

Era su mujer, quería que fuera a buscar a su madre y la llevara al doctor porque estaba enferma y ella estaba de viaje.

—Lo siento, Abigail. —Era la primera vez en años que la llamaba por su nombre completo—. Esto es más complicado de lo que pensé —dijo pasándose una mano por la cabeza. No hacía contacto visual con ella. No podía. Sentía que la perdería nuevamente en el momento en que lo hiciera. Ella lo observó moverse lentamente buscado su ropa, por un lado y muy dentro de sí se sentía agradecida de no haber continuado con esa locura del engaño. Ella tenía una vida, ¡maldita sea! ¿Para qué complicarse más?

—¿Vamos, bonita? —preguntó Alex mientras le alcanzaba la ropa. Abby seguía sentada sobre la cama, envuelta en las sábanas.

—Sí, adiós magia —se le escapó en voz alta.

—Lo lamento, no puedo quedarme. Me muero de ganas.

Ella calló, entendía en cierta manera que cuando uno tiene familia, hasta los mejores momentos

pueden ser interrumpidos por cuestiones cotidianas.

Las palabras abandonaron a esos amantes, quienes, en silencio y con mil preguntas en sus respectivos corazones, se vistieron con cierta prisa.

La tomó de la mano al salir del lugar. Le abrió la puerta del auto. No hubo azote en el trasero ni chiste acompañando. Abby estaba descubriendo una faceta de Acero que desconocía.

La emisora de la radio del auto estaba dando un especial del grupo U2 y el tema *One* se escuchaba a volumen muy bajo.

One is a temple

One is a higher law...

Ya no estaba lloviendo, pero el cielo seguía gris e insulso combinando con los sentimientos de Abby, quien a pesar de haber vuelto a vibrar en los brazos de ese hombre, moría de culpa. Miraba por la ventanilla mientras se mordía el interior de su boca como si fuera una adolescente.

No quería regresar a su casa, ni a la realidad que, si bien tardaría un par de días en asentarse, de un momento a otro todo volvería a ser lo mismo. ¿Pero qué estaba pensando? ¿Que ella podría llegar a ser importante para alguien? Qué equivocada estaba.

Alex, por su parte, se maldecía interiormente por haber aceptado ese compromiso de llevar a su suegra al doctor, odiaba el poder que le daba a su mujer, se puteaba por no saber decirle no. Tranquilamente cualquiera de sus cuñados podría haberla llevado, por eso sabía que era un nuevo y pequeño truco de su mujer simplemente para joderle la vida.

Sentía el sabor del cuerpo de Abby en su boca, lo había querido todo, como hacía años atrás, pero no pudo. Se pasó una mano por la cabeza y en un semáforo en rojo la enfrentó:

—Necesito volver a verte. Por favor.

Ella tardó en mirarlo y cuando lo hizo, el semáforo ya había cambiado de color. No hubo respuesta. Él sintió su mirada sobre su perfil, y se sonrojó.

—¿Por favor? —insistió.

Ella tomó aire para darle una respuesta, pero antes de que dijera palabra se escuchó el sonido de un móvil. Nuevamente insistente. Interrumpiendo. Molestando.

—¿Qué sucede ahora, Greta? —respondió con fastidio Alex, sin percatarse de que había dicho el nombre de su mujer delante de Abigail.

Abby no pudo oír lo que decía la otra persona del otro lado de la línea, pero sí sintió una punzada en el medio del estómago al escuchar el nombre femenino; sin embargo, tampoco podía dejar de mirar a su amante. Tenía unas facciones hermosas. Desde el ángulo que lo mirara, le encantaba.

—Tú me estás haciendo un mal chiste, ¿verdad? ¿Para qué me desordenas los planes? Adiós —dijo y cortó la comunicación.

—¿Todo bien? —se apiadó Abby al verle la cara completamente absorbida por el enojo.

—Estoy esperando tu respuesta —dijo a modo de reproche, sin darse cuenta del tono que había

empleado con la mujer de sus sueños.

—Tranquilo, fiero. Te llamo más tarde. Me bajo en la próxima esquina —dijo lo primero que le vino a la mente, lo habría consolado, pero sintió que no era el momento. Ambos habían cambiado. Tenían vidas diferentes y obligaciones. Se olvidaría de él.

Alex no dijo ni una palabra. Se le estrujó el corazón al sentirse rechazado.

Estacionó en el lugar que ella le había indicado y trabó las puertas. Soltó su cinturón de seguridad, se acercó a la boca de esa mujer que le volaba la cabeza. Le dio tal beso que hizo que ambos gimieran, magia era lo que sentían ambos por dentro cada vez que sus cuerpos se unían.

Ella fue quien posó las manos sobre el pecho masculino para crear distancia y desprenderse del beso que la tenía atrapada en la locura del deseo que sentía por él. Tomó todas sus pertenencias con una sola mano y bajó del auto con prisa, antes de arrepentirse de la decisión que por ese efímero momento había tomado.

Dio largos y enojados pasos hasta llegar a su casa. ¿Pensar? ¿Analizar lo sucedido? No, ¿para qué? Dejaría que fluyera, o eso intentaría.

Cruzó la puerta, dejó las llaves colgadas en un gancho en forma de corazón que adornaba un rincón de esa pared. Se quedó mirándolo, recordando el día que Roberto se lo había regalado:

Habían tomado de más, una hermosa noche en la sierra de San Luis, estaban en la casa en la que él paraba cuando viajaba a verla. Era una acogedora vivienda a doce cuadras del centro comercial. Esa noche era particularmente estrellada. El rincón que él había preparado para cuando ella llegara de trabajar se veía hermoso. Unas velas de noche iluminaban la mesa junto a unas flores dentro de un cuenco. La música era la que a ella le gustaba, él era mayor, sin embargo, se había armado una carpeta con los temas de las bandas favoritas de su mujercita. Pink se escuchaba en el lugar... Las luciérnagas hacían su magia en algunos rincones y el clima los acompañaba. En el momento del postre, él le sugirió que fuera a buscarlo. Mientras ella se movía para buscar el helado, él tomó un paquete que había pegado con cinta adhesiva debajo de su sillón de jardín.

Ella volvió meneando sus caderas al son de un tema de Ricky Martin, descalza, con el cabello suelto, tan contenta por esa noche. Llegó a la mesa, depositó todo lo que cargaba en sus manos y lo observó. Él sonreía con picardía, tarareaba la canción del cantante boricua. Le encantaba que se adaptara a sus gustos musicales. Cuando se dispuso a servir el helado, él le agarró las manos y le ofreció el paquete, el cual ella tomó contenta y sorprendida.

—¿Qué es?

—Ábrelo —sugirió ansioso.

Con una sonrisa de oreja a oreja, rompió el papel que lo envolvía y miró sorprendida, un porta llaves... Habría preferido una pulsera o un perfume o un chocolate, pero un portallaves...

—Gracias, es hermoso —agradeció con sonrisa algo forzada.

Era realmente bonito, tenía un trabajo artesanal bien detallado, no podía negarlo, sin embargo, no entendía el porqué de dicho presente.

—Me hace feliz que te guste —dijo riendo y continuó—, el regalo está incompleto. Aquí tienes lo que falta.

De su dedo meñique colgaba una llave.

Ella se emocionó y no supo qué decir.

—Te regalo la llave de mi casa de Buenos Aires, para cuando desees volver. Allí te estaré esperando. Siempre.

Ella se emocionó hasta las lágrimas. Una vez más lograba sorprenderla, la tenía casi convencida, estaba casi decidida a finalmente volver.

Capítulo 10

La calefacción central no era suficiente para paliar el frío que hacía, el tiempo que estuvo debajo de la ducha fue muy corto comparado a lo que realmente le hubiera gustado. Por más que se pasó la esponja enérgicamente por el cuerpo, no podía evitar sentir el aroma del cuerpo de Alex en el suyo propio.

Cerró el grifo, se vistió rápidamente, se secó lo que se le había mojado del cabello que tenía recogido en un rodete, roció perfume por su cuerpo y volvió a salir. El destino era la casa de su amiga Clara, ni siquiera le envió un mensaje para avisarle que iba, estaba aturdida, confundida y enojada. No quería estar sola y su amiga sería su mejor refugio.

—Abby, ¿estás bien? Pasa —dijo Clara dejándola entrar, al verla con la mirada perdida y el semblante preocupado—. ¿Quieres tomar algo? —ofreció al ver que en silencio se dejó caer en el sofá de su sala de estar.

Abby solo asintió, se sacó el abrigo y lo dejó a un lado; lo mismo hizo con sus botas. Las dejó en un rincón en el suelo. Apoyó sus codos en las rodillas y se pasó las manos por la cara, bufando.

Clara se apuró a prepararle un té de tilo, al principio creyó que le vendría bien un café bien caliente, con el frío que hacía esa tarde, pero luego, y al verla en ese estado, se decidió por el té.

Al volver, la encontró en la misma posición en la que la había dejado.

—Soy una idiota —largó al fin.

—¿Qué sucedió?

—No puedo continuar con esto.

—No puedo ayudarte si no sé lo que te pasa.

—Pensé que podría llegar a hacerlo, pero no..., no quiero ser segunda de nadie...

—Ah, ya veo... Tiene que ver con Acero. Cuéntame ya, ¿qué pasó?, ¿es una orden!

—Pasó casi de todo, cuando estaba a punto de suceder lo mejor, el teléfono de él sonó...

—¿Y lo atendió? Que hijo de su...

—¡El maldito aparato no paraba de sonar! Yo le insistí que atendiera...

—¿Y? No me dejes así con la intriga.

—Y vi cómo su poderoso miembro de acero se le bajaba y sentí cómo yo de repente me congelé.

—Mierda...

—Le pedí que me bajara a cuadras de casa, no quiero saber nada más de él, pero no puedo dejar de pensar en ese maldito seductor.

—¿Sigue todo igual?

—Como si nunca hubiera dejado de sentir cosas por él, como si nuestros cuerpos se hubieran seguido encontrando. Jamás se perdió la magia... hasta...

—El llamado.

—Exacto. Hasta ese momento...

Clara miró la hora.

—Abby, tengo que llevarle las compras a la vecina, está muy viejita y hace mucho frío, sabes que a veces paso por su casa para ver si necesita algo y hoy me pidió de todo. Volveré en diez o veinte minutos.

—Ve tranquila, salgo contigo.

—Quédate, ya sabes que hay comida en el *refri*, y que mi casa es tu casa —dijo la última frase emulando acento extranjero.

—Te agradezco, ya has hecho demasiado, gracias por el tecito, me hacía falta. Me voy a casa. Necesito... ordenarme...

Salieron juntas y cada una tomó una dirección contraria. Cuando llegó a su casa, dejó las botas a un costado, colgó el gorro, la bufanda y el abrigo en el perchero de entrada. La llave no la colgó donde siempre, solo la dejó en la mesa ratona de la sala de estar de pasada hacia la cocina. Prendió todas las estufas que estaban a su paso y fue a prepararse una sopa instantánea. Estaba nuevamente helada. Una vez que tuvo la sopa lista se sentó frente al ordenador e intentó escribir algo, luego de varios intentos fallidos en los cuales no le salía ni una palabra, desistió, y fue a dejarse caer en el sofá para mirar una película, no quería pensar. Necesitaba distraerse.

Encontró una comedia romántica y se relajó, su móvil comenzó a sonar, y vio que entraban unos cuantos mensajes, algunos de texto y otros de WhatsApp, miró de quienes se trataba.

Tenía varios mensajes de Acero, los dejó sin ver. También recibió un mensaje de Roberto, quien le mandaba una foto de la sierra de San Luis, para que lo recordara con amor... Sin embargo, en la foto que él envió se veía otra figura por el espejo de los lentes que él llevaba puestos... No le dio mucha importancia, seguramente era alguien que pasaba por allí. Agradeció y deseó buenas noches, de forma automática.

Cuando estaba la película por la mitad, ya no pudo controlarlo más y decidió mirar los mensajes de Acero.

ACERO: Quiero verte, por favor.

ACERO: Déjame que te explique.

ACERO: Estoy cerca de la casa en la que vivías antes... ¿podemos vernos? Muero por volver a besarte.

No contestó. No sabía qué decir o tal vez sí, también moría de ganas, sin embargo, necesitaba descansar y pensar o simplemente mirar una película en soledad.

Al día siguiente, y como una niña *scout*, estaba lista temprano, abrigada, desayunada y a la espera de su amiga que de un momento a otro le haría sonar la bocina.

No se hizo esperar. Lo que Abby no sabía era que el auto iría lleno de bolsas y cajas.

—¡Buen día! ¿Qué es todo esto? —dijo señalando con su dedo índice lo que ocupaba los asientos traseros del vehículo.

—Mercadería... —respondió su amiga levantando sus hombros.

—Sí, ya veo... pregunto qué significa, ¿dónde vamos?

—Al merendero.

—Pensé que no ibas más, que era un capricho de los tuyos.

—Descubrí que me encanta ayudar y colaborar y ellos realmente nos necesitan. Hasta aprendí algunas recetas... Las mujeres que están a cargo del lugar son maravillosas, te van a encantar, ya lo verás. A veces hay hombres. Te sorprenderías de verlos ayudando —contó Clara con un brillo especial en los ojos.

—Estoy orgullosa de ti, amiga.

Capítulo 11

El espacio era pequeño, vio niños acercarse al auto como si las estuvieran esperando.

Tres mujeres con pañuelos en la cabeza y mandiles atados a sus cuellos y cintura las recibieron con alegría, las saludaron con un apretón de manos, agradeciendo su presencia.

—Claraaaa —gritaron una niña y un niño que llegaron corriendo a saltar encima de su amiga. Se reían porque casi se cayeron al suelo. Clara se puso a la altura de ellos y los abrazó con dulzura. Les dio un beso en sus cabecitas despeinadas y los volvió a abrazar.

—Les presento a una amiga —les contó casi en secreto—, se llama Abby. Abby, ellos son Luisito y Morena.

—Hola, Abby —saludaron a coro, y se acercaron para darle un beso. Abby imitó a su amiga y se puso en cuclillas.

—Qué hermoso pelo tienes —dijo la niña tocando la trenza que Abby tenía hacia un costado.

—Muchas gracias, me encanta tu color de ojos, More.

—Dicen que es el color que tenía mi mami, pero ella está en el cielo. Yo no la conocí. Vivo con mi abuela. —Abigail contuvo el llanto y sonrió.

—Seguramente es la estrella que más brilla.

—Tus ojos están tristes —observó Luisito—, ¿qué te pasa?

—¡Vamos! ¿Me ayudan a bajar algunas cosas? No se queden ahí parados sin hacer nada. Hay mucho por hacer —la salvó su amiga.

Abby colaboró bajando bolsas y luego ayudó a preparar el desayuno, ahí le contaron que muchos niños desayunaban y almorzaban en el lugar. Que si les quedaba algo de comida, la repartían entre todos. La mayoría de esos pequeños no tenían madre o padre. Y vivían con algún familiar.

Dos autos más llenos de bolsas llegaron al merendero y luego otro más, todos perfectamente sincronizados se formaban en fila y se iban pasando las bolsas de mano en mano hasta llegar a un precario rincón. Abby había estado tan ocupada que no había prestado atención a los detalles del lugar hasta que vio ese rincón. La habitación que hacía de cocina-comedor era bastante pequeña para la cantidad de gente que se había juntado allí. Miró hacia la mesa del centro y contó entre veinte y veinticuatro niños de diferentes edades. Había algo raro, no había sentido frío a pesar de la baja temperatura. Solo dos eran los modos de calefaccionar el lugar, las hornallas prendidas y

el calor humano.

Estaba emocionada, hacía demasiado tiempo que no veía tanta solidaridad entre personas. Ni tantas caritas felices.

Tuvo que salir a tomar aire.

Fue en ese momento en el cual lo vio bajando de un auto con dos bolsas de mercadería en sus manos. Le pasó por al lado y actuó como si no la conociera, aunque se le removiera el alma por dentro. Ella quedó estática con los ojos abiertos como platos, con los sentimientos a flor de piel por sentirse ignorada.

—¡Alex, espera! —gritó una mujer, pasando también por su lado, y detrás de la mujer, un hombre.

Un chasquido de dedos la despertó. Su amiga le estaba pidiendo ayuda. Tenían que seguir bajando bolsos del último auto.

Se encogió de hombros y la siguió.

—Está acá.

—¿Quién?

—Acero.

—¡¿Dónde?! —gritó su amiga.

—Si lo ves, lo reconoces —respondió Abby.

—Hablando de reconocer y matando este momento glorioso. Hace mucho que no veo a Roberto. ¿Se mantiene siempre igual?

—Justamente hoy me mandó una foto —dijo manipulando su móvil buscando la foto de su pareja—. Aquí está, en San Luis, un lugar que me encanta.

—Se ve mayor de lo que es, se nota muchísimo ahora la diferencia de edad. *Wait!* —dijo agrandando la imagen—. ¿Y esta mina quién es?

—¿Qué mina? —preguntó incrédula.

—La que se ve en el reflejo de sus lentes, yo la vi en algún lado... La conozco...

—Debe de ser alguien que pasaba por ahí, Clara.

—Déjame analizarla. Me la reenvió a mi celu. Luego la miro en detalle, con *zoom* y todo.

Plantó una duda en el interior de Abby, con el reflejo del sol no podía ver bien. Ya tendría tiempo para eso.

Ya estaban todos adentro desayunando, ella decidió volver a entrar para ver si necesitaban algo más. Cuando giró para entrar, alguien le tomó la mano y tiró de ella hasta quedar ambos detrás del tronco de un árbol.

—¿Por qué no contestaste mis mensajes?

—¿Para qué hacerlo? ¿Para que luego pases por mi lado y te hagas el que no me conoce?

Le apoyó todo el cuerpo atrapándola contra el árbol. La besó sin permiso, ella se lo permitió y hasta le devolvió el mimo. No podía evitarlo. La química que sentían era más fuerte que cualquier análisis racional.

—¿No te das cuenta de que me vuelvo loco sin tus besos?

—¿Qué haces acá? ¿Quién es la bruja esa?

—Hace mucho tiempo que colaboro con el merendero, mi hermano es quien me ayuda a traer cosas cuando yo no puedo y la mujer que tú viste es mi cuñada. No te pongas celosa. Huyamos de este lugar.

—Vine con Clara.

—Boquita hermosa —dijo intentando frenar sus impulsos—. ¿Cuándo me vas a dejar hacerte mía? Estoy desesperado, ¿es que no lo ves? —Abby se mojó al escuchar eso, ella también lo deseaba más que a nada, pero tenía terror a lo que pudiera llegar a suceder después de ese posible encuentro. El primero había sido fallido y había tenido suerte de que nadie los había visto. No podía arriesgarse tanto.

—No quiero que me vean contigo. No quiero tener que dar explicaciones. No quiero pensar en esto.

—Yo quiero todo y no me importa si me ven o no.

—Me estás asustando, pensé que podía confiar en ti. Cálmate.

—Hermosa, claro que puedes confiar, como siempre. Sucede que volviste a patear mi estantería, pero con más fuerza que antes, estoy loco por ti.

—Lo siento, debo irme —dijo mirando hacia todos lados, asegurándose de que no había mirones o alguna oportuna persona. Tuvo suerte, solo la vio su amiga, quien, luego de unos minutos de no saber dónde estaba, se preocupó y salió disimuladamente en su búsqueda.

Llegaron a la casa de Abby, agotadas pero felices. Abby fue directo a la cocina a poner agua a calentar para tomar unos mates, cortó unas rodajitas finitas de jengibre para poner dentro del mate, revolvió en los cajones de la mesada y encontró un frasquito con hojitas de stevia para endulzarlo. Escuchaba que su amiga hablaba sin parar por teléfono con alguien pero no le prestaba atención, ella tenía otras preocupaciones y no se podía sacar a Acero de la cabeza, como tampoco lograba deshacerse de lo que había sentido al volver a tenerlo tan cerca, arrebatándole besos. La remontaba al pasado, a la locura de sentirse plena y libre.

—Este tipo me tiene podrida, no entiende que no voy a cambiar mis horarios de trabajo, me rehúso a trabajar los fines de semana —dijo interrumpiendo los pensamientos de Abby.

Capítulo 12

Agotado, con las ideas y sentimientos desordenados, con un esquema de vida que estaba a punto de abandonar. Así, llegó Alex a la casa de su amigo Carlos, el mecánico, el único amigo que aún le quedaba de su época de joven yo-hago-lo-que-quiero-y-cuando-quiero.

Intentó varias veces comunicarse con su pareja pero no logró dar con ella, el teléfono lo mandaba directamente al correo de voz. Y solo lo hizo porque tenía un par de llamadas perdidas de ella. No pudo contestar, fue justo en el momento en que estaba besando a Abby. Esperaría un par de horas y lo volvería a hacer si no daba señales de vida.

Carlos lo invitó a pasar, le ofreció una copa de vino, estaba terminando de almorzar junto con su familia. La mujer de Carlos, Marisa, le puso un plato con comida calentita sobre la mesa, pero él se negó a probar bocado, estaba con un nudo en el estómago desde la mañana.

—¿Qué te trae por aquí un domingo a esta hora? ¿Dónde está tu señora? Hace tanto que no te veía, nos tenías abandonados.

—¡Sí, tío! —dijo uno de los niños sentado a la mesa.

—En viaje de negocios. No he podido comunicarme con ella hoy.

—Seguro que está ocupada. Prueba un poco de estofado, te va a hacer bien. ¿Tu familia cómo está? Hace mucho que no veo a tu abuela.

—Tiene sus días, algunos está bien, y otros no tanto.

—Me contó la señora de la otra cuadra que tu papá se fue a otra casa. ¿Es cierto?

—¡¡¡Marisa!!! No seas chismosa —dijo Carlos regañando a su esposa.

—Soy mujer, quiero saber.

—Yo también soy mujer —agregó la niña sentada frente a Alex—, quiero saber por qué estás triste.

—¡Danna! —Ambos padres levantaron el tono de voz para hacer callar a la preadolescente que tenían en su casa. Todos querían saber vida, obra y milagro de los amigos de sus padres.

—No pasa nada.

Pasó el día en lo de sus amigos, agradeciendo por soportarlo ese día, por hacerle el aguante y contenerlo.

Pensó en cuánto añoraba tener una familia como la de su amigo, se dio cuenta de que con su mujer no la iba a tener, ella no lo amaba, él tampoco la amaba. De eso estaba más que seguro.

Cuando regresó a su casa, pensando que tendría una noche para él, para pensar en lo que iba a hacer a partir de ese día, encontró a su mujer recostada en la cama. Por lo visto se había adelantado su regreso. Habría jurado que estaba llorando, pero como no se sentía en todos sus cabales, no pudo consolarla, lo único que hizo fue prepararle un té de tilo y dejárselo en su mesita de noche.

Él era quien necesitaba consuelo. Su vida era un desastre, todo por cuanto había luchado se había esfumado. Quien lo viera desde lejos, pensaría que era demasiado alboroto por una calentura, no obstante, él se defendería, siempre alegando todo lo que sentía por esa joven de labios carnosos.

Miró su móvil antes de prepararse una cama en el sofá. Nada, ni un mensaje de ella. Solo uno de su amigo preguntándole cómo había llegado.

Capítulo 13

Clara se estaba poniendo el abrigo para irse, y la puerta de la casa de Abigail se abrió, era Roberto, en vivo y en directo.

—¡Hola! ¿Cómo estás, Roberto? —saludó ella por demás entusiasmada.

—¿Cómo estás, Clara? —respondió casi sin mirarla.

—Muy bien, visitando un rato a Abby —dijo levantando el tono de voz para que su amiga, quien estaba lejos de la vista de ellos, viera la situación que se presentaba. También pensaba que el tipo estaba avejentado y se le veía preocupado, algo no andaba bien.

—Gracias —resonó seco en el ambiente.

—¿Seguro que estás bien? —insistió viendo la cara de culo que llevaba el hombre.

—Sí, ¿dónde está Abby?

—Aquí.

Abigail despidió a su amiga y volvió a sentirse sola, no importaba cuánto abarcara Roberto, hacía mucho tiempo, tal vez demasiado, que la presencia de su pareja la molestaba.

—¿Te ayudo? —preguntó ella al entrar en la habitación y ver que él estaba desarmando la maleta de viaje.

—Bueno, gracias. Aprovecho y me doy un baño, estoy agotado. —Se le notaba cansado, pero se veía abatido. Abigail no entendía qué podría llegar a suceder. Él siempre volvía contento de sus viajes de negocios.

Se sentó en la cama, con las manos sobre sus rodillas, tamborileó los dedos sobre las mismas mientras una loca idea se le cruzó por la mente: tal vez él la había visto subir o bajar de la camioneta de Alex o tal vez la amiguita de su hijastra la había visto... ¡NO! No podría ser, no a kilómetros de distancia. Movié su cabeza como para despojarse de esos pensamientos de culpa y comenzó la tarea de sacar las cosas de la valija de Roberto.

Estaba por guardarla en el gabinete que tenían destinado para todo tipo de accesorios de viaje, cuando escuchó que algo vibraba dentro. La volvió a abrir y descubrió un móvil, jamás lo había visto. No era el de Roberto, al menos, no el que ella le conocía. Lo que sonaba era una llamada entrante, lo dudó por dos segundos pero no lo atendió, debería existir una explicación. Se volvió a sentar sobre la cama con el aparato en la mano, lo giró hacia un lado y hacia otro. En la pantalla, sin desbloquearlo se veía una imagen, le pareció familiar. Volvió a tocar el botón para encender la

pantalla y poder mirar nuevamente. Era la imagen de la capilla de Merlo, San Luis. «¡Qué raro!», pensó. Y no pudo pensar más. Porque escuchó la puerta del baño abrirse, entonces, dejó caer el móvil dentro del bolso y lo volvió a acomodar en el gabinete. Cerró la puerta y se dispuso a salir de ahí.

Se cruzaron en la entrada a la habitación, Roberto llevaba su pijama puesto.

—No estoy para nadie —dijo mientras le daba un beso en la frente. Caminó unos pasos más y se metió en la cama—. ¿Puedes apagar la luz, por favor?

Ella obedeció. No quería otra cosa. Necesitaba estar sola y pensar, no solo acerca de lo sucedido con Acero, sino que también tenía que descifrar qué ocultaba la historia de ese celular que jamás había visto.

Se preparó una taza de té y fue al *living* para intentar concentrarse en la lectura de un libro. Imposible. Cada letra que leía le recordaba a los textos que le había mandado Acero.

Tomó una decisión porque tenía ganas de volver a verlo. Miró la hora, eran las tres de la madrugada, no sabía cómo había pasado tanto tiempo sentada cavilando preguntas y respuestas. Era muy tarde para enviarle un mensaje, lo haría al día siguiente.

Tenía otra cosa más en mente. Aprovechando que Roberto dormía, fue por el móvil desconocido. Lo tomó en sus manos y fue hasta su escritorio, un rincón alejado de la casa, donde ella se pasaba momentos del día y de la noche escribiendo desde que había descubierto la pasión por ello. Puso traba desde adentro en la puerta, prendió la calefacción del lugar, miró por la ventana, afuera estaba helando.

Se sentó cómoda en su silla, encendió el ordenador y también tocó el botón de encendido del móvil. Observó bien el aparato, tenía un protector de pantalla, y un cubre celulares. Algo que no había visto antes le llamó la atención, en la parte de atrás, tenía un *strass* pegado, o sea, todo se reducía a dos posibles desenlaces: o Roberto amaba los *strasses* —lo cual le parecía poco factible, aunque ya nada la sorprendía—, o el móvil era de una mujer —lo que le faltaba—. No encontraba forma de desbloquearlo.

Un rayo de luz le dio en medio de la frente y la despertó. Se había quedado dormida pensando en las posibles opciones, recordando lo bien que se sentía estar en los brazos de Alex, fabulando, volviendo a la realidad e intentando ver una serie en Netflix.

Lo primero que hizo fue enviarle un mensaje a su amiga para ver si podrían verse en algún momento del día, lo segundo fue sacarle fotos al móvil desconocido desde todos los ángulos posibles y lo tercero fue tipear mensajes para Acero.

ABIGAIL: Sí, vamos a vernos, ¿cuándo puedes?

Mientras esperaba que alguno contestara, fue a prepararse un desayuno, estaba famélica, el día

anterior la había dejado agotada, y la noche sobre el escritorio también.

Encontró una nota sobre la mesada:

Abby, tuve que salir temprano, no sé a la hora que vuelvo, te lo compensaré de alguna manera.

Roberto.

Le dolía el abrazo silencioso de esa casa vacía. Un escalofrío la invadió al sentirse nuevamente sola.

Era lunes, y los odiaba más de lo que odiaba al resto de los días de la semana. A la tarde llegaría la malcriada para poner sus pelos de punta. Amaba a los niños, de eso no tenía duda, hasta se le había cruzado por la mente ser madre alguna vez, sin embargo, a esa jovencita no la podía soportar.

Había tenido discusiones con Roberto acerca de la relación que tenían con Lara, siempre le decía que él la malcriaba demasiado y que ella se aprovechaba de eso. Él se defendía diciendo que en cierta manera se sentía culpable porque él había sido quien había abandonado el hogar familiar que compartía con su exesposa y su niña, entonces sentía la imperiosa necesidad de decirle que sí a todo, que con eso compensaba todo lo que la niña había sufrido con la separación.

Las discusiones pasaron del plano íntimo de su casa al de la casa de sus padres, cuando, una vez que ella los fue a visitar y comentó lo atrevida que era esa mocosa, su madre la acusó de ser intolerante con los niños y de paso le confesó que muy dentro de ella sentía que al paso lento que iba todo, jamás tendría la dicha de ser abuela. Porque a partir de ese momento, al escuchar a Abigail hablar de esa manera de su hijastra, dedujo que no le gustaban los niños. Fue una noche para el recuerdo, porque ella salió de la casa de sus padres dando un portazo y dejó de visitarlos por un largo tiempo.

Se había animado a buscar refugio en ellos, en confesarles lo atrapada que se sentía, y ellos no la apoyaron. No la comprendían. De eso no cabía ninguna duda.

Dio el primer sorbo de su café y suspiró. Por fortuna la niña salía después de las cinco de la tarde de la escuela, tenía casi todo el día para ella.

Llevaba su café por la mitad cuando sonó el timbre de su casa.

Clara entró como un remolino congelado, el frío que hacía afuera era insoportable, ni la saludó, fue directo a apoyarse sobre la hoguera del *living*.

—Hola, ¿no? —saludó Abigail, muriendo de risa al ver los gestos de su amiga, se notaba que hacía frío.

—Estoy a punto de morir congelada, ¿y tú quieres que te salude antes de saludar a tu querido hogar?

Abigail fue a la cocina y volvió con una taza de café, se la puso en las manos y en el bolsillo de su campera le dejó caer uno de sus más preciados tesoros del invierno, un corazoncito calentador.

—Solo a ti. Me lo devuelves cuando te saques el frío.

—Ayyy, los amo, tienes que decirme dónde los compraste.

—Secreto de sumario. Gracias por venir —dijo mientras iba por el móvil que tenía guardado en un rincón de su escritorio.

—¿De nada! Los lunes a la mañana siempre tengo libre y qué mejor que disfrutarlos con tu aventura.

—Mira lo que vibró dentro del bolso de viaje de Roberto.

—Déjame ver. ¿Intentaste desbloquearlo? —preguntó quitándoselo de las manos.

—¡No! Que si lo intento más de tres veces se va a bloquear del todo y no sabré cómo arreglar ese lío, de todas maneras, tiene que volver al bolso antes de que Roberto vuelva a casa.

—Y Roberto volverá a cualquier hora de la madrugada —interrumpió la amiga.

—Como de costumbre —terminó la idea Abigail.

Ambas continuaron con la tarea que había comenzado la dueña de casa la noche anterior: mirar cada detalle del aparato como si fuera algún objeto extraño caído de algún planeta sin descubrir. Lo tomaban en sus manos con sumo cuidado y lo volvían a depositar sobre la mesita del *living*.

—Tiene una llamada perdida por lo que se ve en la parte superior de la pantalla.

—Te dije que vibró justo cuando estaba guardando la maleta.

—¿Te fijaste de quién era? ¿O si reconoces algún número?

—Nooo.

—Veamos —dijo, y deslizó su dedo hacia abajo sobre la pantalla—. Tiene un nuevo correo de voz, una llamada perdida de alguien llamado «Osito» y varios mensajes de WhatsApp.

—¿Podremos leer alguna parte de los mensajes? Gira la pantalla, a ver qué se puede ver.

—Girando no podrá ser porque está bloqueado, pero veremos las primeras palabras de los mensajes entrantes.

Ambas leyeron en voz alta parte del mensaje de *Osito*.

—*Perdón, hablemos, por f...*

—Mierda, está cortado. Sigamos —dijo Clara.

—*Te necesito en mi v...* —continuaron las dos.

—¿Se ve que tiene alguien que la lastimó?

—Tiene más mensajes, se ven tres más.

—*Estoy intentando comunic...* —leyeron las dos y siguieron con el próximo—, *¿A qué hora lle...* —Ambas abrieron mucho los ojos.

—Ese no es del tal Osito. Ese dice «amor» —sonrió Clara y continuó—: ¡Está jugando a dos puntas!

—Espera, hay uno más —dijo Abigail.

—*Greta, ¿dónde est...*

—¿Se llama Greta! —gritaron las dos como si hubieran descubierto América.

—Definitivamente está jugando a dos puntas. ¿Quién será?

—Más que eso, me gustaría saber qué hacía ese móvil en la maleta de Roberto.

—Un favor, eso te hace.

—No entiendo. ¿Estás insinuando que...?

—Ajá —dijo mientras recostaba su espalda sobre el sillón donde estaban sentadas.

—¿Roberto? ¿Infiel?

—No me vas a decir que jamás lo pensaste. Llegadas tarde, fines de semana fuera de casa, viajes de última hora —enumeraba Clara junto haciendo conteo con sus dedos.

—¿Y ahora me lo dices?

—Ahora es cuando me parece más factible. Lo hizo una vez... con su ex... ¿Me dices que no es capaz de volver a hacerlo?

Abigail se quedó pensando, le preguntaría frente a frente porque no quería quedarse con la duda. Aunque su amiga tenía razón. Un recuerdo le vino a la mente.

Ella estaba en la villa de Merlo, ya hacía meses que se veía con Roberto y que eran novios, aunque él viajara todo el tiempo para Buenos Aires. Era una noche estrellada por demás cuando sonó el teléfono de él, y él, al ver de quien se trataba, se levantó del lugar donde estaban compartiendo una copa de vino y se alejó lo más que pudo de ella. Pero Abigail, como era muy curiosa, se fue acercando con la excusa de ir al baño. Cuando estuvo cerca de él, sin que la viera, pudo escuchar:

—Te dije que esa casa es mía, que viviré allí, que claro que compartiremos eso.

Volvió a su lugar en la mesa, bloqueando lo que había escuchado, Roberto la amaba y no tenía por qué dudar de él.

Muchos meses después se enteró que «eso» que compartirían era una niña, y que con quien hablaba era con su exesposa de la cual se estaba separando.

—Es cierto, ya lo hizo una vez. Recién caigo en esa realidad.

—¿Qué vas a hacer?

—Por ahora, nada. Estaré más atenta.

—¿Podrás? Tu historia con él se terminó hace rato.

—¿Tú crees? A veces, siento que sí.

—Sí, yo creo que sí. Ahora tienes otro hombre en tu mente, y ese a quien no tendrías que haber dejado ir jamás.

—Él no quería compromisos, y yo no estaba lista.

—Él quería todo contigo. No esperaste a que sentara cabeza, él te buscó por todos lados y tú te escapaste.

—Dudo que quisiera todo conmigo. Estaba coqueteando con otras, todo el tiempo y tú lo viste.

—¿Desde cuándo coquetear es sinónimo de querer?

—Éramos muy idiotas.

—En eso estamos de acuerdo.

El sonido de un mensaje las interrumpió.

—Hablando de Roma... —sonrió Abigail.

—¿Es Acero? ¿Qué dice?

—*Hola, boquita hermosa, muero por verte, ¿te puedo llamar más tarde?* —leyó Clara.

—No te rías.

—Boquita hermosa, ¿así te llama? Y lo tienes agendado como Acero. Me reservo todos los comentarios que estrujan mi mente en este momento.

Abigail tecléo un rápido «sí», y dejó su móvil al lado del desconocido.

—Tengo que volver a poner esto en el lugar donde estaba.

—Buena idea.

Se levantó y fue a guardarlo, mientras Clara fue a preparar más café antes de volver a salir al frío de la calle.

Capítulo 14

Sola. Así seguía sintiéndose, tenía que encontrar inspiración nuevamente para poder terminar de escribir la novela que había comenzado. Nada la impulsaba o empujaba a hacerlo, cada vez que se sentaba frente a la pantalla, la mente se le ponía en blanco y le era imposible seguir.

Así le sucedió esa misma tarde antes de que llegara la niña mimada. Puso música, prendió una vela debajo de aceites esenciales de limón para la inspiración, se puso la crema de vainilla en las manos, las pasó por su rostro y las acomodó sobre el teclado.

Nada.

Ni una letra.

Salió de la hoja en blanco y se fue al buscador, tenía curiosidad acerca de la vida de su pareja. Tipeó «Roberto Cardales, gerente general de Cardales y Asociados.»

El buscador la redirigió a la página de la empresa constructora. En la misma página se veían varias secciones, eligió la que más le llamó la atención: Últimas obras.

No se detuvo a leer, pero sí a mirar las imágenes. Reconocía ese lugar, era cerca de la Reserva Natural Piedras Blancas; una construcción pequeña, para pocos turistas. Roberto le había comentado eso: que apuntaban a las obras que no afectaran demasiado a la naturaleza de la región. Las fotos lo demostraban. En otro momento de su vida habría suspirado orgullosa de la persona con la cual vivía, pero no fue así ese día. La desconfianza se había clavado en el medio de su pecho. Y era, tal vez, la excusa perfecta para aceptar que estaba todo roto.

Creyó abrir y cerrar los ojos cuando miró la hora, y en ese mismo momento se escuchaba el ruido del portón de entrada y el remolino que causaba la niña al entrar en la casa.

Temió haberse quedado dormida frente al ordenador, porque no había escuchado ningún llamado. Alex no había cumplido su promesa. Eso la dejaba parada sobre una cuerda floja, vulnerable.

Además de escuchar la voz tan peculiar de la niña, escuchó la de Roberto, creyó que no lo vería hasta entrada la madrugada pero al parecer los planes habían cambiado.

En el momento en el que estaba saliendo de su lugar de escape, sonó su móvil, en la pantalla se

leía Acero.

«¡Mierda!», pensó

Atendió sin medir las consecuencias.

—Hola —se escapó tímido.

—Hola, hermosa, ¿a qué hora nos vemos hoy? —La voz de él le convirtió las piernas en manteca líquida.

—Te llamo en un rato. Adiós. —Lo cortó en seco, porque escuchó que Roberto la llamaba desde otra habitación.

Guardó disimuladamente su móvil en el bolsillo trasero de su *jean*, se pasó las manos por la cara como para apagar el enrojecimiento que sentía y respiró tratando de llegar a cada fibra de su cuerpo que se había movilizó al tener esa breve comunicación telefónica con el hombre que la hacía sentir una pecadora compulsiva.

—¿Dónde dejaste mis botas? ¿Por qué siempre tenés que andar tocando mis cosas? Papá, dile a tu mujer que no me toque más las cosas, que cuando vengo nunca encuentro nada —berreó la niña.

—Tranquila, no seas maleducada, en todo caso, quien ordena tus cosas deberías ser tú y no las personas que convivimos contigo. Discúlpate con Abby.

—No, ¿ya nos vamos? Estoy lista.

Abigail miraba la escena desde unos metros, apoyada en el lateral de una arcada que separaba el desayunador de la cocina comedor. Cada segundo que pasaba se cuestionaba qué mierda hacía en un lugar donde no era querida. Donde en cierta manera se sentía maltratada.

A la niña malcriada decidió ignorarla, como la mayoría de las veces. Después de todo, la niña tenía razón, ella no era su madre, y jamás sería aceptada como tal, tampoco era su intención ocupar ese lugar.

—Hola, querida. Voy a llevar a Lara a la casa de su amiga, se quedará allí por la noche y yo tengo que volver a la empresa, un obrero tuvo un accidente y tengo que solucionarlo.

—Hola... bueno.

—¿Estarás bien? Tal vez puedas decirle a Clara que te haga compañía.

«¿Desde cuándo se preocupa si tengo quien me haga o no compañía?»

—No te preocupes, estaré bien.

—Recuerda que mañana tenemos el almuerzo de invierno en la empresa —le dijo, y al ver la cara de fastidio que se le dibujó a Abigail al escuchar eso, continuó—: El año pasado no me acompañaste, este año debes ir. Busca algo bonito para que puedas usar. —Salió sin esperar su respuesta.

«¿Cómo escapar de eso? No quiero ir, no tengo ganas, me duele la cabeza, estoy enferma. No me gustan esos almuerzos donde todos se ponen una careta».

«Me cago en la puta madre», pensó.

Luego de asegurarse de que estaba sola, fue a donde no debería haber ido. Si contaba la

cantidad de cosas que no debería haber hecho en su vida, se daba cuenta de que no había sido tan osada. Tal vez era el comienzo de una nueva forma de ver la vida: hacer lo que realmente sentía.

El bolso de viaje de su pareja estaba en su lugar, pero el cierre estaba abierto, y, como lo sospechaba, el móvil desconocido no estaba allí. Menos mal que tenía bastantes fotos para recordarlo.

No lo dudó ni un instante, se sentó cómoda en el sillón del *living* y manipuló su móvil para mandarle un mensaje.

ABIGAIL: ¿Puedes hablar?

A los pocos segundos, se escuchó el sonido de una llamada.

—Hola, Alex.

—Hola, hermosa, ya extrañaba escuchar tu voz. ¿Podemos vernos? ¿Te paso a buscar?

—Sí y sí —respondió sin dudarle, ¿para qué iba a seguir negando lo que quería? Le latía el corazón por la adrenalina que le generaba estar haciendo lo indebido. Eso era, tal vez, lo más indebido que había hecho en su vida.

—Boquita, me vas a hacer derretir antes de llegar, ¿andas con el sí fácil hoy? —dijo emocionado—. ¿Te espero en el lugar de la otra vez?

—No sé si ando con el sí fácil, pero sé que tengo ganas de verte. En el mismo lugar está bien.

—Te veo en una hora, te mando mordiscones por todos lados —dijo, y colgó.

¿Qué más podría decir? Sabía exactamente a lo que iban. Se lo debían.

«Una hora», pensó. En esa hora debería dejar todo listo para la cena, buscar algo para usar al día siguiente en la fiesta de la empresa. Preguntarle a Clara si la podría llevar hasta el lugar del encuentro para que no la viera nadie más, sin importar los sermones que podría llegar a darle su amiga. Y vestirse para él.

Capítulo 15

La noche en el sofá le había traído más recuerdos y pesadillas que descanso. La realidad le estaba por doler mucho más que su espalda.

Estiró su metro ochenta y cinco, hizo una torsión para cada lado y se masajeó el cuello. Esa cama improvisada no había sido una gran idea, sin embargo, siempre era su gran aliada en momentos de crisis.

Miró a su alrededor y vio que todo seguía tal cual lo había dejado la noche anterior. Buscó su móvil para ver la hora, la pantalla mostraba las diez y veinte. No se hizo drama ya que los lunes trabajaba de tarde en el club de deportes, entrenando a niños para ser futuros futbolistas exitosos. Llegaría tarde para hacerle las compras a su abuela. Pero la compensaría y la visitaría en algún momento del día

Fue a su dormitorio para buscar ropa y la vio, acurrucada debajo del acolchado. Algo andaba muy mal.

Luego de la ducha le preparó un té de tilo bien cargado a su mujer, se acercó despacio e intentó abrir las cortinas para que entrara un poco de luz.

—¡Déjalas cerradas! —gritó ella.

—¿Estás bien? —preguntó. Le había contestado como un perro rabioso, no quería ser atacado de ninguna manera.

—Solo cansada.

—Te dejo un té, tal vez lo necesites.

—¿Ya te vas? —Sonó más a empujón hacia la salida que otra cosa.

—Llego tarde para llevarle las compras a la nona, ¿necesitas algo más? ¿Quieres que me quede? —Era sincero, no le gustaba verla así.

—Gracias, pero no. Me quedaré aquí, necesito descansar —dijo con la mitad de la cara tapada por la sábana.

En el momento en el que salió de la habitación, un pensamiento atacó su mente y fue arrasando todo su cuerpo a modo de tsunami devastador.

Sonrió satisfecho.

Descolgó su campera de cuero del perchero y salió a la helada mañana de Buenos Aires, el frío no daba tregua, se refugió por unos minutos en vano en unos pobres rayos de sol mientras

caminaba hasta la casa de su abuela.

Pasó por la única panadería abierta para comprarle pan francés y unos libritos de grasa, sabía que ella no los podía comer, pero era mejor darse gustos acompañados que atracones solos.

En el supermercado compró lo que seguía en la lista y cuando salió se dirigió a la casa de su abuela. En el momento en el que entraba, la señora que se quedaba con ella de noche, salía.

—Buenos días, Alex.

—Buenos días, Gloria, ¿está todo en orden?

—Todo perfecto, por suerte. Tienen nona para rato.

—¡Lo sé! —sonrió y continuó—, me olvidé de comprarle la lecitina de soja, te dejo dinero, ¿podrás comprarlo tú?

—Quédese tranquilo, en un rato le traigo.

—Muchas gracias, saludos a la familia.

La mujer se fue y él entró para sorprender a su abuela, quien ya desde temprano miraba el canal de noticias, el más amarillista que se podría llegar a encontrar.

—¡Nona!

—¡Alexito! ¿Cómo estás, mi amor?

—Muy bien ¿y tú? ¿Qué hay de nuevo?

—Estoy preocupada.

—¿Qué sucedió? —se asustó Alex.

—Esta muchachita, la modelo famosa, la que estaba casada con el actor y que anduvo con el tenista... Resulta que ahora el tenista la engañó. No se sabe si es verdad, aunque esta gente de la farándula cambia de novio como de calzón.

—Ay, nona... —sonrió él.

—¿Ya dejaste a la bruja cogotuda de tu mujer? —dijo sin filtrar ni una palabra.

Alex largó una carcajada que retumbó en toda la casa. Su abuela tenía razón, pero no iba a decirle nada, solo la dejaría hablar. Necesitaba que la escucharan y él lo hacía, la dejaba que dijera lo que se le cantaba, tenía ochenta y cinco años, y adoraba malcriarla, como ella lo había hecho con él.

—Aún no. —Se sorprendió al escuchar su propia respuesta. Generalmente solo decía «no», esa mañana le había agregado «aún».

—Ven, siéntate, te preparé el tecito de hierbas que a vos te gusta. —No le gustaba en absoluto, sin embargo, la complacía, tampoco era intomable. Había probado cosas peores.

—Gracias, nonita. ¿A qué hora es el partido de chinchón en el centro de jubilados hoy?

—Estos viejos tienen frío, pasaron el horario de las cinco de la tarde para las dos, justo a la hora de mi telenovela favorita, ¿a ti te parece? Inviernos eran los de antes, ahora tienen todo calefaccionado y se quejan. Antes, un tronquito tenía que durar toda la noche. Ahora, enchufan los acolchados y duermen calentitos, pero ahí los ves, todos enfermos. El invierno es bueno. Estos viejos no tienen memoria.

«Probablemente no», pensó Alex.

—Nona, siempre me haces reír.

—Es que eres un dulce, por eso te insisto que debes dejar a ese culo con rosca.

—¡Nona!

—No es para ti. No es dulce contigo, ni debe de querer tener hijos.

Él no respondió, solo se pasó una mano por su cabello y se masajeó la nuca. Ella no quería «pequeños demonios», así los llamaba despectivamente.

Él sí quería. Su abuela había tocado una fibra sensible, pero no se lo haría saber.

—Yo tampoco quiero. Estoy bien así.

—Ya me darás la razón.

—Veremos, veremos...

—¡Oye! Algunos viejos reunieron cosas para el merendero. ¿Cuándo crees que puedes pasar a buscarlas?

—¿De verdad? ¡Eres la mejor, abuela!

—¿A que sí lo soy?

Compartieron un rato más de risas y charlas, y luego Alex se despidió con un beso y un abrazo. Ella le dio un coscorrón en la nuca y le dijo:

—Esa mujer no te merece.

—Hasta pronto, nona. Te adoro.

Salió pensando en sus palabras, no era la primera vez que su nona le decía eso, sin embargo, era la primera vez que le daba la razón y lo sentía real.

El teléfono de línea de su casa estaba sonando, corrió a atenderlo en cuanto cruzó la puerta.

—Hola.

—Buenos días, ¿se encuentra Greta?

—Sí, ¿de parte de quién?

—Llamo de la empresa. Tiene una reunión esta mañana y no se ha presentado, y no atiende su móvil.

Mientras escuchaba, iba caminando hacia la habitación, su mujer estaba sentada en la cama, aún envuelta con el cubrecama.

—Es para ti. —Le dio el teléfono y la dejó sola. Ni siquiera se quedó en la puerta para escuchar lo que ella decía.

Le escribió un mensaje a Abby diciendo que la llamaría más tarde.

Se sorprendió al ver la rapidez con la cual Greta se levantó, se duchó —sin quejarse de que el agua salía demasiado fría para su gusto—, se vistió como para ir a una fiesta y salió.

—Vuelvo tarde, no me esperes —gritó desde el lado de afuera.

Él levantó sus hombros e hizo una mueca, cada día que pasaba se alejaban más. Con lo que él tenía pensado hacer más tarde estarían uno de cada lado del abismo.

Tomó las llaves de su auto y fue al club, se olvidaría de todo por unas cuantas horas. Los pequeños lo hacían desconectar de sus problemas. De lo que no pudo desconectar fue de la sonrisa de Abigail, ni del sabor de su piel.

La llamaría en cuanto terminara la jornada laboral para invitarla a salir. O a esconderse, como fuera que se diera, moría por verla.

Capítulo 16

El auto de su amiga Clara estacionó detrás de la camioneta de Acero.

—Tú estás demente y yo te acompaño —admitió Clara—, por favor, cuídate. Llama cuando puedas.

—¡No me hagas sentir culpable! ¡Te llamaré! —Cuando estaba por bajar del auto se acordó de algo—: ¡Oye! ¿Analizaste la imagen que te mandé?

—¡Me olvidé! ¡Lo hago en un rato! ¡Ve y disfruta, sacude el polvo y sácate las ganas!

—Gracias.

Para los amantes no hay nada mejor que vidrios polarizados, para comerse a besos en secreto.

Abigail se sentó al lado de Alex, recostó su cabeza en el asiento y suspiró, el aire salió cargado de adrenalina empañando un vidrio. No estaba nerviosa, era consciente de lo que hacía, y tenía unas inusitadas ganas de volver a sentirse mujer en sus brazos. Sabía que con él tenía una tarjeta de invitación al placer asegurado.

Alex, en cambio, moría de nervios. Lo disimulaba muy bien. Sospechaba en silencio que estaba perdido por esa mujer. Lo que experimentaba su cuerpo al tenerla cerca no tenía comparación. Siempre había sido así.

La química que existe entre dos cuerpos no se finge.

No pudo evitar sonreír al verla. Mientras su mirada buscaba los hermosos ojos femeninos, le tomó una mano, la cual estaba helada, se la llevó a la boca y exhaló su aliento tibio para calentarla. La observó morderse nerviosa el labio inferior.

—Hola, boquita hermosa, gracias por venir —la saludó mientras le tomaba la otra mano e intentaba calentarla también.

Ella volvió a suspirar.

—Hola, gracias por llamarme. —Sintió timidez, no entendía el porqué.

—Estamos emocionados de verte —dijo mirando hacia su entrepierna, intentando romper el hielo y dejando los formalismos de lado.

Ella puso los ojos en blanco y le sacó la lengua, la cual fue atrapada por los labios masculinos que ardían de deseo por probarla nuevamente. Se unió al beso pasional, comenzó una danza lujuriosa de choque de dientes, empuje de lenguas y gemidos cargados de placer.

Sin poder ser racional, le desabrochó los botones del abrigo, bajó sus labios dejando un

reguero de besos por su delicado cuello mientras le acariciaba la nuca. Con la mano libre, presionó un botón y reclinó el asiento donde ella estaba sentada. Bajó el cierre de su suéter y enterró su frente en su escote, deleitándose con el aroma y el calor que emanaban de su piel.

Una mano femenina se coló por debajo de su ropa para acariciar su espalda, mientras que la otra masajeaba su cabeza.

Quiso mirarla para volver a construir memorias en su mente, las imágenes que tenía guardadas de ellos dos en el pasado ya se veían borrosas. Ella le devolvió la mirada, estaba despeinada, con los ojos llorosos, las mejillas ardidas y los labios hinchados, semiabiertos, jadeantes.

Esa nueva imagen que veía de ella lo impulsó a volver a besarla por unos segundos, parar y preguntar:

—¿Algún «no» nuevo? ¿O como en los viejos tiempos?

—Ninguno —respondió ella luego de sonreír. Volvieron a besarse pero ella paró el beso en seco.

—Hay un «no». —Él la miró sorprendido.

—Dime.

—No marcas, por favor. —Se dio cuenta de que no era como en los viejos tiempos, no era una persona libre aunque moría por sentirse así.

—Perfecto, no marcas —repitió para asimilarlo.

Él bajó nuevamente hacia su escote besándole la piel, ya rosada por los besos anteriores; ella se entregó y arqueó su espalda en señal de ofrecimiento.

Con sus dientes descubrió uno de sus ya erguidos pezones, lo lamió y succionó hasta que quedó enrojecido, atendía al otro con su mano, pellizcando y apretando.

Subió hasta su boca lamiendo todo el recorrido, besó la punta de su nariz y le cubrió el pecho.

—¿Por qué paras?

—Aquí no va a suceder, por más cómodo que sea el auto.

Ella hizo un mohín con su boca y él arrancó a la velocidad límite permitida, tomó la autopista y entró en un hotel.

Se miraron y sonrieron, ambos pensaron lo mismo, a pesar de haber tenido muchos encuentros sexuales en el pasado, jamás habían pisado uno de esos lugares juntos.

Sería una nueva experiencia.

—¿Tienes que volver en algún horario? —preguntó antes de elegir la cantidad de horas.

—Puedo hasta las doce de la noche.

—¿Se te desarma la carroza, Cenicienta?

—Shhh, no me peles.

Una vez que bajaron del vehículo, ya parados frente a frente, él la levantó en el aire, la cargó sobre su hombro izquierdo, le dio un azote en el trasero y usó sus piernas para abrir la puerta de la habitación.

—Bájame, por favor —dijo ella dándole un puñetazo en su nalga.

—Estás muy flaca, más de lo que recordaba, ¿estás comiendo bien?

—Ah, ya, ¿te parece que es momento de pensar en mi peso corporal?

—Claro que sí, me preocupo por ti.

—Cállate y bájame. —La bajó pero sin hacer silencio,

—Estás muy débil para Acero.

—¿Tú cómo puedes saber eso?

Él la tomó por entre las piernas y la levantó para acomodarla en su cintura. Enfrentándola.

—Lo acabo de confirmar.

Ella no lo dejó continuar hablando, le mordió el labio inferior, luego el otro y volvieron a perderse en un beso fogoso y pecador.

Caminó con ella colgando de su cintura, hasta toparse con la cama. La dejó caer de espaldas sobre el acolchado.

—¡Ouch! —gritó ella más por la emoción de sentirse alocada, que por el dolor que le había causado el golpe contra el colchón que más que golpe era un mimo a sus centros de placer.

—No te recordaba tan chillona, boquita hermosa.

Ella se carcajeó, le revoleó una almohada que tenía a mano.

Él la atajó y se puso de rodillas sobre la alfombra. Depositó la almohada y se dispuso a desnudarla. Comenzó por sus zapatos acordonados, le masajéó los pies, acarició sus piernas y le bajó los *leggings* que llevaba puestos. Volvió a acariciarle las piernas, sintiendo cómo se le erizaba la piel. Acarició el borde de su pequeñísima prenda que apenas le cubría su monte de Venus. Con sus manos levantó todas las prendas que llevaba puestas en su torso, ella se entregó y levantó los brazos para dejarse desnudar.

Se sorprendió y excitó mucho más al apreciar que no llevaba sostén, sus pechos lo invitaban a castigarlos, lo haría luego. Necesitaba despojarse él mismo de todo lo que llevaba puesto. Era muy injusto que hiciera tanto frío afuera. Se perdía mucho tiempo para desnudarse.

Ella observó cómo él se incorporaba, disfrutó viendo cómo se desnudaba para ella. Él no dejaba de hacer contacto visual, era como un animal preparándose para atacar a su más deseada presa.

Completamente desnudo frente a ella, se metió algo en la boca, era tal la distracción visual que Abigail no pudo descifrar qué era. Confiaba en él.

—Más hermosa de lo que te recordaba, boquita. Te voy a dar material para tu próximo libro.

Dijo eso y volvió a arrodillarse sobre la alfombra, para quedar cerca de sus piernas, las separó y lamió hasta llegar a su centro de placer, de un tirón rompió la tela que acariciaba su cadera.

El primer lengüetazo la hizo saltar y gemir.

El segundo se sintió más intenso y a la vez, diferente; jadeó.

El tercero pasó una vez y se quedó presionando en el botón de más placer. Se le escapó un grito. Sentía algo frío instalado allí.

Tomó una mano de Alex y se la llevó hasta un pecho, ardían de deseo por ser masajeados, él

entendió perfectamente el mensaje y subió la otra mano para atender al que quedaba al descubierto.

Volvió su atención a su centro de placer y continuó lamiendo y degustándola junto con lo que tenía en su boca, por momentos se alejaba y la soplaba justo donde había pasado su lengua. Abigail lo sentía más frío aún.

—¿Qué tienes?

Él no se molestó en contestarle, separó sus labios con sus dedos e introdujo su lengua, con el caramelo de mentol que tenía en la boca, dentro de su ser. Se aseguró de dejarlo por unos segundos adentro haciéndola temblar de gozo, lo quitó y sopló dentro.

Subió hasta su boca y se lo regaló. Ella sonrió decidida. Le devolvería el favorcito.

Con movimientos sensuales se levantó de la cama, le acarició el pecho, los brazos y le sostuvo las manos, con lo que quedaba de la tela de su tanga le ató las muñecas al frente y le hizo levantar los brazos, poniendo sus manos apoyadas en su nuca, dejándolo expuesto y entregado. Sabía que él lo disfrutaba porque conocía perfectamente sus gestos, sus sonidos, nada de eso había cambiado.

Lo fue guiando hasta que quedara apoyado con la espalda contra una de las paredes de la habitación. Fue ella quien se puso de rodillas para darle placer. Antes de que el caramelo se terminara, comenzó por la punta, lamiendo y soplando, repitiendo la acción varias veces; continuó por los lados, usando su lengua, intentando que el caramelo también lo acariciara, subiendo y bajando. Volvió a subir y mientras le besaba el glande, mordió lo poco que quedaba del caramelo. Con todo ese jugo se metió todo el miembro en la boca haciéndolo gruñir. Él separó más las piernas, sus caderas se movían empujando su erección, penetrando la boca de la deseada Abigail. Cuando ella creyó que él estaba cerca de explotar, paró.

Sin dejar de contonearse, ella le liberó las manos y a los dos segundos estaba siendo poseída por el hombre que la había vuelto loca años atrás, apoyó la frente contra el colchón y se mordió el labio inferior, sus manos aferraron las sábanas en el momento de más placer. Su orgasmo la golpeó de una manera abrumadora, como hacía años que no le sucedía. Se le escapó una lágrima que pudo disimular porque no estaban frente a frente.

Él se sostenía de la cadera femenina, empujando con más y más fiereza cada vez. Quería acabar. Tenía el orgasmo a punto de escapársele.

La giró.

—Me vuelves loco, siempre lo has hecho —se sinceró. Ella no le dio importancia, no era momento para creer palabras.

La miró a los ojos, retomó su mimo despacio, entrando y saliendo, lento y firme; varias veces. Con uno de sus dedos acarició su clítoris. Besó sus labios, continuó por el cuello, la volvió a hacer gemir de placer, al oído le jadeó:

—Regálame otro orgasmo.

El cuerpo de Abigail reaccionó ante la orden impartida. Comenzó a convulsionarse mientras

empapaba la virilidad de Alex y las sábanas.

Él no pudo contenerse por mucho tiempo más. Aceleró el ritmo de sus estocadas y luego de levantar las piernas de Abigail y apoyarlas en sus hombros, la miró a los ojos. Explotó, gruñó y se sacudió de placer dentro de ella.

Se dejó caer a un costado. la abrazó y así se quedaron dormidos.

Los despertó el sonido del teléfono de la habitación, tenían diez minutos para dejarla o debían avisar si extendían su estadía.

Ella corrió al baño, estaba aturdida, sus sentimientos le estaban jugando una mala pasada, y no podía pensar claramente. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien.

Él revisó los mensajes en su móvil mientras se vestía. No tenía noticias de su mujer.

La vio salir del baño y le sonrió.

—Ven aquí —dijo, y la abrazó cariñosamente. Sus corazones explotaban—. ¿Quieres quedarte un rato más?

—Gracias, pero prefiero volver.

—Prométeme que se va a repetir.

—Mmmm.

—Vamos, que fue muy bueno.

—Solo bueno, ¿qué dices?

Él le dio un azote en el culo, ella rio a carcajadas. Melodía que endulzó sus sentidos nuevamente.

—Ríes y mi mundo se paraliza y se pinta de colores.

—¡Exagerado!

—Honesto.

—¡Vamos! —Lo empujó para liberarse de su agarre. Y corrió a vestirse.

Subieron al auto. Tomaron la autopista de regreso.

Él hizo una parada en la primera estación de servicio que encontraron en el camino, no era lo que tenía pensado para ella. Ni remotamente como lo había soñado: una cena romántica para dos. Aun así, lo disfrutaría aunque solo la viera cinco minutos a la semana.

Volvió con café, gaseosa, agua saborizada y dos tostados bien calentitos. No era mucho pero sí era para entretener el estómago y poder manejar más relajado.

Cuando entró al auto, escuchó el sistema de sonido encendido. Música de *jazz* ambientaba el espacio. Acercó su boca a la de ella y la besó con mimo. Ella le devolvió el beso de la misma manera. Ya no era esa desesperación carnal, había algo más.

Devoraron los tostados y no dejaron ni una sola gota de las bebidas elegidas por Alex. Luego del primer bocado, se dieron cuenta de que estaban famélicos.

Retomaron camino en silencio, escuchando la música que les regalaba la estación de radio favorita de Abigail.

Cuando estaban por llegar al lugar donde se habían encontrado esa noche, él le preguntó:

—¿Dónde me convierto en calabaza, Cenicienta? —Le acarició una pierna.

—Mejor te digo la dirección del hada madrina, hace frío para andar perdiendo un zapato —rió.

Estacionaron en la esquina de la casa de Clara. Desde allí, ella podía ver su auto, que había dejado antes de encontrarse con él.

La calle estaba desierta a pesar de ser el centro de la ciudad. El frío acobardaba a muchas personas, menos a estos dos amantes que no querían desaprovechar ni un minuto. Por esa razón, ella estaba sentada a horcajadas sobre él, besándolo con locura.

—Te deseo todo el día —dijo, y volvió a pegar sus labios a los de ella.

Perdieron la noción del tiempo hasta que el móvil de Abigail comenzó a sonar. Atendió porque era su amiga Clara.

—Estoy preocupada por ti.

—¡Estoy bien! Ya llegué a tu casa, estoy en la esquina. ¿Sucedió algo más?

—No, solo eso. Me pediste que te llamara a las doce de la noche.

—Aún no es esa hora... —titubeó haciéndole un gesto a Alex como para que le mostrara la hora—. ¡Mierda! ¡Doce y media! Ya voy. Gracias.

—¡Te espero!

Cuando colgó, vio que Alex la observaba divertido.

—Esto es lo más excitante que me ha pasado en años, me siento un adolescente.

—Debo irme, ratoncito.

—No entiendo en qué momento dejé de ser el Miembro de Acero para convertirme en un pobre ratoncito.

Ambos rieron a carcajadas que fueron calladas a besos.

—Cenicienta, me vuelves loco.

—¿Qué dices? Si aún tengo los dos zapatos puestos.

—Has perdido tus calzones, Cenicienta moderna. Y me los llevo de recuerdo —dijo metiendo la mano en el bolsillo de su pantalón, y sacando la tela que en algún momento fue tanga.

—Qué moderna esta Cenicienta —dijo ella, y dejó salir su risa.

Bajó del auto en un estado de exaltación extrema. Corrió hasta la casa de su amiga.

Clara le abrió la puerta y de un tirón la metió dentro.

—Descubrí algo. Pero antes quiero que me cuentes todo.

—¡Ay!, es que no sé por dónde empezar. ¡Me encanta! —gritó, y Clara se tapó los oídos—. Espera, quiero chequear mi móvil.

—Pasé por la puerta de tu casa de camino hacia aquí y no se veía movimiento.

—Gracias, amiga, me dijo que no lo esperara despierta. Que tenía una junta o no sé qué. La verdad, no me interesa —dijo, y se dejó caer en el sofá de su amiga—. ¡Ah! ¿Te acuerdas del móvil desconocido?

—¿El de «Greta»? —Simuló las comillas invertidas con sus dedos.

—Sí. No está más donde yo lo dejé.

—Cuéntame de Acero. ¿Sigue existiendo esa química de la que me hablaste? ¿O se perdió la magia con los años?

—La magia sigue intacta, y la química ni te cuento, te juro que me mira y me enciendo. ¡Dios! ¡No sé qué voy a hacer con mi realidad!

—Lo primero que vas a tener que hacer es cambiar esa cara de bobalicona. Roberto va a sospechar. Debe de estar acostumbrado a tu cara de culo.

—¿Así? —Intentó poner cara seria pero no pudo. Su sonrisa se volvió a dibujar en su rostro.

—Tonta. De verdad, tienes que hacer algo. Deja a Roberto.

—Tengo que volver a casa antes de que él llegue. Y seguro que llega, porque mañana tenemos almuerzo en la empresa. Pero nos hablamos, ¿sí? —siguió hablando haciendo oídos sordos a las palabras de su amiga.

—¡Espera! Necesito que veas algo.

—¿Qué?

Clara abrió su *laptop*, que depositó en su falda, y buscó una imagen. La agrandó hasta que se pixeló, volvió a achicarla solo un poco, aun así, Abigail vio la cara de su pareja en la imagen. Clara seleccionó la parte de los lentes espejados de Roberto.

—¿Qué ves? —preguntó la amiga.

—A ver... —dijo, acercando su cara a la pantalla—. Esa es... ¡No puede ser!

—Una mujer que está con él. Mira bien, tiene el mismo móvil que estaba en tu casa. El del protector con el *strass*.

—¿La conoces? —dijo sin sorprenderse, las sospechas de que él estaba con alguien más se hacían realidad. No sintió celos.

—No lo sé. Se parece a alguien que ya he visto. Ya veremos —respondió dubitativa.

Abigail la observó bien. Era bonita. De bello cuerpo, por lo poco que se podía apreciar, y se veía joven. Más joven que Roberto. Su mente no quería creer lo que su razón ya le comunicaba, si conocía a esa mujer y quería bloquear todo lo que le sucedía por dentro, no por Roberto, sino por Alex.

Llegó a su casa en taxi, tuvo tiempo de bañarse, cambiarse e ir a dormir, sin poder quitarse la imagen de Alex de su mente ni tampoco los miles de preguntas que tenía dando vueltas en su cabeza a partir del momento que volvía a desear a otro hombre, no era cualquier hombre, el fuego estaba encendido. ¿Debería apagarlo de una buena vez?

Capítulo 17

Escuchó un ruido en su habitación, se sentó en la cama, sobresaltada. Con las manos en el pecho del susto que se pegó.

Se relajó solo un poco al ver la silueta de Roberto en la oscuridad.

—Perdón, cariño, no quise despertarte ni menos, asustarte.

—¿Qué haces?

—Busco una corbata para el almuerzo, debo salir antes, pero nos encontramos allí, ¿verdad?

Ella revoleó los ojos.

—¿De verdad quieres que vaya? —Deseaba quedarse en su cama, recordando lo vivido con Acero.

—Están todos los socios y muchos clientes invitados, debemos causar buena impresión.

—Entonces solo me llevas a modo de trofeo.

—Si no te incomoda llamarlo así, digamos que sí —respondió sin tapujos.

—Suena horrible.

—Te lo compensaré. Revisa tu vestidor, sé que no te has comprado nada para acompañarme.

Ella no le contestó, se tapó la cabeza con el acolchado y esperó a que él se fuera para salir de ahí.

Cuando escuchó el ruido del auto, corrió hacia la ventana que daba a la calle, esperó unos segundos, volvió a mirar. Roberto ya se había ido, sin volver para buscar nada.

Encendió su móvil, varios mensajes saltaron en la pantalla.

Uno de Clara invitándola a desayunar, otro de Acero, diciendo que moría de ganas de volver a verla pero que tendría un día muy ocupado y que la volvería loca a mensajes.

Las mejillas de Abigail se tornaron en un color rojo intenso, su sonrisa se agrandó y los latidos se aceleraron.

Declinó la invitación de su amiga, necesitaba momentos a solas, desayunar con el recuerdo del sabor de él, darse una ducha soñando despierta con sus manos acariciándola, vestirse rememorando la sensación de ser abrazada por la única persona que alguna vez creyó amar.

Al momento de abrir las puertas de su guardarropa, encontró una percha con un moño gigante, y colgando de ella un vestido de diseñador. El color púrpura, la textura del terciopelo y el escote en la espalda eran un regalo para los sentidos. Lo acompañó con pantimedias color *caramello*, unos *stiletos* a tono con el vestido y su tapado color gris perla que la cubría hasta las rodillas.

Decidió que su peinado sería sencillo, una cola de caballo con unos bucles en las puntas de su larga melena, decisión que dejaría su bella cara al descubierto. Esfumó sus ojos con delicadeza, y pintó sus labios solo con un brillo natural.

Impecable y atractiva, así se veía.

El taxi la dejó en la puerta del hotel donde se llevaría a cabo el almuerzo.

Al cruzar la puerta del *lobby*, un escalofrío le acarició toda la espalda, sintió náuseas, vértigo y algo más que le fue imposible describir.

Vio una figura masculina conocida, de espaldas; vistiendo un traje que le quedaba perfecto. Caminó hacia los tocadores de dama, porque le era imposible respirar.

¿Qué estaba haciendo él ahí?

Alex, al verla pasar, sufrió algo muy similar a lo que ella había experimentado al verlo.

Sin medir las consecuencias, fue tras de ella, esperó a que una mujer saliera del tocador y se metió, trabó la puerta detrás de él, se estaba haciendo costumbre eso de los encuentros en los baños públicos.

Ella no lo vio entrar, estaba absorta en sus pensamientos, no quería que la vieran con sus mejillas sonrojadas ni que descubrieran su sentimiento de culpa, no en ese territorio, no en ese lugar, que era el de su pareja. Para todos en la empresa, ella era la dulce y cariñosa Abby. Esa imagen estaba a punto de ser destruida.

Hizo dos pasos y la abrazó con mimo. Ella levantó la mirada hacia el espejo y vio su reflejo y el de Alex. Eran preciosos juntos. Intentó retener una lágrima y sonrió.

Él besó su cuello.

—Hola, boquita, ¡qué hermosa estás!

—¿Me puedes decir qué haces acá? —lo atacó.

—Vine a buscarte. ¿Está muy mal?

—No, de verdad, dime. Tú también estás hermoso. —No pudo ni quiso dejar de reconocer en voz alta lo atractivo que se veía.

—No quiero hablar —dijo, y la metió dentro de un baño.

Ella jadeó, y se mojó al sentir su virilidad en su espalda.

—No marcas.

—No marcas —repitió ella como si con esas dos palabras se diera permiso a ser dominada por el deseo.

Con manos fuertes le acarició las nalgas, le levantó la falda del vestido y cerró los ojos por unos segundos, para no dejar escapar su orgasmo, que estaba a punto de arrasarlo. Lo calentaba de manera que nadie lo había logrado, ni antes ni después de conocerla.

Sintió las manos masculinas bajarle las medias con mucha delicadeza, porque lo conocía, sabía que se estaba conteniendo de arrancarlas sin importar las consecuencias. Le descubrió una pierna y la levantó, corrió su tanga hacia un costado, bajó el cierre de su pantalón y la invadió con toda su masculinidad. Ella gimió, él le tapó la boca para ahogar los sonidos.

La melodía del vaivén de sus cuerpos al unirse en intimidad era estimulante, los sonidos guturales que se le escapaban a Alex la hacían llegar al éxtasis; quería y no quería acabar.

Ella lo sintió cerca, le mordió la mano y comenzó a sacudirse, dejándose llevar por el orgasmo que le provocaba ese hombre, él no pudo contenerse más, se dejó ir con ella. Explotó dentro como si de vida o muerte se tratase. Gruñó y la apretó contra su cuerpo, dejando así hasta la última gota de su virilidad dentro de ella.

Quedaron respirando agitados, abrazados, sin poder decir palabra. Él salió despacio, tomó unas toallas de papel y la limpió con mucho cuidado, hizo lo mismo con su cuerpo.

Mientras ella se subía las medias y se ponía uno de los zapatos, él acomodaba su traje. Las palabras sobraban. Sabían que estaban ardiendo en las llamas del pecado.

Un sonido retumbó dentro de esas cuatro paredes, arrasando con toda la magia apasionante en la cual estaban sumergidos.

Sufrió la falta de aire al leer el destinatario de la llamada en la pantalla del móvil de Alex. Salió con rapidez del lado de él, antes de volver al *lobby* se miró al espejo, se acomodó el labial y el cabello, se repasó la ropa con las manos, tomó su sobre de terciopelo que había caído al piso durante el arrebató. Su cabeza la aturdía.

Llegó a la entrada del salón de eventos y tuvo que juntar todas las fuerzas que no tenía para enfrentar a todo el mundo, parecía como si se hubieran reproducido en cuestión de milésimas de segundos, que la saludaban con una sonrisa. Nadie siquiera sospechaba de la revolución en su interior.

Alcanzó a ver a Roberto con una copa en la mano, sonriendo, derrochando seguridad y algarabía, y hasta podría jurar que se le notaba algo seductor, característica que ella consideraba olvidada, charlando con tres personas, una mujer y dos hombres más. Se acercó despacio.

—¡Cariño! ¡Llegaste! —la saludó en completa hipocresía, ella forzó una sonrisa.

—Hola —dijo intentando disfrazarse de corderito, aceptando, de mala gana, un casto beso en los labios que le dio su pareja.

—Déjame presentarte a mis compañeros de trabajo. Este señor es el jefe, el dueño de la multinacional para quien trabajo, creo que ya lo has conocido con anterioridad. —«Ya está alcoholizado», pensó ella—. Este hombrecito calvo es Jorge, mi mano derecha, y esta señora es Greta, una de las secretarias de la empresa.

«¿Greta? ¿GRETA? Tiene que ser un puto mal chiste. La secretaria es la que vi en la foto del viaje a San Luis. La secretaria es la que lo acompaña los fines de semana. La dueña del móvil que estaba en la maleta de Roberto». ¡Greta era quien llamaba a Alex y también a Roberto por teléfono!

Greta era quien llamaba a Alex por teléfono.

—¡Hola! Es un placer... ¿te encuentras bien? —saludó uno de los hombres y ella respondió el saludo de forma automatizada.

Se sentía sofocada, le explotaba el pulso, quería salir corriendo de ese lugar, y de hecho, pidió disculpas y lo hizo, se cruzó con Alex, quien no entendió nada hasta el momento en que se encontró con su mujer: Greta, quien a la vez le presentó a su jefe: Roberto.

Sintió frío en su cuerpo. Al fin podía verle la cara al jefe de su mujer. Sin embargo, al escuchar su nombre, sospechó lo peor, o lo mejor; no supo cómo describirlo en ese preciso instante.

Capítulo 18

Caminó por el largo pasillo que daba hacia la entrada a la fiesta y hacia una terraza, fue hasta la terraza, tomó una copa que le acercó un mozo e intentó relajarse. No debía irse, no quería armar un escándalo. Todos hablarían de la huida de la mujer de Roberto, no era el momento. Quería pasar desapercibida.

Cuando se recompuso, luego de tomar aire y despejar su mente, o mejor dicho, intentar no pensar en nada más que elucubrar un plan para alejarse de Roberto en cuanto volviera a su casa, se puso diez corazas y media y se unió a la fiesta.

No pudo probar bocado, aunque todo se veía apetecible, en otro momento habría disfrutado de la decoración del lugar, habría sacado fotos para compartirlas en las redes sociales o entre sus amistades, o habría tomado notas para una próxima historia. Nada de eso sucedió. Estaba viviendo el comienzo de una pesadilla.

Hacía más de una hora que se estaba carcomiendo la cabeza pensando en cada llegada tarde, cada flor que le dejaba sobre la mesa, cada llamada perdida de ella...

No sabía si le dolía más enterarse que Roberto la engañaba, o que la engañaba con Greta, la mujer de Alex. Esa maldita zorra que quería a sus dos hombres.

Si se comparaba con ella, estaban en igualdad de condiciones. Aunque a partir de ese momento, supo que la historia de engaño de su compañero de casa había comenzado hacía rato.

Podía ver a Alex en una mesa que quedaba a varios metros, casi de frente a la suya, pero no quería mirarlo, estaba muy triste. Su felicidad con él había durado muy poco. Odiaba a esa mujer por tener a Alex y por querer algo más. Él no era un hombre para desperdiciar o descuidar. Ella misma lo había hecho.

Observaba cómo lo ignoraba Greta buscando conversación con otros comensales.

—¿Qué sucede? ¿Por qué no pruebas bocado?

—¿Esa es la mujer con quien te escapabas cuando no estás en casa? —preguntó a modo de respuesta.

—No sé de qué me hablas —respondió mirando hacia todos lados, para saber si alguien más la había escuchado.

—De tu secretaria. Greta —dijo, metiendo la mano en su sobre de mano, buscando su móvil.

—No vamos solos.

—¿Nunca? No te creo —inquirió molesta.

Él hizo un gesto con su boca y no dijo una palabra más; ella manipuló su móvil, buscó una foto. Amplió la imagen y lo apoyó con fuerza sobre la mesa para que él viera.

—¿Qué quieres que haga con tu móvil? —dijo, intentando disimular su incomodidad ante sus compañeros de mesa, que seguían entretenidos escuchando a un locutor que contaba quién sabía qué cosa.

—Quiero que la mires. Lo sé todo.

Observó de reojo la reacción de Roberto, se puso pálido y el gesto de llevarse un dedo a la boca para comerse una uña lo delató.

—No tengo nada que decir.

Ella sacó su segunda carta, tal vez la que creía más fuerte, las fotos que le había tomado del móvil de ella dentro de su bolso.

—¿Y esto qué quiere decir? Que te vayas y te lo lleves contigo... —Se sentía una perra porque ella también estaba en falta. Creía que no tenía derecho a reclamarle nada.

—No sé qué es esto, ¿fotos de un móvil? No es momento para hablar de esto, esperemos a llegar a casa.

—¿Te parece que hay algún momento especial para hablar de una infidelidad? —La palabra le retumbó en su cabeza.

Ella miró hacia donde estaba Alex. Él la observaba casi sin pestañar, incrédulo ante la situación que les estaba tocando experimentar. La magia y química que ambos sentían se disipó en el aire de la distancia que los separaba para convertirse en un vapor oscuro y abrumador.

Él hizo un intento de levantarse para ir hacia ella. Ella, con un gesto de cabeza y con los ojos cerrados le dijo que no. Alex se volvió a sentar.

—¿Dónde vas? —preguntó Greta, quien solo se percató de que Alex estaba a su lado porque lo sintió moverse, y la distrajo de la conversación de uno de sus compañeros de trabajo, mientras bebía de una copa de champán.

—A casa, en un rato —respondió. No soportaba más estar en ese lugar rodeado de personas a quienes no conocía, incluida su mujer. No soportaba no poder consolar a la mujer que realmente amaba.

Debía escapar de allí cuanto antes.

Abigail aprovechó el momento en que un segundo animador comenzó su *show* y todos estaban atentos y entretenidos. Terminó lo que le quedaba en su copa de champán, tomó su móvil y su sobre, que descansaban sobre la mesa, y se levantó para no volver más a esa fiesta. Tecléo un rápido mensaje de texto, fue por su abrigo y salió a la calle.

Abrazó su pecho, tomó una gran bocanada de aire y se largó a llorar. Permitted que el llanto limpiara su dolor, dejó que su pecho se abriera para dejar entrar el aire frío de ese invierno que la hacía sentir como si estuviera subida a una montaña rusa sin cinturón de seguridad.

Paró el primer taxi que vio cuando se sintió apenas un poco mejor.

En el momento en que abrió la puerta para subir, escuchó la voz de Alex gritando su nombre. Subió sin mirarlo. Necesitaba alejarse de todo. De él también, porque desde que lo había vuelto a encontrar, todo su mundo se había puesto patas para arriba.

Alex la vio partir, pasó las manos por su cabello y maldijo a su puta suerte. La había vuelto a perder.

Cuando volvió a la fiesta para ir a buscar su saco, Greta no estaba en su mesa, la buscó con la mirada por todo el salón hasta que la vio; estaba hablando en un rincón con Roberto, él le sostenía la cintura y ella reía muy suelta, como jamás la había visto reír.

Tomó su saco y salió directo al estacionamiento para huir; tendría unos cuantos minutos con las manos sobre el volante para poder poner sus pensamientos en orden.

Capítulo 19

Sintió un gran alivio al quitarse ese atuendo que le recordaba lo desordenada que estaba su vida.

Clara le prestó ropa cómoda y calentita, le preparó un té de tilo y melisa bien cargado y la esperó en la sala de estar para intentar calmarla.

—Roberto tiene una amante —dijo al fin, luego de unos larguísimos minutos abrazando la taza con sus dos manos y mirando el suelo.

—Eso no es novedad, amiga. —Clara se sentó a su lado.

—Lo sé. Ya lo sospechaba, y creo que ni siquiera es lo que me afecta. —Tomó un sorbo y apoyó la taza sobre la mesita del *living*.

—¿Qué es lo que te tiene tan angustiada?

—La amante se llama Greta, ¿te suena el nombre?

—¿La dueña del móvil?

—Hay más... —la interrumpió Abigail—, creo que eso es lo que me enoja —dijo, y rompió a llorar.

—Respira tranquila y me cuentas.

Estuvo un rato hipeando y dejando caer las lágrimas, como si de ese modo pudiera borrar lo que había vivido.

—Greta, la amante de Roberto, es la mujer de Alex.

—¡A la mierda! Vaya culebrón... —dijo abriendo los ojos y llevándose las manos al pecho—. Ahora entiendo.

—Bueno, al menos una de las dos lo hace, porque yo no entiendo nada. Me siento aturdida. Esa zorra tiene a mis dos hombres.

—Ella podría decir lo mismo de ti, querida amiga.

—Ni creo que sepa que Alex le es infiel connigo, me saludó como si nada.

—*Wait a moment!* ¿Cómo mierda te enteraste? —Clara se ponía nerviosa y empezaba a usar sus malas palabras.

—En el almuerzo de la empresa, cuando entré, lo vi a Alex, más hermoso que nunca, pero no estaba vestido así para mí, era para su mujer, que también estaba en la fiesta, con mi marido, charlando muy jocosamente, y la copa de champán de ella tenía mejores burbujas que la mía, su cabello brilla más que el mío y su estatus social es mucho mejor... —escupió casi sin respirar.

—¿Usaron diferentes marcas de champán dependiendo del brillo del cabello de las mujeres? No me jodas. Cuéntame con tranquilidad. ¿Lo viste a Alex, y...? —Clara intentó esconder una mueca de diversión, las desgracias ajenas la divertían, no podía evitarlo.

—Y me hizo el amor en los tocadores de damas del *lobby* del hotel.

—¡Dios mío, ustedes dos tampoco tienen ningún reparo!

—Es que estaba ahí, tan hermoso, con un traje que le quedaba para el infarto —sonrió al recordarlo—, y yo no supe qué hacer, fui al *toilette* y a los segundos estaba Acero encerrándome en uno de los baños y bueno, tú sabes lo que me sucede con él cuando está cerca...

—¿Qué les pasa con los baños a ustedes dos?

—No lo sé. Lo que sí sé es que no va a volver a ocurrir, se terminó para mí, tengo que pensar en mí y en lo que quiero y necesito.

—¡Era hora!

—Greta es la secretaria de Roberto, es la que tú viste en la foto, en el reflejo de los lentes de él.

—Ya decía mi ex que yo debería haber sido detective.

—La vi discutiendo con Alex en la mesa, mientras él me miraba... Tengo que sacármelo de la cabeza. Esto no es sano. Mira el despelote que se armó.

—Mejor que en tus novelas. —Le dio un codazo cómplice.

—Una vez más, la realidad supera la ficción, frase cliché, lo sé, pero es tan cierto. —Abigail llevó las manos a su cabello y lo despeinó, no era su estilo.

—Quiero que te sientas libre de quedarte aquí todo el tiempo que consideres necesario. Te lo debo, por todas las veces que me diste asilo cuando yo me escapaba a San Luis. —Se acercó más a Abigail y la abrazó.

—Muchas gracias, será solo un tiempo.

—Mi casa es tu casa —dijo, haciendo un gesto de bienvenida y continuó—, debo prepararme, tengo un cliente que visitar en una hora y luego un posalmuerzo con un *tinderboy*.

—¿Qué es un posalmuerzo? ¿*Tinderboy*?

—Un siestero, nena, ¡estás fuera de onda! —Le dio otro codazo y se rio a carcajadas—. Un *tinderboy* es un chico que conocí en Tinder...

—Ahhhh. —Hizo una sonrisa forzada y le enseñó sus pulgares.

En el momento en que Clara dejó la sala, el móvil de Abigail volvió a sonar, una y otra vez. Ella miró la pantalla, tenía llamadas de Alex, llamadas de Roberto, mensajes de Alex, mensajes de Roberto. También se escuchó el sonido del teléfono de línea de la casa de su amiga. Abigail escuchó que Clara atendió y cortó enseguida.

—Roberto te busca, le dije que no te había visto, me hice la tonta. Espero que me haya creído.

Abigail hizo un gesto de desasosiego. Tarde o temprano iba a tener que enfrentar la realidad. Su realidad era un asco.

¿Dónde iría a vivir? ¿Con qué solventaría sus gastos? ¿Por qué carajos no había seguido el

consejo de sus padres de trabajar, aunque fuera, de algo de algunas pocas horas? Tal vez era momento de volver a empezar, lo había hecho una vez, no podría ser tan malo intentarlo de nuevo. Sin embargo, no se sentía tan joven como cuando se escapó a las sierras.

«Mierda, qué poco dura lo entretenido», pensó.

Estaba en cero, no recurriría a sus padres, siempre se habían opuesto a la relación que tenía con Roberto y la realidad era que no sabía en qué parte del mundo estaban, hacía meses que no recibía noticias de ellos.

Un ruido agudo retumbó en sus oídos; vio a Clara corriendo, cruzando toda la sala de estar para espiar por la ventana, la escuchó maldecir.

—Es Roberto, la puta madre. ¿Qué hago, Abby? Deberías decirle que te quedarás aquí, de lo contrario va a estar pegado a esta puerta hasta que salgas, ya sabes cómo es.

—Tienes razón, ¿puede pasar? No quiero que dé un espectáculo digno de un Oscar en la puerta de tu casa.

—Sí, claro —dijo, y giró la llave.

—Espera, por favor, quédate cerca.

—Por supuesto.

—Gracias.

Roberto entró como un remolino, Clara le puso la mano en el pecho, intentando frenarlo.

—Te calmas o llamo al 911.

El hombre largó el aire contenido y se puso a llorar, fue hacia donde estaba Abigail, se arrodilló frente a ella y comenzó a pedirle perdón.

Clara los dejó solos, fue a la cocina, que estaba a unos metros de la sala.

—Tienes que perdonarme, no sé lo que me pasó, no sé por qué lo hice, no quiero perderte — lloriqueó intentando tomarle las manos, pero Abigail no dejó que la tocara.

—No tengo nada que perdonarte, pero esto no va más. Yo no soy feliz contigo.

—Déjame hacerte feliz, te prometo que no volverá a suceder, no la veré más. Tú eres la mujer de mi vida, no ella. No te engañaré más.

—¿Cuánto hace de esto? —No supo por qué quiso saber ese detalle, no sumaba ni restaba.

—Un año. Pero te juro que se terminó hace un tiempo.

Ella recordó ese fin de semana que él volvió antes de su supuesto viaje de negocios.

—No importa cuándo se terminó, lo nuestro no va más.

—¿Y qué vas a hacer, eh? ¿Huir hacia dónde esta vez? ¿A San Luis? ¿A vender chucherías? ¿Quién te va a salvar de esa?

Ahí estaba Roberto, sin máscaras. Hacía mucho que no dejaba salir a esa fiera, la que le recordaba el grandísimo error que había cometido en aceptar ir a vivir a su casa, en ceder ante su pedido de no trabajar.

—No será de tu incumbencia.

—Vas a buscar a tus papitos, ¿los que se olvidan que tienen una hija? —Ella abrió los ojos más

grandes, también abrió la boca para contestarle, pero la cerró al instante, era en vano discutir cuando él se ponía en ese modo—. ¿O te piensas que vas a poder comer con las míseras regalías que te ganas con la porquería que escribes? ¿Crees que no he leído tus borradores? Es no es literatura. Eso es basura.

—Cállate, por favor, luego te arrepientes de lo que me dices. Y esta vez no hay vuelta atrás.

—¡No eres nadie sin mí, chiquilla! —gritó, con la cara enrojecida de ira. Ella se levantó de su asiento, hasta ese momento se había sentido segura, pero ese grito la asustó. Contadas eran las veces que le había levantado la voz, ella no lo permitía.

—Vete, por favor, de ese modo no se solucionan las cosas, ya está todo dicho. No hay nada más que hablar.

—Tú vienes conmigo, eres mía. —Hizo un intento de tomarle las muñecas pero los reflejos de ella fueron más rápidos.

—Vete de mi casa o llamo a la policía. Estás fuera de foco, ¡no eres bienvenido! —levantó el tono de voz Clara, que al escuchar el grito de Roberto entró a la sala.

Roberto salió como si echara chispas con su cuerpo.

—Esto no se termina acá. —La apuntó con un dedo. Abigail estaba asustada, jamás lo había visto tan enfurecido.

—Tranquila, ya se fue. Al fin mostró su careta verdadera.

Capítulo 20

Estacionó frente a la casa de su amigo, tocó el timbre, nadie contestó, llamó a su móvil, y al tercer timbrazo lo atendió la mujer.

—¡Alex! ¡Hola! Carlos está jugando un partido. Tú estabas invitado, ¿te acuerdas?

—¡Hola! Sí, pero tenía un almuerzo. ¿Le avisas que llamé, por favor?

—Sí, claro. ¿Algún problema con el auto? —preguntó la mujer sin imaginar todo lo que le estaba sucediendo a Alex.

—No, no, el auto funciona perfectamente bien. Tu marido es el rey de los mecánicos.

Se saludaron y cortaron.

El plan A no había funcionado, volvió a llamar a Abigail, no obtuvo respuesta, le mandó mensajes que ella ni siquiera leyó.

El plan B: visitaría a su abuela, le llevaría unos chocolates que tanto le gustaban, en cantidades pequeñas, a modo de mimo y en busca de cobijo.

Entró sin ser visto, su abuela tejía en un rincón de la casa, justo al lado de la ventana de su sala de estar, por donde más luz entraba a esa hora de la tarde, mientras escuchaba tango; seguramente recordando los momentos de gloria en los cuales ella lustraba pistas de baile con su abuelo.

Estuvo a punto de hablarle cuando vio que ella cerró los ojos y sonrió. Se sintió culpable por invadir ese momento tan íntimo que su abuela estaba viviendo en su interior.

Decidió dar dos pasos hacia atrás y dar dos golpecitos en la puerta.

—¡Hola, Alexito! ¿Qué te trae por aquí? Pasa, pasa —saludó con una alegría inmensa de verlo. Dejó el tejido sobre una mesa, bajó el volumen de la radio y se levantó con lentitud a saludarlo.

—Hola, *abu*. Vine a merendar contigo. Pensé que no te iba a encontrar. ¿Dónde están tus amigas? —La abrazó con ternura, encorvando su cuerpo, le llevaba más de veinte centímetros a su abuela.

—Esas viejas tienen frío, y yo acá aburrída como un hongo. Aunque más tarde viene el Tano —dijo, y sonrió pícaro—, pero no has venido solo a merendar, ¿qué es lo que sucede? ¿Ya dejaste a la bruja estirada esa?

Caminaron hacia la cocina y mientras su abuela le preparaba un té de quién sabía qué hierbas, él le confesó todo lo que le sucedía, evitando mencionar algunos detalles, por supuesto, no quería hacer poner colorada a su abuela, no estaba en ese plan, necesitaba consuelo y algún tipo de

opinión de un ser querido.

—No puedo creer tu puta suerte —exclamó.

—¡Nona!

—Perdón, perdón, pero yo siempre te dije que esa chica no era para ti. Esto está mejor que el culebrón de las tres de la tarde, y cuéntame más de Abby.

—Creo que es la mujer a la que dejé escapar por estúpido.

—¡Alex! Jamás te digas esas cosas, la vida nos hace dar vueltas hasta que damos con lo que realmente queremos, tal vez creas que hoy no es el momento adecuado, pero yo estoy segura de que tú eres lo suficientemente inteligente como para poder, en frío, decidir lo que quieras hacer. Tu felicidad es lo que más debe importarte, eso solo lo sabes tú.

Se hizo silencio por un rato largo, Alex miró a su abuela, ella tenía razón, nada de lo que opinaran los demás le haría cambiar lo que estaba sintiendo por Abigail, ni lo que había sentido años atrás. Tampoco podía cambiar el pasado ni volver hacia atrás en el tiempo como para hacer las cosas de una manera diferente; lo que sí estaba en su poder, era su «aquí y ahora», y, sobre la base de eso, también su posible futuro.

—Abby es hermosa, dulce, cariñosa, está viviendo, o al menos hasta hace unas horas, estaba viviendo con su pareja, que la abandona siempre, tiene una hijastra que es el demonio con maquillaje de adolescente y le hace la vida imposible. Abby es escritora. Siento mucho orgullo de ella. Y no me contesta el teléfono. —La última frase la dijo sin pensar, se le escapó.

—Dale tiempo, tal vez ella está tan asombrada como tú de enterarse que su pareja la engaña con la tuya. Yo sabía que esa Greta no era de confiar, recuerdo el día que me la presentaste, me miró por encima del hombro, y cuando le conté que yo tejía para mis seres queridos, ella solo rio y dijo algo así como: «yo les compro regalos y lo soluciono rápido».

—Recuerdo que tuvimos una charla acerca de eso, pero ella es así, nadie le importa más que ella, tarde me vengo a dar cuenta.

La abuela compartió con su nieto la mitad del chocolate que él le había llevado, y él, intentó preguntarle acerca del famoso Tano.

—Es un amigo del grupo de jubilados, a los dos nos gusta escuchar tango y ver películas, está medio sordo y a veces se le olvida ponerse el audífono, ya le permití dejar uno aquí en casa.

Alex se rio a carcajadas contagiando a su abuela.

Había sobrevivido la tarde, decidió emprender la retirada cuando su abuela comenzó a poner orden en la cocina, y vio que estaba poniéndose inquieta.

—¿Vas a estar bien? ¿Quieres venir a dormir esta noche?

—Voy a estar bien, es solo una tormenta, gracias por tus palabras y por tu tan rico té. Mañana te llamo. Te adoro.

—Y yo a ti, Alexito. Tranquilo, que todo se acomoda.

Capítulo 21

Abigail se encerró en la habitación que Clara había preparado para ella, le pidió que le prestara la *laptop* vieja que sabía que su amiga guardaba en algún lugar, y comenzó a escribir sin parar, la musa la había atacado en el momento más vulnerable de su vida y no sabía si estar agradecida por ello, tal vez sí, porque lograba canalizar todas sus dudas mientras le daba forma a sus nuevos personajes, que ya no le susurraban al oído, sino que le pedían a gritos que contara más sobre ellos.

Un golpe en la puerta la sacó de su ensoñación, y sin mirar hacia atrás, gritó: «pasa». No sacó la vista de la pantalla, sabía que era su amiga y que con su amiga no tenía que disimular nada.

—Te traje comida, la debes estar necesitando —dijo Clara, mirando asombrada la cantidad de palabras que llevaba escritas Abigail.

—Muchas gracias, sabes que te adoro —respondió aún sin retirar la cara del ordenador y sin dejar de acariciar las teclas.

—¿Has dormido algo?

Ella negó con un movimiento de cabeza.

—No me han dejado dormir, ni las musas ni el teléfono.

—¿Alex?

Y cuando escuchó ese nombre, sus dedos pararon, cerró sus ojos y respiró, como si solo escuchar el sonido de esa palabra la hiciera volver a su realidad.

Asintió. Apretó el puente de su nariz y dio un lento y profundo respiro. Largó el aire pesado y sonoro.

—¿Quieres hablar acerca de eso?

Volvió a negar.

—Creo que debería darme una ducha... —dijo levantándose de su asiento, pasando por al lado de su amiga, tomándole la mano en forma de agradecimiento.

—Te prestaré más ropa cómoda, si quieres, y luego paso por tu casa a buscar tus cosas, o lo que quieras o necesites.

—Gracias, no me alcanzará la vida para agradecerte todo lo que haces por mí.

—Solo no te castigues y disfruta de sentirte viva, todo se va a ir ordenando.

Dentro de la ducha, debajo del agua, intentó no pensar, pero no pudo evitarlo, y el solo hecho

de darse cuenta de que toda su vida era un desastre, que no tenía dónde vivir y que ni siquiera sabía qué le depararía su destino, le hizo romper a llorar, gritando con fuerza, como si así pudiera desterrar el dolor y el enojo que sentía por haber tomado tantas malas decisiones.

Clara esperó unos minutos detrás de la puerta del baño, no supo si lo mejor sería entrar o dejarla sola, se decidió por la segunda opción, tal vez necesitaba eso, la soledad.

Tomó su abrigo, su bolso y sus llaves, y le dejó la casa para ella sola.

Cuando volvió la encontró nuevamente frente al ordenador con una taza de café al costado, por lo visto, había tenido energía para preparárselo, estaba peinada y olía a desodorante. La persiana estaba levantada y entraba un poco de aire.

—¿Te sientes mejor? —se animó a preguntar, interrumpiéndola.

Abigail guardó el archivo y se giró hacia su amiga.

—Mucho mejor, creo que en una noche más la termino.

—No hablaba de...

—Lo sé, pero te cuento... Ha llamado Alex un centenar de veces, y Roberto solo dos, el teléfono de tu casa no ha parado de sonar.

—El identificador indica el número de Roberto dos o tres veces, y la gente del merendero que no podía ubicarme. Perdón por eso.

—Perdón tengo que pedir yo por usurpar tu casa, y encima quejarme de que tu teléfono ha sonado todo el día. Gracias por darme el espacio que necesitaba.

—Tómame todo el tiempo que necesites. Yo tengo que ver unos clientes.

—Voy a ir a mi casa a buscar cosas.

—¿Quieres que te lleve antes de irme?

—Sí, gracias. Ya te lo devolveré con intereses elevados.

—Boba.

Roberto no había vuelto a la casa, todo estaba tal cual ella lo había dejado, suspiró un par de veces mientras juntaba ropa en un bolso, sus demás pertenencias básicas en otro, cerró la puerta detrás de ella y caminó sin girar la vista a su pasado.

Desde la calle llamó a un taxi y en el momento en que estaba por subir, vio que el auto de Alex se acercaba, pero ella le indicó al taxista la dirección de su amiga y continuó camino. No estaba lista para enfrentarlo ni para que él le demostrara que sentía lástima por ella ni tampoco que él sintiera que ella estaba con él por despecho, por todo lo que le había hecho su pareja. Aunque, si se lo pensaba muy bien y en frío, ella también había sido infiel, pero, sobre todo, había sido infiel a sus principios. Siempre había criticado a las personas que hacían cosas a las espaldas de sus parejas, se preguntaba: «si estás bien con tu pareja, ¿para qué engañarlo? Y si estás mal ¿para qué engañarte y seguir con algo que no funciona?»

Pero todo esto que le había sucedido no concordaba con su teoría de moral que le había sido inculcada. Tenía su vida y sus sentimientos patas para arriba. Era como si una de las estanterías más grandes de tu casa se hubiera caído en un terremoto y debía volver a acomodar todo. Absolutamente todo.

De algo estaba muy segura, no volvería con Roberto.

Llegó a su nuevo refugio, le pagó la tarifa al taxista y entró lo más rápido que pudo para que Alex, en el caso de que hubiera seguido el recorrido del taxi, no la viera.

Capítulo 22

Perdió de vista al taxi en un semáforo y se juró que ella lo había visto y evitado. Ya lo venía evitando por teléfono, le daría tiempo, moría de ganas por abrazarla y prometerle que todo estaría bien. Seguramente iba a la casa de su amiga, él recordaba la esquina en la cual la había dejado aquella noche, pero no quería invadirla, le daría espacio.

Volvió a su casa, él sí iba a enfrentarse con su realidad, él sí quería acabar con todo y comenzar de nuevo.

Al abrir la puerta, escuchó la voz de Greta, que hablaba con alguien al teléfono, creyó que no la encontraría ahí, pero se había equivocado.

Ella no lo escuchó llegar y continuó hablando con quien fuera.

—El idiota se fue detrás de una mujer, seguro que se piensa que a mí me afecta, si hace rato que no somos nada, es solo una cara bonita que me hace ver bien en las reuniones sociales.

Él sacudió su cabeza como para asegurarse de que no estaba en un sueño y que estaba hablando de él, agudizó sus oídos y continuó escuchando.

—En cambio, Robert me da todo, el tipo tiene todo, vida, plata, ha vivido muchas cosas y me hace sentir como una reina, ya tenemos lista la casa en Belgrano... Lo sé, tuve que hacerlo, él no quiere más hijos, pero estoy mejor.

Alex se quedó petrificado. «¿Una casa lista? ¿Quién no quiere más hijos? ¿Que tuvo que hacer qué?»

O sea que estaba realmente sucediendo, no le iba a hacer demasiada falta el valor para dejarla, porque ella ya lo había hecho por él, le llevaba año de ventaja. En parte, se alegraba por el atajo que iba a tomar.

Dejó caer las llaves sobre la mesa del *hall* de entrada y ella dio un portazo y se encerró en el baño.

Él caminó hacia la cocina, sacó una cerveza del refrigerador, dio un largo sorbo del pico y la esperó sentado, lo más relajado que pudo, eliminando todo resabio de enojo o reproche.

—No te oí llegar. ¿Hace mucho que estás aquí? —preguntó, mientras se frotaba las manos para esparcirse una crema que se había puesto.

—Lo suficiente como para enterarme de todo lo que está sucediendo —respondió sin una pizca de condescendencia.

—Yo... lo siento. —A él le llamó la atención verla tan dubitativa, ella jamás pedía disculpas por nada—. Hay muchas cosas que no sabes y que he intentado contarte, pero lo voy a hacer muy simple.

—Quiero escuchar todo. —De verdad necesitaba escucharlo todo, pero no sabía si podía soportarlo, en algún momento ella había sido una persona hermosa que lo había atrapado y engatusado y él había caído en su trampa, pero ya nada los ataba.

—Se terminó, Alex.

—Eso ya lo sé, y por mí está muy bien, solo dime algo que yo no sepa.

En el momento en que ella estuvo a punto de hablar, hizo un gesto de dolor, seguido de un grito, y se sostuvo el vientre, doblándose en dos. Vio cómo le cambiaba el color de la cara a uno pálido como un papel y cómo se caía al suelo, desmayada. Todo sucedió con tal rapidez que él no tuvo tiempo de acercarse para sostenerla. Cuando reaccionó, se acercó a tomarle el pulso, se dio cuenta de que volaba de fiebre. Sin pensarlo, llamó a la emergencia.

Luego de asistirla a toda velocidad para que recobrar el conocimiento, le hicieron análisis, le dieron antibióticos intravenosos y antifebriles y cuando lograron estabilizarla, los médicos se acercaron a Alex, fue en ese momento cuando las preguntas comenzaron.

—¿Cuándo se practicó el aborto? ¿Dónde lo hizo? ¿Quién hizo semejante salvajada?

Él no supo qué responder, eso sí que lo dejaba completamente fuera de juego.

Los miró atónito, estaba siendo juzgado equivocadamente, él no era el padre de ese supuesto niño. ¿O sí?

—Soy el ex —se atrevió a decir—, estábamos hablando cuando ella comenzó a sostenerse el vientre. Es todo lo que sé.

—Señor Di Lorenzo —dijo una doctora; leyendo la planilla de Greta, estaba su apellido porque él era quien la había ingresado—. Esto es muy crítico, la señora está muy anémica, la infección que tiene en su vientre y en su zona urinaria es muy grave y ha llegado a tiempo para que no avance, la mantendremos en cuidados intensivos hasta los próximos cultivos.

—Gracias. —Fue todo lo que pudo decir, no lograba articular más palabras y menos que menos elaborar una idea coherente en su cabeza.

—Puede pasar a verla cuando usted quiera, los horarios de visita están en esta ficha, estará en observación, mínimo cuarenta y ocho horas.

Él largó un sonoro suspiro, se tomó la cabeza viendo cómo la doctora se alejaba, dejándolo solo con semejante carga sobre sus hombros.

«¿Cuándo mierda sucedió todo eso?»

No quería entrar. No necesitaba eso en ese preciso momento, justo cuando estaba por encauzar su vida hacia un destino más deseable.

Se debatía entre llamar a los padres de Greta y contarles todo, o tal vez no, ellos no merecían asustarse por una negligencia de una persona adulta. Llamaría a su cuñado, el hombre quería mucho a Greta, y la entendería, y hasta, tal vez, con viento a favor, se haría cargo.

Entró en la habitación, la vio pálida pero no tanto como cuando había ingresado y en cuanto ella lo vio, una lágrima rodó por su precioso cutis.

—He sido una muy mala mujer, y no mereces tener que hacerte cargo de mí. Pensé que jamás te ibas a enterar.

—Voy a avisar a tu hermano que estás aquí —dijo haciendo caso omiso a sus palabras.

—No lo hagas, por favor. En este momento, solo estoy segura contigo aquí.

—Pero, Greta, ya no somos nada.

—Por favor —suplicó, y más lágrimas escaparon de sus ojos.

Cansado de soportar malas experiencias, decidió quedarse a hacerle compañía. Estaba por demás preocupado por Abigail, porque de ella no tenía noticias, cada vez que la llamaba, su móvil era enviado al correo de voz. Y ahora estaba atrapado en ese lugar a la espera de una mejoría de su ex. No podía creer su puta suerte, como decía su abuela.

El móvil de Greta sonó dentro de su cartera, que estaba en una de las sillas de la habitación. Ella abrió los ojos, alarmada.

—Ignóralo —pidió, cerrando los ojos para no ver cómo Alex iba a buscar el aparato y leía el nombre «Osito» en la pantalla.

—Es Roberto —dijo, interpretando el sobrenombre.

—No quiero hablar con él en este momento.

—No es mi puto problema —escupió Alex, y le apoyó el móvil sobre el pecho. Se tomó la cabeza con las manos y decidió salir a tomar aire dejándola sola. No se merecía ningún tipo de consideración.

Hacia años que no fumaba, caminó hasta el quiosco de la esquina, se compró un paquete de cigarrillos, y se encendió uno. Lo disfrutó como se disfruta un orgasmo luego de no haber tenido uno en meses. Miró hacia el cielo mientras exhalaba el humo. Pensó que ojalá sus problemas se disiparan como ese humo en el aire, pero no sería tan fácil.

Moría de ganas de ver a Abigail, de tocarla y besarla hasta el cansancio, llorar entre sus brazos por tantos años perdidos, y pedirle perdón por haber sido tan idiota para dejarla escapar.

Siguió su impulso y marcó su número, luego del tercer timbrazo, entró al correo de voz, era la primera vez que estaba dispuesto a dejarle un mensaje.

«Hola, mi amor, necesito saber que estás bien, por favor, llámame, o mándame un mensaje».

Fue todo lo que pudo decir.

Una semana cuidando de su ex en el hospital y estaba más loco que nunca, se había tenido que tomar una licencia en el trabajo sin pensarlo mucho y estaba hecho un manojo de nervios. Su amigo Carlos fue quien cada tanto pasaba por ahí para tomar un café con él y darle un poco de alivio contándole anécdotas de su familia.

No dejó de visitar a su abuela, porque con ella también se sentía como en un refugio, jamás los tés de hierbas supieron tan deliciosos. No se animó a contarle nada para no preocuparla. Cuando ella le decía que lo veía más flaco y pálido, él mentía con la excusa de que tenía más trabajo en el club.

Cuando al fin le dieron el alta, la llevó a la casa que compartían, llamó a su excuñado, sin pedirle permiso a ella, y retomó su trabajo.

Capítulo 23

Le urgía volver a alguna rutina segura, y su trabajo lo era.

El primer día, su jefe le llamó la atención porque lo veía distraído y agotado: «¿Quieres tomarte unos días más? Te necesitamos con todas las luces puestas». Él negó y le aseguró que descansaría mejor esa noche y que al día siguiente estaría como nuevo.

Esa noche volvió a su casa lo más tarde que pudo, había hablado con su excuñado durante el día y se enteró de que Greta estaba mucho mejor. Lo que también le comentó fue que notaba algo raro en ella.

Alex no había sido sincero con su excuñado, esperaba a que Greta le contara la verdad a su hermano, porque no era algo de su incumbencia. Cada cual debía hacerse cargo de sus propios actos.

Al llegar, en la puerta se encontró con los padres de ella, le llamó muchísimo la atención porque sabía que hacía al menos dos años que no se hablaba con ellos. Lo saludaron cortésmente y se retiraron, sin un «gracias por cuidarla», muy poco le importó ya que notaba el parecido en la frialdad.

Dentro de la casa, estaba su excuñada, preparándole un té y mirando una novela en la televisión que colgaba de un rincón de la cocina.

—Hola, hoy se encuentra mucho mejor. Hay comida en el refrigerador, ¿quieres comer algo?

—Hola, no, gracias. —Por un lado se sentía agradecido porque ellos se habían hecho cargo de su ex, pero por el otro, se sentía invadido, no tenía espacio para él para poder poner su cabeza en orden. Estaba agotado.

Se acercó a verla. Era verdad, se la veía mejor. Estaba recostada en la cama, con varios almohadones en su espalda y su *laptop* sobre las piernas. Cuando lo vio entrar, bajó la tapa y tomó una inspiración lenta.

—Yo... lo siento —dijo a modo de saludo y continuó—: Siento que esto se haya ido tan de las manos, se fue demasiado lejos. Estoy asustada y no sé qué hacer. Siento haberte lastimado.

—Haz lo que tengas que hacer. Aprecio tus disculpas, aunque creo que en esta historia ambos somos culpables, yo también lo lamento, por los dos, por la falta de sinceridad, por hacer «como si» todo el tiempo y, por sobre todas las cosas, lamento haberme mentido a mí mismo.

—Vas a seguir con ella, ¿verdad? Esa mujer a la que perseguiste luego de la fiesta, es con quien

me engañas, ¿cierto? —Y ahí estaba ella, nuevamente, con sus reproches interminables y completamente injustos.

—Creo que lo que yo haga a partir de ahora, no será de tu incumbencia. Tú has comenzado una relación con otra persona a mis espaldas y me llevas bastante ventaja, por lo visto. —No quiso sonar a reproche, pero en cierta manera le dolía.

—Lo lamento.

—Hazme el favor de mejorarte pronto, así podemos, ambos, continuar con nuestras vidas, cada uno por su lado.

Diciendo eso, giró sobre sus pies, y caminó hacia la salida de la habitación, en la puerta se cruzó con su excuñado, quien, ciertamente, había escuchado todo, porque se sostenía la cabeza con una mano, en la otra llevaba un té.

—Buenas noches —se saludaron.

Se dio una ducha, tomó un vaso de vino y subió las escaleras, solo había una habitación y un pequeño baño allí arriba, suficiente como para aislarse y descansar. Estaba tan agotado mental y físicamente que se durmió a los pocos minutos de acurrucarse abrazando la almohada y recordando la sonrisa de Abigail cada vez que él decía una guarrada, ¿dónde había quedado aquel joven con picardía? ¿Dónde lo había enterrado?

Al día siguiente, se levantó casi como nuevo, como le había prometido a su jefe. Se fue sin siquiera mirar para el lado donde su exmujer descansaba, sabía que su excuñada se había quedado con ella. No sentía una pizca de remordimiento.

Trabajó como loco toda la semana, estaba a días de conseguir un ascenso porque su equipo iba muy, pero muy bien. Era el entrenador del momento y estaba orgulloso de eso, aunque, le habría encantado poder compartirlo con quien le robaba los sueños y le caminaba como sangre por sus venas.

Cada tanto, pasaba por la esquina de la casa de Clara, haciendo guardia por algunos minutos, tal vez tendría suerte y la vería salir para preguntarle si sabía algo de Abigail, pero eso no sucedió. Tampoco recibió ningún mensaje más de ella. La dejaría en paz, le haría caso a su amigo, quien le había aconsejado que le diera espacio, que tal vez ella lo necesitaba y que, seguramente, volvería a comunicarse cuando estuviera lista.

Él solo esperaba que no fueran años...

Roberto no pudo contenerse más, sin importarle nada siguió su impulso y tocó el timbre de la puerta de la casa de su amante. Un segundo antes de que la misma se abriera, se arrepintió, ya era tarde, Alex estaba frente a él, mirándolo sin mirar. El intruso saludó por cortesía, esperaba una pelea de bar, pero no fue la respuesta de Alex, quien simplemente salió dejándolos solos, ya no le importaba nada.

Manejó hasta donde su amigo, no lo encontró... Tenía esa tarde libre, estaba perdido. No se había encaminado nada de lo que había planeado, el ascenso seguía siendo una promesa y de su amada Abigail no tenía noticia alguna. No podía ir a casa de su abuela, ella se preocuparía y no estaba en edad de preocuparse.

Recordó, de repente, que tenía unas cajas y bolsas de donaciones que habían hecho los chicos de su club para el merendero al cual él iba. Tomó ese rumbo, se sentiría mucho mejor luego de ir a visitar a esos niños que hacía mucho no veía.

Cuando llegó, recibió abrazos, aplausos y una invitación a jugar a la pelota con ellos. Armó dos equipos y fue arquero en uno de ellos. Volvió a reír, por un rato bien largo se olvidó de sus problemas.

Salió de allí cansado y renovado, volvería a su casa a ducharse y a cenar con su abuela, quien lo había invitado a conocer al Tano. Por fortuna, él ya se sentía un poco mejor y no la preocuparía. Sería un buen invitado, además, moría de ganas de conocer al amorcito de su querida nona.

Capítulo 24

Meses más tarde...

Vestida de modo formal, peinado elegante, maquillaje suave y con una sonrisa, así se encontró Clara a su amiga en la puerta de su casa cuando ella llegó de una noche de juerga, alrededor de las ocho de la mañana.

—Veo que estás mejor... —Alargó las vocales por los restos de alcohol que aún titilaban su cuerpo.

—No sé si me atrevo a decir lo mismo de ti, *Clari*.

—¡Shhh, cuéntame dónde vas tan arreglada! Pero sin gritar, me retumba todo.

—Calavera no chilla, amiguita. Voy a la editorial, me citaron para firmar contrato... Sé que no es importante para ti...

—¡Calla, bruja! Si me esperas cinco minutos, me doy una ducha y te acompaño, por favor.

—Solo si te arreglas y te tomas un café cargado en el camino. Yo te preparo mientras te sacas ese olor a fermentado que tienes.

—Sí, señora —dijo haciendo el gesto de un soldado. Entró corriendo al baño, no sin antes chocarse contra una de las columnas del *living*, maldecir y largar una carcajada.

A las once de la mañana, Abigail salía de la famosa casa editorial con un contrato firmado en mano, y en la otra llevaba a su amiga, que si no tomaba otra taza de café se caería redonda del cansancio que tenía.

—Qué cara de viejo estirado tiene tu nuevo editor.

—Erudito estirado, querrás decir —respondió, muriéndose de risa.

La habían hecho sentir muy bien, le presentaron a quien sería su editor y discutieron punto por punto las cláusulas del contrato que ahora tenía en su poder.

Su última novela sería publicada tanto en *e-book* como en papel, y distribuida en las grandes librerías, tal y como ella había soñado alguna vez, de lo que deseó ser parte, al fin. Una de sus obras estaría en estanterías al alcance de cualquier lector. Era un gran salto para su futuro, ya tenía algo en qué enfocarse y ocuparse, y con muchísimo viento a favor, sería una buena entrada

económica. Era lo que necesitaba.

Cuando estaban almorzando, su teléfono sonó, era un número desconocido, atendió de igual manera.

—Hola...

—Buenos días, necesito comunicarme con la señora Abigail Santana.

—Ella habla. —Entrecerró los ojos, le molestaba la palabra *señora*.

—Me estoy comunicando desde el estudio de abogados Drinarg, es para coordinar una cita, para un caso de división de bienes... —No entendía nada. Solo se le ocurría un nombre, pero no creía que Roberto le diera nada. Sin embargo, continuó escuchando—. El señor Roberto Cardales nos contrató, sabemos que no está al tanto, pero él quiere resarcirla económicamente por todo el daño causado, citando sus propias palabras. ¿Cuándo podría acercarse usted al estudio? Lo más pronto posible, sería lo ideal, ya que el señor está por irse de viaje.

Cada palabra que escuchaba le hacía abrir más grandes los ojos. «¿Resarcimiento económico por daños causados? ¿Viaje?»

—Mañana estoy libre a la mañana, ¿a qué hora podría pasar? —Ni lo dudó.

—La esperamos a las diez de la mañana. ¿Le parece bien?

—Perfecto, hasta mañana.

—Hasta mañana, señora.

Colgó e hizo una mueca. ¿Señora? ¿Otra vez?

—¿Te tragaste un moco? ¿Qué es esa cara? ¿Quién era? —preguntó Clara con la tercera taza de café del día en sus manos.

—El abogado de Roberto, por «una división de bienes». —Gesticuló comillas invertidas con sus dedos mientras le contaba a su amiga.

—La famosa «división de bienes» —le hizo burla Clara, usando también comillas invertidas—. Es lo que corresponde después de haber compartido varios años con él, ¿te pensabas quedar sin nada? Hay un montón de cosas tuyas, de tu familia, dentro de esa casa, tú tenías ahorros cuando te fuiste a vivir con él y los gastaste en esa casa. No me vengas con que no quieres nada. Aceptas, firmas, y das un fuerte apretón de manos. Le deseas suerte y te vas con la cabeza en alto y un billete asegurado.

—Yes, *madame*. —Su amiga tenía razón.

Su móvil volvió a sonar, y en la distracción de todas las emociones que venía juntando, atendió sin mirar.

—Abby... —Escuchó esa voz que la partía en mil pedazos y la volvía a juntar. Decidió contestar. No quería postergarlo más.

—Alex... —No podía modular muy bien.

—Necesito verte, quiero que hablemos, te extraño, muero por abrazarte —dijo todo eso sin respirar.

—Bueno... —Fue todo lo que pudo decir.

Él dio un salto de alegría, pero estaba en la casa de su amigo, quien lo había incitado a que volviera a intentarlo.

—¿Dónde estás?

—¿Ahora? —dudó.

—Sí, por favor.

—Estoy en la casa de mi amiga Clara...

—Pásame la dirección exacta, ya conozco la esquina de memoria —la interrumpió, de la emoción de poder volver a verla.

—Mejor te paso por mensaje la dirección de un parque que me gusta. Necesito aire libre.

—Lo que tú quieras, muero por verte.

—Yo también —respondió y colgó. A la mierda la coraza.

—¡Esa es mi amiga! —gritó dando saltos de alegría, Clara, quien había estado atenta a la conversación, al menos a lo poco que había podido captar de lo que ella decía.

—¿Cómo me veo? —preguntó Abigail mientras se tocaba las mejillas, que se habían convertido en dos manzanas rojas Premium.

—Divina. Para comerte a besos.

—Gracias, boba.

—Te dejo la casa libre, tengo la tarde ocupada, no vuelvo hasta la noche..., cerdita. —Le guiñó un ojo.

—La cerdita eres tú, que anda con tres a la vez...

—Ohhh, pensé que no me prestabas atención, mamá.

—Que no comente nada no quiere decir que no sepa lo que haces, y me encanta que puedas disfrutar de tu libertad como lo haces, hasta me da un poco de envidia...

—Envidia me das tú y ese bombón de Alex, no quiero ni pensar en los revolcones que se van a pegar luego de esta reconciliación...

Abigail chasqueó la lengua, y se fue a preparar un té y a enviarle la dirección por mensaje como le había prometido a Alex.

La suerte volvía a saludarla, no pensaba desaprovecharla. No podía negar lo que le sucedía cada vez que pensaba en él, lo amaba, lo sabía, y estaba dispuesta a confesarlo.

Capítulo 25

La vio llegar caminando, impecable, como recordaba haberla visto cuando tuvo la fortuna de encontrarla nuevamente. Se la veía contenta, sonriendo, la comería a besos si ella lo dejaba. Se notaba a leguas que la distancia la había ayudado a recuperarse. Eso lo tranquilizaba bastante.

Sería un nuevo comienzo, sin terceros de por medio, solo ellos dos. Sin filtros de nuevo, y sin esconderse de la gente.

Greta le había dejado la casa porque estaba a punto de mudarse a otra provincia con Roberto. No quería nada, solo le había pedido que no la odiara por haber sido tan mala esposa. Ya no le importaba, el amor que sentía por Abigail lo impulsaba a ser mejor hombre. Le dijo que la pondría en venta y la contactaría para enviarle la mitad de lo que le correspondiera a ella. Así se sentía en calma y en paz consigo mismo.

Cuando tuvo a Abigail a pocos metros le sonrió, ella le devolvió la sonrisa, él le ofreció su mano, ella la tomó sin dudarle. Alex la acercó un poco más hasta llegar a abrazarla, ella cedió sin reparo. Se debían ese abrazo desde hacía más de dos meses, que parecían años. Quedaron perdidos en los brazos del otro por un larguísimo tiempo. Él le acariciaba la espalda con los dedos, y ella temblaba al sentirlo.

Los latidos de sus corazones se tranquilizaron solo un poco y fue cuando se separaron unos centímetros para mirarse a los ojos.

—No quiero volver a perderte, Abby—susurró Alex mientras le acariciaba el mentón.

—Yo tampoco—se sinceró ella—, ya es momento de que sepas algo.

—No me asustes, boquita hermosa, mira que no estoy preparado para cosas raras.

—Tranquilo, no es nada raro ni malo, creo que es hermoso.

—Tú eres hermosa, cuéntame, ya que dices que es el momento.

—Estoy perdidamente enamorada de ti. Jamás he dejado de estarlo, no puedo seguir mintiéndote ni engañándome. Es lo que me sucede, no quiero esconderme más.

—Te amo, mi boquita hermosa, no nos ocultemos más. Somos hermosos juntos.

El beso que se dieron comenzó siendo una caricia de sus labios para luego dar paso a sus tibias lenguas, que se encontraron y perdieron en una danza caliente dentro de sus bocas. Él entrelazó sus dedos en su cabello y jaló solo un poco, la hizo jadear de placer y lujuria.

Un bocinazo de alguien que pasaba los devolvió al parque público en el cual se encontraban.

—Quiero que conozcas a alguien —dijo tomándola de la mano y llevándola en dirección a su auto.

—¿Formalidades a flor de piel? Desconocía ese lado tuyo.

—Quiero que conozcas todo de mí y te lo voy a ir demostrando de a poco o todo junto, o como se dé, pero primero, necesito que ella te conozca a ti.

—¿Ella? —preguntó curiosa mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

—La mujer que adoro en el mundo, mi ejemplo, mi sol lleno de arrugas y experiencias.

—¿Me vas a llevar a conocer a tu mamá? ¿Ahora? ¿Así? ¿Ya? —dijo asustada, masajeándose las manos, no sabía si estaba preparada.

—No es mi mamá, pero es como si lo fuera, es mi nona. La persona que me crio y que hace los tés más ricos sobre la Tierra. Nos está esperando con su novio, el Tano.

—¿Tu nona y su novio? ¡Demasiada formalidad! —gritó, y dio una carcajada—. ¡Cuéntame más!

—Llegamos —respondió, y le robó un beso en los labios mientras le desabrochaba el cinturón y sacaba un paquete de la guantera.

Caminaron tomados de la mano, como si fueran dos adolescentes enamorados. Ambos, por dentro, esperaban el momento de poder estar solos y juntos para poder sentirse piel a piel.

Cuando llegaron a la puerta de la casa de la abuela de Alex, a él le llamó la atención que no estuviera abierta, no se escuchaba música a través de ella ni otro tipo de ruido. Tocó el timbre, aunque tenía llave, no quería invadirla. Tal vez estaba teniendo algún momento de intimidad con su amorcito porque había visto el auto del Tano estacionado en el lugar.

—Tal vez salieron a comprar algo —dijo Abigail, al verle la cara de desconcierto de Alex.

—Me habría avisado, me esperaba a esta hora, le dije que te traería para que se conocieran. Volvió a tocar timbre y tuvo la misma respuesta: silencio.

En el momento en que estaba por llamar a su móvil, sonó el de él.

—Hola, nona, donde estás, estoy en la puerta de tu casa.

—Hola, ¿Alex? —dijo una voz masculina. Él se imaginó lo peor.

—Sí, ¿dónde está mi abuela? ¿Quién eres? ¿Tano?

—Soy el Tano, estamos en el hospital, no te asustes, se descompuso y llamé a emergencias. Te esperam... —No lo dejó terminar de hablar, le cortó, tomó a Abigail de la mano y la subió prácticamente en el aire dentro del auto, lo puso en marcha y aceleró lo más que pudo.

—¡Alex! ¡Alex! ¿Qué pasa? Me estás asustando, ¿está todo bien? ¿Qué le pasa a tu nona?

Él dio una bocanada de aire, se le había cerrado la boca del estómago y sentía su mundo derrumbarse, de pronto, todo se puso negro y frenó en la banquina.

—Mi nona está en el hospital, se descompuso... —dijo, y una lágrima rodó por su mejilla.

—Tranquilo, va a estar todo bien. Déjame que yo maneje, cambiemos de lugares, respira que en dos minutos estaremos allí.

Él aceptó, sentía que no había tiempo para hacerse el macho, no estaba en condiciones de

manejar, sabía que su nona estaba en tratamiento y que su corazón algún día dejaría de latir, pero como ella nunca quería hablar del tema, él no le preguntaba. Ese día iba a aprovechar la oportunidad de hablar con el Tano para saber cómo la veía él. Pero el destino no le dio tiempo.

—Bájate, que yo busco lugar para estacionar —dijo Abigail, viendo lo desesperado que él estaba, ya veía la forma de encontrarlo.

—Gracias, mi amor —dijo, y corrió dentro del hospital.

Ella encontró un lugar para dejar el auto y también corrió dentro, para poder estar cerca de él.

Capítulo 26

Vio al Tano sentado en un banco en la sala de espera, con las manos en la cabeza.

—¡Tano! ¡Mi nona?

—Hola, hijo, está en observación. Tuvo un preinfarto.

—¡Dios! ¿Se puede pasar a verla? —preguntó desesperado.

—No, aún no me dejan, solo me dejaron venir con ella en la ambulancia, desde ese momento ya no la vi más.

—¿Tú cómo estás, Tano? —Le tocó la espalda, era un hombre grande, tal vez de la edad de su abuela, sintió que debía cuidar de él también.

—Estoy bien, Alex. Un poco asustado, pero sé que Dios sabe por qué hace las cosas, solo rezo para que todo esté bien y ella no sufra.

—Mi abuela no quiso hablar conmigo la última vez que la vi, pero sabía que había ido al doctor. ¿Tú sabes algo?

—Los resultados de los estudios no eran buenos, pero viste como es ella, siempre negando sus malestares, siempre resistiéndose a ir al doctor. Fue porque yo le insistí, la acompañé y fue ella quien no quiso contarte nada. El otro día que nos vimos, yo debería haberte comentado lo que sucedía.

—Qué nona loca. Gracias, Tano, por cuidar de ella.

Abigail se acercó a ellos caminando a paso lento, los vio charlando y no quiso interrumpirlos, cuando Alex la vio, los presentó. El hombre le dio la mano y una palmadita en la espalda, ella contuvo las ganas de llorar, le recordaba a su abuelo, tenía los ojos cansados y vidriosos, el color de la edad avanzada y el dolor en sus ojeras.

—La famosa Abby, ¡qué gusto conocerte!

—El famoso Tano —dijo, devolviendo el saludo y regalándole una sonrisa consoladora.

—Es muchísimo más guapa en persona, ¿eh? —Le dio una palmada en la cara a Alex, como si fuera un chiquillo.

Solo compartieron unos segundos de sonrisa en ese pasillo frío de hospital, hasta que fueron interrumpidos por el doctor.

—Pueden pasar a verla, pero sin emociones fuertes, solo por unos minutos.

El primero en entrar fue Alex, intentó disimular su pesadumbre pero le fue imposible.

—Nona, ¿cómo te sientes? —preguntó tomándole la mano que tenía libre, desarmado por dentro al verla en tan mal estado.

—Muy cansada, mi amor, creo que llegó el día.

—No digas eso, nona. Te vas a mejorar y a poner bien...

—Dejé de tomar la medicación, no te dije nada porque me ibas a retar. Perdón, Alexito, perdón por hacerte pasar por esto.

—Ay, nona... no pidas perdón, solo mejórate.

—¿Dónde está tu Abby? ¿Lo has visto al Tano? Estaba pálido como un papel, ¿le dices que pase?

—Abby y tu Tano están detrás de esta puerta, esperando a que los deje pasar. Quiero que la conozcas. Creo que el Tano me la quiere robar.

—Es todo un donjuán, ¿verdad? Diles que pasen, por favor.

Él se levantó, le dio un beso en la frente y fue a buscarlos.

Cuando estaban los cuatro adentro de la sala, la nona tomó la palabra:

—Abby, qué gusto poder conocerte, sé que vas a hacer muy muy feliz a mi Alexito, te pido por favor que le prepares, cada tanto, un té de hierbas en mi nombre. Gracias por volver a confiar en él, y él tenía razón, eres hermosa. —Ella mostró una sonrisa disfrazando una mueca de disgusto que se le había escapado.

—Gracias, es un placer para mí poder conocerla, Alex la adora. Se va a mejorar pronto. —No sabía con exactitud qué decir, porque era la primera vez que la veía, y no era, en absoluto, el mejor momento de conocer a alguien importante en la vida de su amor.

—Hola, mi diosa del Olimpo, ¡qué susto me diste! —interrumpió el hombre mayor, quería su momento con ella.

—Hola, mi principito. Prométeme que vas a merendar cada tanto con Alex, y que vas a seguir yendo a las reuniones con el grupo de baile.

—¡No! —gritó el Tano, sobresaltando a todos dentro de ese espacio. Ni se te ocurra dejarme solo, al fin que me dejas ser parte de tu vida, no me vas a abandonar ahora. No te lo permito.

Los jóvenes quedaron estáticos ante la reacción del hombre, tenían ganas de reír y de llorar a la vez.

—Alexito, ven más cerca, por favor, dame tu mano, necesito contarte algo. —Dio dos palmadas a la cama como invitándolo a sentarse—. ¿Tú recuerdas el cuadro que está colgado en la pared del *hall* de mi casa? —Él asintió esperando a que continuara, ella hablaba pausadamente y se notaba que le costaba respirar—. Allí hay documentos importantes, por favor, hazte cargo. También quiero que te comuniques con el señor Santibáñez, es un amigo del grupo de tango, el Tano lo conoce, no te va a ser difícil ubicarlo. —Volvió a hacer una pausa, una larga pausa, cerrando sus ojos.

—¡Abuela..., nona! —susurró fuerte Alex, no estaba preparado para dejarla ir.

El hombre mayor se acercó llorando a besarle la cara, a acariciarle el brazo, parecía un niño

perdido. Abigail, siguió su impulso y también se acercó, le masajeó los pies, los tenía helados.

La mujer volvió a abrir los ojos, estaba en un estado de somnolencia total, pero, aun así, continuó:

—Te amo, hijito mío, eres mi orgullo, heredaste la fortaleza de tu abuelo, jamás bajes los brazos. Debo irme con él, me está llamando. Cuídame al Tanito.

Con esas últimas palabras, la abuela de Alex cerró sus ojos, y entró en un sueño profundo, dejando a tres personas devastadas sin saber qué hacer.

Abigail, con los ojos empañados en lágrimas, dejó a los hombres dentro de la habitación para darles espacio y llamar a la enfermera, o al doctor o a quien estuviera a cargo de esa habitación, y para pedir que alguien se ocupara del Tano, era un hombre muy mayor, estaba preocupada por él.

El Tano se dejó caer en la silla que estaba al lado de la cama donde reposaba el cuerpo de su diosa, apoyando su frente sobre una mano de ella. Sería el último momento que podría estar así tan cerca. Él sí sabía de pérdidas. Ahora estaba solo, otra vez.

Alex miraba a su abuela, sintiéndose desamparado, las lágrimas se le escapaban sin permiso y no le importaba. Quería acurrucarse en esa cama junto a ella, como un niño pequeño, quería que ella le contara un cuento, y le acariciara el cabello hasta hacerlo dormir, y quería despertarse y darse cuenta de que era un sueño. Quería escucharla decir malas palabras y quería volver a probar sus tecitos de hierbas...

La entrada del doctor junto con la enfermera le hizo caer en la realidad nuevamente. No era un sueño, estaba sucediendo...

Buscó con la vista a su amada y la encontró, al lado del Tano, mirándolo a él. Caminó hacia ella y la abrazó, se abrazaron, lloró en su hombro, descubrió que en ella podría apoyarse.

Abigail lloró con él, y se juró que nunca más lo dejaría solo.

Capítulo 27

Tres semanas después del fallecimiento de la nona, Abigail y Alex estaban ocupados seleccionando lo que donarían al merendero y lo que llevarían al centro de jubilados. Ese era el deseo de la nona, y lo había dejado por escrito en el testamento; también le dejaba la propiedad en la cual ella vivía.

A él le costó bastante aceptarlo por el dolor que llevaba consigo esa pérdida y la cantidad de recuerdos que florecían cada vez que cruzaba la puerta de esa casa.

Faltaba la música de fondo, el aroma a hierbas, pero sobraban los maravillosos recuerdos de los momentos compartidos.

El Tano los estaba esperando en el centro, junto con los demás amigos de ella. Los mimaron con un chocolate caliente y muchos abrazos, de esos que dan las personas grandes, los experimentados, los que han vivido todo tipo de situaciones y que ahora tenían el nido más que vacío.

La casa era grande, Alex se mudó allí y, como había prometido, puso en venta la casa que compartían con su mujer.

Abby se quedó un tiempo más en casa de Clara, necesitaba espacio y allí lo tenía, no sentía que invadía, ya que su amiga aparecía de tanto en tanto.

Una noche, mientras Alex y Abigail compartían una cena romántica en la cama, mirando de reojo una película que se habían propuesto mirar de principio a fin, llegó la pregunta:

—¿Te mudarías conmigo? —dijo Alex como al pasar, llevándose el vaso de cerveza a la boca.

Abigail, quien esperaba de momento a otro esa propuesta, se atragantó con comida.

—Eh —carraspeó—, ¿no te parece muy pronto? ¡Así estamos muy bien!

Él levantó sus hombros, siguió tomando cerveza y luego de un rato de silencio por parte de ambos, respondió:

—Tengo una sorpresa allí para ti, pero te la mostraré cuando estés lista.

—Gracias por entender. —Se le abalanzó, lo abrazó y lo besuqueó por todos lados.

—Adiós intento de verle el final a esta peli...

Al día siguiente manejaron hasta el merendero, llevaron con ellos al Tano y a Clara, que también fueron muy bienvenidos. La energía de Clara era muy contagiosa, y eso era lo que necesitaban los tres.

Abigail no se separó ni a sol ni a sombra de Alex, sin embargo, no habían hablado más acerca de los sentimientos porque, tal vez, no hacía falta.

El sepelio de la nona, vaciar la casa de Abigail y poner en orden todos los papeles y demás cosas les había llevado demasiado tiempo y desgaste de todo tipo, no obstante, nada podría opacar jamás el brillo de la mirada de Abigail.

Capítulo 28

Hubo una tarde, en la cual no estuvieron juntos, en la que ella fue a hablar con Roberto, su ex; y Alex fue a ver a Greta. A cerrar ciclos y a continuar con sus vidas.

Roberto la había citado en un restaurante a tomar un café. Al cruzar la puerta del lugar, Abigail vio que no estaba solo, su hija estaba sentada junto a él, con cara de enojo. Como si estuviera más que obligada a estar allí. Abigail sabía que así era.

Roberto se levantó para esperar a que tomara asiento, saludándola cortésmente. La niña malcriada no había cambiado para nada, seguía mirándola con cara de odio absoluto.

—Gracias por venir —dijo él al momento de volver a sentarse en su asiento—. Saluda a Abby y dile lo que corresponde —se dirigió a su hija.

—Hola, Abigail —habló pero no levantó la vista del mantel gris topo que adornaba la mesa.

—Hola —saludó Abigail, mientras esperaba lo que fuera que tuviera que decirle. Ella sí la miraba a la cara.

—Perdón por los malos ratos. —Buscó su mirada, parecía sincera.

—Disculpas aceptadas.

—Toma, son algunas de las cosas que te regaló papá y que yo me las quedaba —dijo, mientras le ofrecía una bolsa que pesaba bastante.

Abigail tomó la bolsa, le agradeció con un gesto y pensó en devolvérsela, pero ellos no necesitaban todo eso; ella tampoco, así que se lo regalaría a los dueños del merendero.

El diálogo fue tan largo como una taza de café, no había mucho por decir, ya se había hablado lo suficiente. Roberto le dio en mano un sobre, el cual ella tomó sin decir nada.

La despedida fue tan cortés y sin sentimientos como la bienvenida. Con apretón de manos añadido.

Abigail caminó a paso lento disfrutando de los últimos rayos de sol que la primavera les estaba regalando.

Al llegar a la esquina, la curiosidad la atacó. Ajustó más la bolsa a su brazo y abrió el sobre: dentro había una carta que leyó a velocidad de la luz. Era una carta de referencia de trabajo, en la cual describía maravillas de ella. La estrujó entre sus dedos y la tiró en el cesto de basura más cercano, también había otro papel, con dos números de teléfono y una dirección de donde se iría, seguramente, a vivir con Greta. También la estrujó y la tiró en el siguiente cesto a su paso. Le

faltaba investigar qué contenía la bolsa. Miró: sandalias, carteras pequeñas, brazaletes, relojes, perfumes, lentes de sol. Metió la mano hasta el fondo porque no podía distinguir qué más había dentro. La sacó llena de collares, aretes, y demás regalos que sabía que le faltaban. «Todo material», se dijo, pero de igual manera, se lo llevó, ya sabía qué hacer con todo eso.

Greta esperaba a Alex en la casa que habían compartido. Ella continuaba teniendo la llave porque aún no se había logrado vender. Movía una de sus piernas nerviosa, tenía los brazos cruzados y cada tanto hacía un gesto que la caracterizaba. Primero se miraba las uñas para ver si seguían impecables, luego miraba la hora en su reloj pulsera.

Alex bajó del auto sin saber qué esperar, aunque por dentro deseaba que no le trajera más problemas de los que ya habían tenido.

—Gracias por venir, pasa. —Él aceptó de forma modesta, caminó detrás de ella con las manos en los bolsillos traseros de sus *jeans*.

—Buenas tardes —dijo una pareja de jóvenes, tal vez más jóvenes que ellos dos, y un señor mayor que creyó haber visto alguna vez.

—Ellos son los nuevos compradores, necesitamos tu firma en una cantidad de documentos —comentó apurada y agitando sus manos al hablar.

Alex extendió su mano y le dio un apretón a cada una de las personas que allí se encontraban, observó con un aire de nostalgia el ambiente en el cual se encontraban y, por un pequeñísimo instante, el mundo se detuvo; le impactó la imagen que le llegó a la mente como una brisa cargada de aromas, colores y sonidos: de ellos dos, sonriendo, entrando de la mano a esa casa soñada, levantando las persianas y dejando entrar la luz...

«En ese rincón quiero el piano que me regaló mi padre, y quiero que plantemos un limonero, que sea de cuatro estaciones, siempre hay que tener un limonero...». Ese recuerdo lo hizo sonreír, porque también recordó el momento en el cual tuvo que plantar el dichoso limonero.

—¿Está de acuerdo con las condiciones? —preguntó el escribano amigo de la familia de ella.

Pidió que le volvieran a explicar todo, como si fuera un niño de seis años. No quería problemas de ningún tipo luego de que firmara ese boleto de venta de la propiedad.

—¿Quieres ir a tomar un café? —preguntó Greta, solícita.

—No, gracias, espero novedades en cuanto estén dispuestos a depositar el dinero.

—Será mañana mismo. Ya has dejado los datos de tu cuenta bancaria, ¿verdad?

—Sí —contestó. Se acercó a los asistentes y se despidió con otro apretón de manos.

Se retiró silbando bajito, caminando despacio, cavilando acerca de lo que haría con el dinero que le correspondería por la venta de la casa. Se subió a su auto, se dio cuenta de que necesitaba cambiarlo. Lo encendió, puso primera y tomó la avenida principal. Moría por ver a su amor, pero no quería interrumpirla. Subió la radio cuando escuchó un tema de Radiohead, *Paranoid Android*,

banda que lo acompañó durante su recorrido hasta su nuevo hogar.

En cuanto vio la fachada de su nueva casa, ya supo en qué invertiría parte del dinero que obtendría, esa casa necesitaba una lavada de cara y, tal vez, pisos nuevos. Pero antes de hacerlo le preguntaría a Abigail, quería que lo hicieran juntos. Sería su nido de amor, cuando ella aceptara, claro estaba.

Sonrió ante la idea. Estaba enamorado. Quería casarse, pero ella seguía huyendo...

Epílogo

Un año de giras de trabajo, tanto de Alex con su equipo juvenil de fútbol, como de Abigail con las presentaciones de sus libros, no les dejó mucho tiempo para definir vivir juntos.

Ella lo acompañó mientras duró la temporada de campeonatos, se beneficiaba de cada rincón de los hoteles que visitaban para escribir. Paseaba, descubriendo nuevos lugares, haciéndolos parte de sus escenarios para sus personajes. Aprovechaba a encontrarse con lectoras de diferentes partes del mundo, tanto a almorzar como a merendar. Tuvo la dicha de conocer a sus escritoras de romance favoritas, aquellas que le habían inspirado continuar escribiendo. Ahora le llamaban «colega» y ella se sentía caminar entre algodones, la vida le sonreía, todo era un arcoíris, menos la cara de su editor por videollamada.

—Tienes que volver, tienes una presentación pendiente, el viernes a las quince horas en una librería, te enviaré en cuanto cortemos con esta llamada todos los datos del lugar y las preguntas de la entrevista; si deseas cambiar algo, tienes tiempo hasta mañana para notificarme, lo que no puedes cambiar ni aplazar más es la fecha.

—Bueno, tienes razón, disculpa, nos vemos el viernes, espero todos los detalles, gracias y adiós.

Sin decir nada más, su editor dio por finalizada la llamada. Y ella se quedó pensativa, haciendo un mohín. Tendría que volver, tendría que comunicárselo a Alex. Él aún no sabía nada.

Cuando cruzó la puerta de la habitación de ese remoto hotel, la vio preocupada. No la había visto así desde hacía un tiempo.

—¿Qué sucede?

—Debo volver, mi editor... Lo siento...

—Mi amor, claro que tienes que volver, tarde o temprano te ibas a tener que presentar, es tu trabajo, te están esperando, ¿verdad?

—Sí, y ya lo he aplazado dos fechas... No puedo hacerlo más, no quiero quedar mal con ellos.

—¡Claro que no! ¿Cuándo es la presentación?

—En cuatro días... —dijo, y se tapó la cara. No quería separarse de Alex, pero debía hacerlo. Alex respiró profundo. Actuó rápido, tecleó en su móvil por unos segundos y le preguntó:

—Ventanilla, ¿cierto?

—Sí —respondió con tristeza.

—Arriba ese ánimo, es algo muy bueno lo que te sucede. Además, si no está la escritora, no hay evento. ¿Cuál es el problema?

—No quiero dejarte —se sinceró.

—Es por unos días, luego vuelves conmigo, aún me quedan dos semanas más. Quiero verte brillar allí en esa librería.

—Espera, ¿cómo sabes que es en una librería?

—Ups, se me escapó... Sigo tus redes, mi amor, ¿qué crees? Soy tu fan número uno.

Ella se asombró. Con el poco tiempo libre que tenía, la seguía por las redes, no podía amarlo más.

—Te amo, Alex, eres lo mejor de mi vida.

—Y... *voilà*, ya tienes tu pasaje en tu correo. Viajas mañana a la tarde. Tienes un día para reacomodarte. Me voy a dar una ducha, ¿me acompañas?

Sonrió con malicia y comenzó a quitarse la ropa...

Luego de una despedida muy subida de tono en el baño del aeropuerto, se dijeron adiós hasta dentro de unos días, cuando ella regresaría a verlo.

Tal y como lo había elegido él, el asiento era su favorito, se abrochó el cinturón, esperó a que el avión despegara para luego acurrucarse, cubrirse con una manta y dormirse hasta que el avión aterrizara. Había pedido no ser despertada para almorzar. Necesitaba descansar y estar fresca para su evento.

Llegó a Buenos Aires y cuando cruzó la puerta de salida, vio a Clara, que le hacía señas con las llaves de su auto en la mano. Corrió a su encuentro.

—¡Maldita! ¡Te extrañé! ¿Estás cansada? ¿Vamos a cenar a casa? ¿Quieres ir de copas? — Escupió todo eso mientras la abrazaba y la dejaba sin aire.

—Me gustaría poder respirar primero, *Clari*, también te extrañé un montón. Prefiero ir a casa.

—¿A cuál de todas? Ahora tienes para elegir.

—A la tuya, ¿puede ser? No quiero ir al departamento que compré, no quiero estar sola y tampoco sé si me sentiré cómoda en la casa de la nona de Alex, sé que quedó preciosa con las remodelaciones, pero si están el Tano y Gloria... —Hizo una pausa—, ¿cómo es eso de que Gloria es la nueva novia del Tano?

—Vamos, te cuento en el camino, y claro que te puedes quedar en casa, pero sabes que le debes una respuesta a Alex...

—Lo sé... —respondió pensativa—, gracias por tanto.

Llegaron a la casa, Abigail dejó su maleta en la habitación que siempre ocupaba cuando estaba de visita en la casa de su amiga y corrió a darse una ducha.

Clara fue a la cocina para preparar la mesa. Le había pedido a uno de sus amantes de turno que

le dejara comida casera lista para comer, que dejara las llaves debajo de una piedra y que no la llamase por un par de días, ella le avisaría cuando podrían volver a verse.

—¡Qué rico que te ha salido esto! —se saboreó Abigail al dar el primer bocado del pollo al verdeo.

—Mis amantes se portan cada vez mejor. —Levantó su copa de vino blanco y brindó, muriéndose de risa.

—¡Eres fatal!

Ambas rieron a carcajadas. Abigail soltó toda la tensión retenida. Se sentía en paz, en casa y muy feliz.

El día de la presentación llegó y Abigail tuvo varios *déjà vu*, el mejor de todos fue el del primer arrebató de Alex luego del reencuentro, alrededor de un año atrás.

La sala estaba repleta de personas, lectoras, amigas, amigas escritoras, nuevas caras, curiosos que pasaban por allí y no pudo ver más porque la presentación dio comienzo y se le nubló la vista de los nervios.

La voz de su locutora amiga fue un sedante para sus sentidos, por fortuna se conocían bastante bien y la tranquilizaba tenerla cerca.

La introducción narraba sus comienzos, mostraron un video de imágenes de ella con sus seguidoras y partecitas de ella dando entrevistas en diferentes momentos de ese año de locura. Era un sueño cumplido. Estaba agradecida. Estaba a punto de llorar y aún no había comenzado a hablar.

Cuando fue su turno, dio el discurso que le habría encantado dar un año atrás: —Buenas tardes, gracias por estar aquí, gracias por ser parte de esta loca aventura, soy Abigail Santana y acabo de tener un orgasmo en un baño público con un viejo conocido.

Las personas presentes aplaudieron, y ella continuó:

—Esto no sucedió hoy, pero sí sucedió un tiempo atrás y no me quería quedar con las ganas de contarle, estoy feliz de que lo sepan, las historias que escribimos se hacen realidad y jamás hay que dejar de soñar...

La entrevista fue acerca de los personajes de su última novela, del escenario que había elegido para darle vida a esa historia de amor, así como también de leer algunos pasajes que la locutora había elegido al azar.

Antes de dar por finalizada la charla y pasar a la firma de los ejemplares que estaban a la venta en la librería, y como se estilaba siempre, se le dio lugar a los asistentes a hacer algunas preguntas. La primera la hizo sonreír, era una niña que acompañaba a su mamá y quería saber si tenía mascotas. La segunda, le hizo pensar, porque no tenía preparada una respuesta así; pero la tercera, fue la más grandiosa.

—¿Alguien más que desee hacer una pregunta? —preguntó la encargada de la entrevista.

Abigail vio varios brazos levantarse, y no supo cuál elegir, ya sentía una gota de sudor recorrer su espalda, estaba nerviosa, esas instancias de las presentaciones la sacaban de eje.

La locutora eligió una mano al azar, diciendo:

—Veó una mano con una cinta roja atada a la muñeca, ¿puedes ponerte de pie, así te vemos?

La persona no se puso de pie, todos estaban atentos a lo que preguntaría, se hizo silencio, y una voz masculina preguntó:

—Abigail Santana, ¿quieres casarte conmigo?

Un «ooohhh» llenó la sala y Alex se levantó de su asiento, caminó a paso lento hacia donde se encontraba su amada, mientras todos lo dejaban pasar.

Abigail, quien no se esperaba en absoluto semejante atrevimiento por su parte, lo amó más que nunca. Se puso de pie, y rodeó la mesa que la separaba de todos. Vio a Alex, su Acero, más sensual que nunca, apoyar una rodilla en el suelo. Ella se llevó las manos al pecho, estaba a punto de ponerse a llorar como una niña.

—¿Quieres casarte conmigo, boquita hermosa? —volvió a preguntar.

—¡Sí, quiero! —le respondió, y se le abalanzó sobre su cuerpo, haciendo que casi perdieran el equilibrio y se cayeran al suelo.

Todos aplaudieron y vitorearon a la pareja. Muchos aprovecharon a grabar el momento con las cámaras de sus móviles.

Ellos se perdieron en un beso pasional delante de todos, beso que le gritaba al mundo que sí se puede volver a comenzar y que el amor siempre es lo mejor que le puede suceder a cualquier ser humano.

Agradecimientos

Quiero agradecer a mis amigas Victoria Aihar, Cecilia Pérez, Marisa Citeroni, Silvia Sandoval, porque me han tenido mucha paciencia con esta historia. Las quiero muchísimo.

Gracias a todos los lectores que eligen las historias que escribo.

Gracias, gracias, gracias.

Emma.

Nota de autora

Puedes contactar conmigo a través de:

- Facebook: <https://www.facebook.com/emma.sheridan.author/>
- Instagram: @emma.sheridan15
- E-mail: emma.sheridan15@gmail.com

Si te ha gustado
Encuentro afortunado
te recomendamos comenzar a leer
Limoncello para Lena y ¡Adiós a su pena!
de Ana Álvarez



Prólogo

Me llamo Elena Parras y soy una mujer seria, jefa responsable del departamento comercial de una importante empresa automovilística, tranquila, conservadora y eficiente. También abstemia, todos en el trabajo lo pueden atestiguar. Pero eso cambia los jueves por la noche, cuando me reúno con mis amigas del JB. Entonces dejo salir a la auténtica mujer que hay en mí, escondida bajo mil capas de seriedad y eficiencia. Divertida, alegre y me tomo alguna que otra copa de *limoncello*, aunque nunca tantas como para perder la conciencia de mis actos. Eso solo lo hice una vez. Bebí no hasta emborracharme, eso no lo he hecho jamás, pero sí lo suficiente para aceptar los avances del hombre que me gustaba desde hacía meses y pasar una noche con él. Fue un grave error, no porque la noche no fuera maravillosa. Era un gran amante, ya podía serlo a juzgar por la cantidad de mujeres que han pasado y pasan por su cama, y me hizo disfrutar de un sexo tórrido y desinhibido que yo creí especial. Pero no lo fue, al menos no para él. Por la mañana se limitó a un «buenos días», y a si te he visto no me acuerdo. A pesar de que debemos vernos a menudo porque forma parte de mi empresa. Por fortuna, no de mi departamento. Para él nuestra noche no existió y yo me comporto como si para mí tampoco. Como si sus besos y caricias no hubieran encendido el amor donde antes solo había atracción para mí. Como si verlo quedar con otras no me importase lo más mínimo.

Ese fue el motivo de mi incorporación al JB o grupo de los Jueves Borrosos, como solíamos llamarlo. Una tarde, antes de salir del trabajo, pude escuchar a una de las chicas de mi departamento comentar con otra que había quedado con él. Esta le dijo que tuviera cuidado, que no se colgara por muy bien que se lo hiciera pasar en la cama, porque no habría una segunda vez. Y también que la mayoría de las mujeres de la empresa habían gozado de sus favores en alguna ocasión. A pesar de que ya lo sabía, no pude evitar sentirme fatal y me encerré en el baño para llorar a escondidas. No sé por qué me derrumbé, en otras ocasiones lo había controlado, pero era como si el dolor de meses hubiera encontrado un resquicio por donde salir.

Lloré y lloré, no podía parar. Hasta que Vero, la última chica incorporada a mi sección, me escuchó, me hizo salir del cubículo donde estaba encerrada y contarle el motivo de mi pena. Solo le dije que el hombre del que estaba enamorada había quedado con otra, no el nombre, puesto que ella lo conocía. Si había algo que no soportaba era que todos supieran que era una más en su larga lista. Nunca le había contado a nadie que la noche de la cena de empresa nos fuimos juntos y él lo había olvidado horas después. Porque una cosa es cierta, eso tengo que reconocerlo, y es que jamás hablaba de sus conquistas, ni se jactaba de ellas. No les daba la menor importancia, solo era un dato más en su vida, y de datos él sabía mucho.

Vero me escuchó en silencio, con esa sabiduría que da el haber estado alguna vez en el lugar del otro y, aunque yo me resistí un poco, me llevó aquella noche a una de sus reuniones borrosas con sus amigas. Me salvó la vida, porque aquellas mujeres tan distintas entre sí, tan alocadas y maravillosas, me acogieron como una más de ellas, me incorporaron a su grupo, el JB, y me sacaron el palo que tenía metido en el trasero, sin ser siquiera consciente. Con ellas dejaba de ser

jefa, aunque Tere a veces me pedía que sacara a relucir mi autoridad en determinadas situaciones. Con ellas volvía a ser la jovencita que podía cometer alguna tontería, nunca tan terrible como las de Anisi, nuestra loca particular, pero sí comportarme sin la rigidez que conlleva tener un puesto de responsabilidad en una empresa. De hecho, dejé mi nombre para el trabajo y les pedí que me llamaran Lena, como cuando estaba en el instituto. Diminutivo que había dejado atrás hacía bastante tiempo.

Las chicas del JB me alegraron la vida, especialmente los jueves por la noche, y consiguieron que entre Vero y yo se estableciera una amistad que iba más allá de una relación de trabajo. Algo que llevábamos en secreto, jamás en la empresa dábamos a entender que éramos amigas, para evitar suspicacias y acusaciones de favoritismo de ningún tipo. En el trabajo, subordinada y jefa; fuera de él, ebrias de amor, como a veces nos gustaba llamarnos. Porque ella estaba casada con Óscar, uno de los informáticos, y el amor le rebosaba por todos los poros. A mí también, solo que el mío no era correspondido.

La noche que conocí al resto de miembros del JB todas estábamos sin pareja, solo Vero empezaba a salir con Óscar, pero después ellas habían ido conociendo a sus medias naranjas: Romi mantenía una relación de lo más divertida con un famoso actor turco al que había conocido cuando la contrató como su maquilladora personal. Chus estaba feliz con un policía nacional, su Jesucristo particular como lo llamábamos, porque era muy religiosa y el sobrenombre estaba relacionado con la primera vez que se vieron. Tere, tras muchas citas locas en las que cada una de sus amigas intentamos emparejarla con conocidos nuestros, acabó con un sosegado administrativo de la Seguridad Social, que no ha conseguido en absoluto aplacar su carácter rebelde y brutalmente sincero. Tere, como decimos las demás, genio y figura hasta la sepultura.

Y Anisi logró por fin llamar la atención, aunque la atención la llama siempre con su divertida forma de ser y su simpatía, del director del banco que le gestiona las hipotecas de sus ventas, del que estaba locamente y enamorada de forma platónica desde hacía tiempo.

Todas habían encontrado el amor menos yo, que solo tenía desamor en mi vida. El enigmático mister Parras, como lo llamaban a veces. Porque después de más de un año de amistad, seguía sin desvelarles la identidad del hombre que poblaba mis sueños y también mis desvelos. No podía hacerlo porque todas lo conocían, porque no era otro que Ismael, integrante del departamento de informática de mi empresa y amigo íntimo de Óscar, el marido de Vero. Todas tuvieron ocasión de conocerlo en su boda y en alguna ocasión anterior en un karaoke, al que mis amigas son tan aficionadas. Y yo también estaba comenzando a disfrutar lanzando gorgoritos al aire cuando se terciaba. Como ya he dicho antes, Elena se quedaba en AUTISA, y también allí dejaba a Ismael, a buen recaudo encerrado en mi corazoncito.

Porque sé que mis amigas intentarían de alguna forma emparejarnos, con lo que solo conseguirían ponerme en evidencia por muy buena que fuera su intención. Ismael debía seguir siendo mi secreto tanto en la oficina como en el JB.

Alex vuelve a ver a Abigail, nada será lo mismo a partir de esa mañana de invierno.



La suerte de Alex da un giro cuando vuelve a ver a la mujer de sus sueños, y hechizado por esa boca que le trae recuerdos hermosos, muere por invitarla a ser parte de su vida.

La vida de Abby ya había comenzado a girar cuando decidió comenzar a escribir, tirándose al vacío en el mundo literario, escapando así de su monótona rutina, justo antes de reencontrarse con Alex.

La fortuna de ambos en el amor es desastrosa, él la busca y persigue para robarle besos sin medir consecuencias; ella acepta. No todo es color de rosa en esas escapadas amorosas y el destino les juega una muy inesperada sorpresa.

¿Cuál será el precio que tendrán que pagar?

Emma Sheridan, escritora argentina, nacida en 1976.

Es analista de sistemas, profesora de literatura inglesa y traductora literaria. Ama viajar, los libros, la música y todo lo relacionado al arte corporal.

Es la autora de “Mates con amor” (2014), de un relato erótico llamado “¿A quién no le ha pasado?”(2014), de un diario íntimo titulado “Lucía y sus hojas perfumadas” (2015) y de una novela titulada "Tu secreto, mi destino"(2016).

Ha sido ganadora del segundo premio en un concurso internacional, con su relato “¿Quién eres?” en “El éxtasis llega contigo y otros relatos pecaminosos” (2016, Pukiyari Editores y Contacto Latino) Ha participado en antologías solidarias como "54 corazones tras la esperanza", "Un relato por Pausoka".

Sus otros relatos también se encuentran en Antologías Multiautor: “Cita a ciegas” (2017), “Encrucijada” (2017). "Un cóctel para recordar" (2018).

Puedes contactar con ella en Facebook o en Instagram.

E-mail: emma.sheridan15@gmail.com

Edición en formato digital: noviembre de 2020

© 2020, Emma Sheridan

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18295-36-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Encuentro afortunado

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Epílogo

Agradecimientos

Nota de autora

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro
Sobre Emma Sheridan
Créditos